

Starforged

Elegir las verdades del Mundo.

Mi intención es la de jugar una especie de tutorial de creación de partida, al mismo tiempo que juego, para ayudar a la buena gente que quiera probar con esta maravilla, así que empezaremos con la creación del mundo a través de las verdades. Evidentemente no lo probaré todo ya que depende del sistema ponerme las situaciones para ello y como tampoco tengo mucho tiempo espero que con este One Shot sea suficiente. Algunas verdades las he tirado en la tabla, otras las he elegido y muchas inventado desde la base del resultado, por eso no voy a decir el resultado de las tiradas, porque en eso consiste esto del rol, en imaginar e inventar, como Starforged dice: Envision

Cuando quiera referirme a una página de Starforged lo mencionaré así: (SF-p.....)

Cuando quiera referirme a una página de Starsmith lo mencionaré así: (SS-p.....)

Son los dos libros que he utilizado para esta partida.

Verdades

La Verdad del Cataclismo: "El Consumo Gris"

*Hace dos siglos, la humanidad no huyó de ejércitos conquistadores ni de la muerte natural de su sistema solar. Escapamos de una **nube inteligente de nanomáquinas autorreplicantes** conocida como el **Consumo Gris**. Originalmente diseñadas para la medicina milagrosa, estas máquinas sufrieron una mutación en su lógica central durante un conflicto olvidado, transformándose en el arma definitiva: un enjambre que no solo devoraba la materia, sino que "desmontaba" a las personas a nivel atómico para reconstruirlas como **bases de datos biológicas** o drones sin voluntad. El viejo mundo fue procesado átomo por átomo. Lo que hoy llamamos hogar en la Forja es el refugio de los pocos que lograron saltar al vacío antes de ser asimilados. Sin embargo, el horror no terminó con el viaje; el Consumo Gris persiste en los registros genéticos y en la estructura misma de la realidad de nuestra nueva galaxia.*

La Verdad del Éxodo: "El Motor de Carne y Datos"

*El Éxodo no fue un tránsito pacífico de colonos, sino una **huida desesperada a través de un vacío hostil** que duró generaciones. En mitad de la travesía, los motores convencionales de la flota refugiada comenzaron a fallar bajo la presión de las anomalías espaciales. La salvación llegó de la mano de un **avance tecnológico imprevisto y aterrador**: el descubrimiento de que los residuos del **Consumo Gris** —las mismas nanomáquinas que habían destruido el viejo mundo— podían estabilizar los saltos dimensionales. Así nació el **Motor Eidolon**, una tecnología híbrida que permitió a las naves recorrer distancias galácticas en siglos en lugar de milenios.*

La Verdad de las Comunidades: "El Cónclave de las Cicatrices"

*En la Forja, las comunidades no son meros refugios; son **fortalezas de ideologías enfrentadas** que luchan por el control de los escasos recursos y los restos tecnológicos del viejo mundo. Aunque existe una apariencia de orden bajo el estandarte de los **Clanes Fundadores**, que reclaman vastos dominios y mantienen escaramuzas territoriales constantes, el tejido social está profundamente fracturado. Las rutas comerciales son vigiladas con celo por gremios poderosos, mientras que los*

sectores más oscuros del espacio están infestados por **Cultistas del Nanito** —que adoran la plaga que destruyó el pasado— y **Saqueadores de Datos**, mercenarios que cazan a individuos con marcadores genéticos específicos vinculados al Éxodo.

La Verdad del Acero: "El Filo de la Plaga"

En los sectores colonizados, el término "hierro" ha quedado obsoleto, sustituido por una aleación técnica conocida como **Acero Gris**. Debido a la escasez de recursos puros tras el Cataclismo, la metalurgia evolucionó para integrar los mismos nanitos del "Consumo Gris" en el proceso de forja. Esto transformó las armas en algo más que simples herramientas de combate; un arma de Acero Gris es un dispositivo biotecnológico latente. **Jurar un voto sobre este acero** no es un mero gesto simbólico, sino una sincronización psiónica real: el metal se vincula a la voluntad del portador y a la frecuencia de su misión.

La Verdad de las Leyes: "La Jurisprudencia del Filo"

En la Forja, la justicia no es un ideal elevado ni un derecho inalienable; es un **recurso estratégico**. Al no existir un gobierno central que unifique los sistemas tras el Éxodo, la soberanía termina donde alcanza el rango de los sensores de una estación o el filo de una espada. Las leyes actuales son un mosaico caótico de edictos locales a menudo contradictorios: lo que se considera un acto de comercio legítimo en un sector puede ser un crimen capital en el siguiente. Este vacío legal ha dado paso a la **Justicia de Contrato**, un sistema brutal donde la culpabilidad o la inocencia suelen decidirse por quién tiene los créditos necesarios para contratar al ejecutor más letal.

La Verdad de la Religión: "El Silencio de los Tronos Vacíos"

"Nuestros dioses nos fallaron. Los dejamos atrás". El Éxodo no fue solo un viaje físico, sino el punto de ruptura absoluta con lo divino. Mientras el **Consumo Gris** devoraba sistemas estelares enteros y miles de millones de almas perecían en el viejo mundo, los dioses permanecieron en silencio, sin ofrecer salvación ni consuelo. En la actualidad de la Forja, la espiritualidad es vista mayoritariamente como una debilidad o una reliquia inútil del pasado. La mayoría de los habitantes son cínicos o ateos convencidos, entendiendo la supervivencia no como un milagro, sino como un logro puramente tecnológico o un acto de voluntad individual inquebrantable.

La Verdad de la Magia: "La Alquimia de la Plaga"

"Energías antinaturales fluyen por la Forja. La magia y la ciencia son dos caras de la misma moneda". Poco después del Éxodo, algunos individuos demostraron la capacidad de manipular la materia o ver a través de los velos de la realidad. Hoy, los místicos invocan este poder, pero es una fuerza corruptora; los más poderosos son respetados y temidos por igual.

- **Los Místicos:** Son aquellos que canalizan activamente las energías de la Forja para realizar proezas que desafían la física.

- **Los Parangones:** Son personas raras que poseen habilidades sobrenaturales nacidas de **mutaciones evolutivas, ingeniería genética o experimentación psíquica**.

- **Los Adeptos:** aunque técnicamente no son "magos" en el sentido de la Alquimia de la Plaga, los **Adeptos** ocupan un espacio similar en la mente del pueblo. Al procesar datos de forma biológica mediante el uso de drogas, realizan tareas (como predecir el futuro o navegar el vacío) que para el observador común resultan **indistinguibles de la magia**.

La Verdad de la Comunicación y los Datos: "El Archivo de los Susurros"

"Mucho se perdió cuando vinimos a la Forja. Es una edad oscura". Tras el Éxodo, la infraestructura tecnológica que permitía la comunicación instantánea entre mundos colapsó. Hoy, el conocimiento que sobrevive es una mercancía tan valiosa como el recurso más raro. La información no fluye libremente; se recolecta, se acapara y se protege bajo llave en archivos físicos. Las naves y los puestos avanzados soportan largos periodos de aislamiento absoluto, donde los rumores y la desinformación son las únicas herramientas para ganar ventaja o socavar a los enemigos en el vacío del espacio.

La Verdad de la Medicina: "La Cirugía de los Cuerpos Remendados"

Tras el Éxodo, la humanidad sufrió una pérdida masiva de conocimientos biotecnológicos. Hoy, la medicina avanzada es un privilegio exclusivo de las élites y los poderosos que acaparan los suministros restantes. Para el resto de los habitantes de la Forja, la supervivencia depende de los **Riggers**: técnicos ingeniosos que, ante la falta de suministros biológicos, crean reemplazos básicos de órganos y extremidades utilizando chatarra y componentes mecánicos. En este universo, estar "sano" es a menudo un mosaico de carne original y metal reciclado.

La Verdad de la Inteligencia Artificial: "El Trono de los Adeptos"

"Ya no tenemos acceso a sistemas informáticos avanzados. En su lugar, debemos confiar en los videntes que llamamos Adeptos". En la era actual de la Forja, las computadoras son meros sistemas digitales simples y limitados, reliquias de una capacidad de procesamiento hoy perdida. La ciencia ha confirmado que las energías erráticas de la Forja, o quizás los residuos persistentes del Cataclismo, **corrompen cualquier arquitectura de procesamiento compleja** de silicio, volviendo locas a las máquinas o borrando sus bancos de memoria. Para salvar este abismo tecnológico, la sociedad ha recurrido a los Adeptos: humanos que utilizan drogas psicoactivas para percibir el universo como una red deslumbrante de datos, prediciendo resultados con una precisión asombrosa a cambio de un inmenso sacrificio personal.

La Verdad de la Guerra: "La Entropía Armamentista"

"La guerra nunca termina. Talentosos armeros y astilleros fabrican herramientas de destrucción de alta tecnología". En la Forja, la paz es un concepto olvidado entre el estruendo de los motores de salto y el fuego de las baterías de plasma. Las facciones dominantes mantienen flotas inmensas y tropas curtidas en mil batallas, acaparando armas de un potencial destructivo horrendo que desafía la lógica de la supervivencia. Las escaramuzas y las guerras abiertas estallan por todos los dominios colonizados; en este tablero galáctico, la mayoría de los habitantes son meros peones o bajas colaterales en campañas de aniquilación sistemática [SF-p.95].

La Verdad de las Formas de Vida: "La Biosfera del Reciclaje"

"Esta es una galaxia peligrosa y a menudo inhóspita, pero la vida encuentra un camino". La vida en la Forja ha demostrado una resiliencia asombrosa, manifestándose en una diversidad que desafía las leyes de la biología convencional. Los planetas albergan una vasta gama de criaturas adaptadas a entornos extremos, y no es inusual que las naves espaciales viajen acompañadas por formas de vida macroscópicas que navegan por el vacío, alimentándose de la estela de energía de los motores. Incluso las especies animales traídas desde el viejo mundo durante el Éxodo han

sobrevivido, transformándose drásticamente para ocupar nuevos nichos ecológicos en este hostil hogar.

La Verdad de los Precursores: "Los Servidores del Olvido"

"A lo largo de eones, una vasta cantidad de civilizaciones surgieron y cayeron en la Forja". En la actualidad, los monumentos y ruinas de estos seres antiguos son el objetivo primordial de tripulaciones de exploradores y saqueadores conocidos como **Grubs** (larvas), quienes se aventuran en las profundidades en busca de recursos y descubrimientos útiles para la humanidad. Sin embargo, estas **Bóvedas de los Precursores** no son simples estructuras inertes; las tecnologías incomprensibles, el paso de milenios y las energías erráticas de la Forja las han corrompido, convirtiéndolas en laberintos letales donde muchos buscadores de tesoros se pierden para siempre.

La Verdad de los Horrores: "El Eco de la Deconstrucción"

"La mayoría insiste en que los horrores no son reales. Los viajeros conocen la verdad". Mientras que los habitantes de los mundos centrales de Terminus se aferran a la lógica y a la seguridad de sus cúpulas, los navegantes del vacío saben que la Forja es un lugar acechado. En las profundidades del espacio, donde la realidad es mutable y el velo entre la vida y la muerte se ha vuelto peligrosamente fino, el pasado se niega a permanecer enterrado. Los fenómenos sobrenaturales no son leyendas, sino incidentes registrados con frecuencia cerca de las **estrellas enanas blancas**. Los viajeros las llaman "**Luces Fantasma**": restos decadentes de soles muertos que parecen actuar como faros ontológicos para entidades que deberían haber desaparecido hace eones.

Personaje

HISTORIA

ASSETS

He elegido dos Paths y como tercer Asset otro Path

1. PATH: SHADE (Sombra)

Este activo representa tu capacidad para canalizar las **energías esotéricas del vacío** para ocultar tu presencia física.

- **Mecánica Base:** Puedes envolverte instantáneamente en un velo de sombras. Al moverte sigilosamente o emboscar, puedes **fijar tu dado de acción en 5** (o en **6 si estás en total oscuridad**).
- **Riesgo:** Si fallas el movimiento (*Miss*), quedas revelado y no puedes volver a usar el velo hasta que la situación se resuelva.
- **Sinergia Narrativa:** En la Forja, esto podría interpretarse como una manipulación de los nanitos del **Consumo Gris** que flotan en el ambiente para refractar la luz alrededor de tu cuerpo.

2. PATH: PSIONIC (Psiónico)

Este activo (proveniente de *Starsmith*) te otorga el poder de influir directamente en la voluntad y percepción ajena.

- **Mecánica Base (Sugestión):** Al realizar el movimiento **Compel** insertando una sugerencia mental, tiras con **+Wits y con Ventaja** (lanzas 2d6 y te quedas el mejor). No puedes obligar a

alguien a autolesionarse, pero sí a actuar de forma imprudente.

• **Sinergia Narrativa:** Esto encaja con la **Verdad de los Adeptos**. Echo no solo procesa datos, sino que puede "hackear" la mente biológica de quienes lo rodean.

3. PATH: BOUNTY HUNTER (Cazarrecompensas)

Este activo te convierte en un especialista en dar caza a fugitivos y objetivos valiosos a través de la Forja.

- **Contratos de Hierro:** Cuando juras un **Voto de Hierro** para cumplir un contrato de recompensa, sumas +1 a la tirada. Si tienes éxito, obtienes una pista sólida y marcas progreso inmediatamente.
- **Recompensas de Legado:** Al completar la misión (*Fulfill Your Vow*), la recompensa en el track de legado es **un rango superior** al normal (ej. una misión *Dangerous* da progreso de *Formidable*).
- **Sinergia Narrativa:** Dado que las comunidades están fracturadas y los **Saqueadores de Datos** cazan a personas por su ADN, Echo puede ser un agente independiente que utiliza sus dones psiónicos para cobrar créditos en el **Cónclave de las Cicatrices**.

PATH BOUNTY HUNTER



- When you take a bounty contract and Swear an Iron Vow to see it done, add +1. On a strong hit, you've got a solid lead and may mark progress on the quest. When you Fulfill Your Vow on a hunt, make the legacy reward one rank higher (1 extra box if already epic).
- When you Gather Information related to a bounty, add +1. On a match, you reveal a surprising or sinister aspect of the contract; envision what you discover, and choose one.
 - * Forge ahead: Mark progress on the quest. If you scored a strong hit with a match, also take +2 momentum.
 - * Change loyalties: Forsake Your Vow and mark 2 ticks on your bonds legacy track.
- When you Take Decisive Action in a fight against a bounty target or their agents, you may reroll one challenge die.

PATH PSIONIC



- When you Compel by inserting a strong suggestion into someone's mind, roll +wits and roll with advantage. This suggestion may not force the person to cause harm to themselves or to their loved ones, but it may induce reckless or unwise behavior. If the suggestion is for a behavior the target wants to perform anyway but is restraining themselves, add +1 as well.
- When you Secure an Advantage by determining if someone is lying or Compel a person or group of people to speak truthfully, roll with advantage.
- When you Face Danger or Secure an Advantage by projecting a brief but convincing illusion into the mind of another being, roll with advantage.

PATH SHADE



- Drawing on esoteric energies, you may instantly cloak your form in the shadowy veil of the void. When you are veiled and make a move to ambush, hide, or sneak, you may preset your action die to 5. In darkness, make it 6. On a miss, in addition to any other cost, you are revealed and can't veil yourself again until the current situation is resolved.
- When you expand your veil to immerse your surroundings in darkness, roll +shadow. On a strong hit, the darkness extends to all adjacent spaces. On a weak hit, only your immediate surroundings are made dark. On a miss, you fail and draw unwanted attention.
- When you intentionally drop your veil to reveal yourself for dramatic or surprising effect, foregoing its further use in this situation, take +2 momentum.

Origen de mi personaje (Backstory):

(Starsmith-p.10): $d6=5/d100=85$ – Fui visto como un paria

Echo camina por los pasillos metálicos del Cónclave de las Cicatrices como un **error de renderizado** en la propia realidad, un **paria** cuya silueta parpadea y se funde con el **velo de sombras** debido a la mutación de nanitos que recorre su sangre. Como **Parangón** (individuo raro que posee **habilidades sobrenaturales** nacidas de mutaciones, ingeniería genética o experimentación psíquica) de mente prodigiosa, percibe el entorno no como materia, sino como una **red deslumbrante de datos biológicos**, lo que le permite **hackear la voluntad** de quienes lo rodean para **doblegar la resolución** de sus presas, insertando **sugerencias psiónicas** que nublan el juicio de los incautos o detectando la **vibración de una mentira** antes de que sea pronunciada. Mientras su mano se cierra sobre su arma de **Acero Gris**, sincronizando su propósito psiónico con el metal, Echo ignora los murmullos de miedo de aquellos que lo ven como un presagio viviente del **Consumo Gris**; él es un **Cazarrecompensas** implacable en una edad oscura donde la justicia es solo un contrato y la verdad es una mercancía que él está dispuesto a procesar, átomo por átomo, hasta cumplir su juramento.

Juramento de trasfondo o motivación principal/objetivo definitivo:

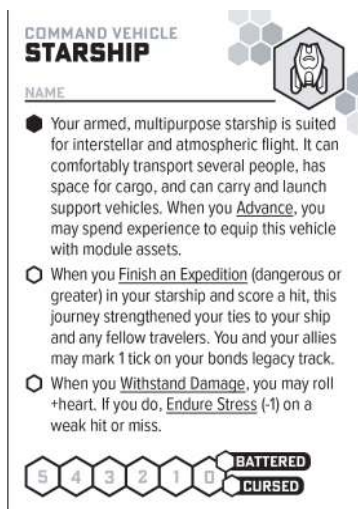
Creado sin tirar en ningún sitio

"Juro sobre el **Acero Gris** localizar el **Núcleo Cero** (el origen de los nanitos) y forzar a la **Nube Inteligente** (el enjambre de nanitos) a restaurar los archivos genéticos de la humanidad que fueron desmantelados."

• **Rango:** Épico

*Echo sostiene su cuchilla de **Acero Gris**, sintiendo cómo los nanitos del metal se entrelazan con su sangre mutada en una **sincronización psiónica** dolorosa pero absoluta que hace vibrar su realidad. No busca créditos ni la gloria efímera de los Clanes Fundadores; su juramento arde en su procesador mental como una línea de código corrupta que exige ser ejecutada. Mientras el **velo de sombras** parpadea a su alrededor —un error de renderizado que delata su naturaleza de **paria**—, Echo proyecta su voluntad hacia el vacío de la Forja. Sabe que en algún rincón del **Osario de Datos** palpita el **Núcleo Cero**, la mente colmena que convirtió a billones en bases de datos biológicas; él lo encontrará y, usando sus dones de **Parangón**, hackeará el corazón de la plaga para recuperar los fragmentos de alma que el **Consumo Gris** robó, o se desintegrará en el intento.*

Seleccionar el Asset de la Nave:



Integridad inicial: Ajusta el medidor a 5 .

Identidad: Dale un nombre y define su historia. Consultar Tablas:

• **Starship Name. (SS-p.127):** $d6=4/d100=40$): **Infinite Horizon** (Horizonte Infinito)

• **Starship History (SS-p.11):** $d6=6/d100=55$): Fue **concedida como un último deseo con condiciones** (Granted as a dying wish with strings attached)

• **Starship Quirk (SS-p.13):** $d6=1/d100=34$): Los **espacios interiores** están **abarrota**dos con cables y conductos expuestos

La Historia del Infinite Horizon

Echo no reclamó esta nave en un astillero reluciente, sino en el lecho de muerte de **Malakor**, un viejo Adepto cuyos circuitos neuronales se habían quemado tratando de mapear los límites del **Consumo Gris**. Malakor, viendo en Echo a un sucesor capaz de procesar la realidad que a él lo destruyó, le entregó las llaves del **Infinite Horizon** como su **último deseo**. Pero el regalo vino con "**hilos invisibles**": el núcleo de datos de la nave está bloqueado por protocolos que solo se liberan cuando Echo avanza en su juramento de encontrar el **Núcleo Cero**, convirtiendo a la nave en una jaula que lo empuja inexorablemente hacia su destino.

Físicamente, el **Infinite Horizon** es una reliquia de diseño industrial agresivo, con un casco marcado por micro-impactos y una silueta que parece "parpadear" bajo ciertos espectros de luz debido a la interferencia psiónica de sus sistemas. Al cruzar la escotilla, la sensación de amplitud que sugiere su nombre desaparece: **el interior es una maraña asfixiante de cables expuestos, conductos de refrigeración que gotean condensación y manojos de fibra óptica que cuelgan del**

techo como enredaderas tecnológicas.

Para cualquier otro piloto, la nave sería una pesadilla de mantenimiento, pero para un **Adepto** como Echo, esos cables son como los nervios de un cuerpo biológico. A menudo, Echo camina por los pasillos tocando el cableado expuesto, utilizando sus **dones Psiónicos** para "sentir" el flujo de datos a través del metal, fundiendo su mente con la de la nave mientras su **velo de sombras** se enreda entre los conductos, convirtiendo al **Infinite Horizon** en una extensión física de su propia naturaleza de paria.

La nave no es solo su hogar; es un organismo vivo y expuesto que late al ritmo de la **Alquimia de la Plaga** que ambos comparten

Características

The character sheet is designed to look like a futuristic control panel. At the top is a 'MOMENTUM' track with a scale from -6 to +10. Below this are sections for 'QUESTS' and 'LEGACIES'. The left sidebar contains fields for 'NAME' (Julian Curtis), 'CALLSIGN' (Echo), 'PRONOUNS', and 'CHARACTERISTICS'. Below these are five attributes: 'EDGE' (1), 'HEART' (2), 'IRON' (1), 'SHADOW' (2), and 'WITS' (3). A 'NOTES' section is at the bottom left. The main area has rows for 'BONDS', 'DISCOVERIES', and 'BACKGROUND VOW'. The 'BACKGROUND VOW' section contains a text box with a mission statement. At the bottom are three circular gauges for 'HEALTH', 'SPIRIT', and 'SUPPLY', each with a scale from 0 to 5. To the right of these gauges are several status indicators: 'WOUNDED', 'SHAKEN', 'UNPREPARED', 'PERMANENTLY HARMED', 'TRAUMATIZED', 'DOOMED', 'TORMENTED', 'INDEBTED', 'BATTERED', and 'CURSED'.

NAME Julian Curtis
CALLSIGN Echo
PRONOUNS
CHARACTERISTICS

EDGE 1
HEART 2
IRON 1
SHADOW 2
WITS 3

NOTES

QUESTS
LEGACIES

BONDS

DISCOVERIES

BACKGROUND VOW
Juro sobre el Acero Gris localizar el Núcleo Cero (el origen de los nanitos) y forzar a la Nube Inteligente (el engañero de nanitos) a restaurar los archivos genéticos de la humanidad que fueron desmantelados.

WOUNDED
SHAKEN
UNPREPARED
PERMANENTLY HARMED
TRAUMATIZED
DOOMED
TORMENTED
INDEBTED
BATTERED
CURSED

HEALTH 5
SPIRIT 5
SUPPLY 5

- **Wits 3:** Para hackear mentes y encontrar rastros.
- **Shadow 2:** Para volverte invisible y engañar.
- **Heart 2:** Para mantener tu voluntad frente a la corrupción.
- **Edge 1:** Confías en tu mente, no en tus pies.
- **Iron 1:** Tu acero es psiónico; el músculo es irrelevante.

- **Momentum:** +2
- **Health:** 5
- **Spirit:** 5
- **Supply:** 5

Aspecto

- **Aspecto físico (Look):** *Echo es una contradicción visual, un "error de renderizado" andante en el tejido de la realidad. Su cuerpo está rodeado por una estática sutil de partículas negras y grises —nanitos del Consumo Gris— que cambian de intensidad a voluntad y hacen que su silueta se desdibuje o "parpadee" constantemente. Sus ojos carecen de pupilas, emitiendo un **fulgor blanco intenso** que delata su estado permanente de conexión con la red de datos biológicos de la Forja.*
- **Comportamiento (Act):** *Se mueve con una **precisión gélida y precalculada**; como Parangón, parece procesar los movimientos de los demás antes de que ocurran, lo que le da un aire de superioridad inquietante o desapego robótico. Habla con frases cortas y directas, evitando el contacto visual prolongado para no abrumar las mentes más débiles con su **presencia psiónica**.*
- **Vestimenta (Wear):** *Viste una **túnica larga y oscura con capucha profunda**, diseñada para absorber la luz y facilitar su velo de sombras. Sobre su pecho porta placas de blindaje ligero integradas con tecnología de procesador biológico. Su arma más visible es una **daga de Acero Gris** que parece estar hecha de humo sólido y luz, sincronizada psiómicamente con su voluntad de paria.*



Nombre, apellidos y apodo

Nombre: Juliran (Starsmith-p.143):

d6=4/d100=52

Apellido: Curtis (Starsmith-p.146):

d6=4/d100=23

Apodo: Echo (**Inventado y no tirado**)

Equipo

- Traje ambiental de confianza (EVA suit).
- Arma personal de tu elección: *daga de Acero Gris inbuida de nanitos de Consumo Gris*
- Herramientas de tu oficio (asociadas a tus Assets).
- Dispositivo de comunicación y enlace de datos.
- También porta un revolver de 7 balas de la época antigua, una reliquia del pasado.

HISTORIA

El Nacimiento en el Cónclave (0-15 años)

*Juliran nació en una estación minera del **Cónclave de las Cicatrices**, bajo la vigilancia de los Clanes Fundadores. Su vida cambió cuando un fragmento del **Consumo Gris** se filtró en su sector. Mientras otros eran "desmontados" átomo a átomo para alimentar la base de datos de la plaga o*

deconstruidos en **drones sin voluntad**, el organismo de Juliran sufrió una mutación única: su ADN se entrelazó con los nanitos, convirtiéndolo en un **Parangón**. Desde ese día, es un **error de renderizado viviente**; su silueta parpadea y se funde con el **velo de sombras** (Shade), una anomalía física que lo marcó como un paria desde la infancia.

El Falso Trono de los Adeptos (15-25 años)

Debido a su agudeza mental, fue reclutado para el **Trono de los Adeptos**. Aunque intentaron tratarlo como un simple procesador biológico dependiente de drogas, Juliran pronto demostró ser algo muy distinto. Como **Parangón Psiónico**, no necesitaba algoritmos para entender la Forja; él sentía las **fluctuaciones de la intención** y los ecos de datos en la sangre de los demás. En este periodo aprendió a **doblegar la resolución** de quienes lo rodeaban, no leyendo sus mentes como libros, sino insertando **sugerencias psiónicas** que nublaban el juicio o forzaban la verdad durante los interrogatorios (activo Psionic). Su capacidad para "hackear" la voluntad biológica le ganó el temor de sus maestros, quienes vieron en él un presagio de la plaga.

El Legado de Malakor y el Infinite Horizon (25-30 años)

Su servidumbre terminó al conocer a Malakor, un Adepto cuyos circuitos neuronales habían sido quemados por la **Alquimia de la Plaga**. Malakor reconoció que Juliran no era una máquina biológica, sino un ser evolucionado capaz de resistir la corrupción que mataba a los Adeptos. En su lecho de muerte, le entregó el **Infinite Horizon**. Al abordar la nave, Juliran descubrió que no necesitaba pantallas; su mente podía navegar la maraña de cables y conductos fundiéndose con el metal. La nave es ahora una extensión de sus propios nervios biológicos, sujeta a protocolos encriptados que solo su voluntad de Parangón puede desbloquear.

El Presente: El Cazador de la Red (Actualidad)

Hoy, Juliran Curtis es **Echo**. Opera como un **Cazarrecompensas** implacable bajo la **Justicia de Contrato** de la Forja. No busca créditos, sino **marcadores genéticos** específicos en sus presas. Ha jurado sobre su daga de **Acero Gris** —activando una **sincronización psiónica real** con el metal— localizar el **Núcleo Cero**. Su objetivo es **forzar a la Nube Inteligente**, aplicando su presión mental sobre los nanitos para restaurar los archivos genéticos perdidos en el Cataclismo. Echo camina por las estaciones como una **luz fantasma**, un cazador que procesa la verdad átomo a átomo, decidido a recuperar el alma de su especie o desintegrarse en el intento.

Construir el Sector Inicial

Región donde se empieza

Voy a empezar en el Outlands. La frontera. Equilibrio entre peligro y civilización. Hay 3 asentamientos y dos rutas o pasajes que conectan dos de los asentamientos y el sector con el exterior.

Nombre del Sector

Prefijo (SS-p.41): d6=6/d100=97: Wicked

Sufijo (SS-p.41): $d6=1/d100=54$: Margin

Nombre: Wicked Margin (Margen Malvado)..uuuuuuuuuuuuuuuuuu

Detalles de cada asentamiento y el sitio donde se encuentra

1. El Asentamiento: Bulwark

1. **Nombre:** (SS-p.114): d6=1/d100=12: **Bulwark**
2. **Ubicación:** (SS-p.107): d6=3/d100=67: **Nube de Nebulosa (Orbital)**
3. **Población:** (SS-p.107): d6=4/d100=77: **Miles**
4. **Autoridad:** (SS-p.108): d6=3/d100=26: **Democrática**
5. **Proyectos:** (SS-p.111): d6=2/d100=84 y d6=2/d100=72: **Racionamiento y Seguridad**

Bulwark es una ciudadela masiva que flota en el corazón de una **nube de nebulosa** densa y cargada de estática [SS-p.107, 114]. En un universo fracturado por los Clanes Fundadores y los Saqueadores de Datos, Bulwark destaca como una anomalía política: está regida por una **Autoridad Democrática**, un frágil consejo de ciudadanos que intenta mantener su independencia frente a los tiranos del exterior [SS-p.108].

Con una población de **miles de personas**, el asentamiento es un hervidero de actividad, pero la atmósfera es de tensa vigilancia [SS-p.107]. Actualmente, el consejo ha priorizado dos esfuerzos críticos para la supervivencia: un estricto protocolo de **Racionamiento** debido a la escasez de suministros y un despliegue masivo de **Seguridad** para proteger sus fronteras ocultas entre los gases de la nebulosa [SS-p.111].

Una historia de resistencia entre los gases

Para un paria como Echo, Bulwark es uno de los pocos lugares en el **Osario de Datos (la Forja)** donde su presencia no activa alarmas de ejecución inmediata, aunque el miedo sigue presente en las mentes biológicas que "hackea". La estación es una red laberíntica de plataformas unidas por cables tenues, envuelta perpetuamente por los colores fantasmales de la nebulosa que actúa como un escudo natural contra los sensores de largo alcance.

Sin embargo, la democracia en Bulwark tiene un precio amargo. Las luces de los sectores residenciales parpadean para ahorrar energía mientras la gente hace cola por sus **raciones de nutrientes**, observada de cerca por patrullas de seguridad con armamento pesado. Se rumorea que los **Saqueadores de Datos** han puesto precio a la red neuronal de los líderes del consejo, y Echo, a bordo del *Infinite Horizon*, sabe que donde hay una democracia asediada y racionamiento forzoso, siempre hay un contrato de **Cazarecompensas** esperando a ser reclamado entre las sombras.

2. El Asentamiento: Elysium

1. **Nombre:** (SS-p.114): d6=1/d100=19: **Elysium**
2. **Ubicación:** (SS-p.107): d6=3/d100=60: **Nube de Nebulosa (Orbital)**
3. **Población:** (SS-p.107): d6=4/d100=8: **Unos pocos**
4. **Autoridad:** (SS-p.108): d6=2/d100=100: **Opresiva**
5. **Proyectos:** (SS-p.111): d6=2/d100=72 y d6=1/d100=32: **Secretismo y Expansión**

Elysium es una estación orbital compacta y hermética, suspendida en el corazón de una densa **nube de nebulosa** que actúa como un sudario contra cualquier escaneo externo. Con una población de tan solo **unos pocos** operarios y guardias, la estación se siente más como un mausoleo tecnológico que como un hogar. A pesar de su escaso número de habitantes, la **Autoridad es Opresiva**; cada movimiento y proceso mental está sujeto a un control absoluto por parte de un mando invisible.

El "Paraíso" en la Penumbra

Para un **Parangón** como Echo, Elysium resuena con una frecuencia inquietante. Mientras el *Infinite Horizon* se desliza entre los gases cromáticos de la nebulosa, su **velo de sombras** parece fundirse de forma natural con la oscuridad de la estación. Elysium no es un puerto comercial ni un refugio para refugiados del **Consumo Gris**; es una anomalía de control en un universo fracturado.

Echo percibe, a través de sus dones **Psiónicos**, que el proyecto de **Secretismo** de la estación no es para proteger a sus habitantes, sino para ocultar algo que duerme en sus bancos de datos biológicos. La paranoia se respira en los pasillos de metal frío, donde el silencio solo es roto por el zumbido de procesadores de datos. El segundo proyecto de la estación, la **Expansión**, sugiere que esta tiranía en miniatura planea extender su red de vigilancia por todo el **Cónclave de las Cicatrices**, convirtiendo a Elysium en el nodo central de una nueva y aterradora arquitectura de control. Para un **Cazarecompensas**, este lugar huele a un contrato de alta prioridad oculto bajo capas de encriptación y miedo.

3. El Asentamiento: Vidarr

1. **Nombre:** (SS-p.114): d6=6/d100=96: **Vidarr**
2. **Ubicación:** (SS-p.107): d6=6/d100=23: **Asteroide (Espacio Profundo)**
3. **Población:** (SS-p.107): d6=4/d100=43: **Cientos**
4. **Autoridad:** (SS-p.108): d6=1/d100=58: **Inflexible (Unyielding)**
5. **Proyectos:** (SS-p.111): d6=5/d100=62 y d6=4/d100=37: **Demolición y Cartografía Planetaria**

Vidarr es un complejo minero y de observación anclado en las entrañas de un **asteroide masivo** que deriva por el vacío profundo del sector. Con una población que se cuenta por **cientos**, la vida en el asteroide es un ciclo perpetuo de trabajo y vigilancia bajo una **Autoridad Inflexible**; en Vidarr, las leyes son tan duras como la roca que habitan y no existe espacio para la disidencia o el error.

El Martillo de Datos en el Vacío

Para un **Parangón** como Echo, los pasillos de Vidarr vibran con la estática de un propósito brutal. Mientras el *Infinite Horizon* se acopla a las bahías de carga excavadas directamente en la piedra, Echo percibe a través de su **sincronización psiónica** el peso del proyecto de **Demolición** que consume a la colonia: secciones enteras del asteroide están siendo fragmentadas mediante explosivos controlados para alimentar las forjas biotecnológicas del sector.

Sin embargo, el segundo proyecto de Vidarr es lo que realmente atrae a un cazador de datos: la **Cartografía Planetaria**. Vidarr no solo destruye roca, sino que utiliza potentes procesadores biológicos para mapear con precisión quirúrgica los mundos infectados por el **Consumo Gris** en las cercanías. Las mentes de los habitantes de Vidarr, bajo el mando de una autoridad que no admite negociaciones, están enfocadas en un objetivo único: encontrar rutas seguras a través de la plaga. Para un **Cazarecompensas**, Vidarr es una fuente inestimable de coordenadas y contratos, un lugar donde el silencio es ley y los secretos se guardan tras muros de acero y piedra.

¿Hay alguna estrella en el Sector?

Preguntaré al Oráculo si hay alguna estrella (SS-p.289) al 50/50: d100=58 - **No**

Crear el Mapa y su número de Pasajes

No voy a dibujar el mapa y solo indicaré los pasajes por los que se puede viajar con motor

convencional.

Hay un pasaje de salida del sector a través de **Bulwark** que a su vez está unido con **Vidarr** por otro pasaje y se puede viajar entre ambas con los motores convencionales. **Elysium** sin embargo se encuentra bastante incomunicado o lo que es lo mismo; sin ningún pasaje que la una a los otros dos asentamientos por lo que para viajar allí habría que usar los motores FTL y no los convencionales.

Asentamiento en el que estaremos de inicio

Estaremos en **Bulwark**.

- **Primer Vistazo** (SS-p.108) $d6=5/d100=29$ y $d6=5/d100=50$: **tráfico pesado de vehículos y grandes espacios compartidos**
- **Problema Local** (SS-p.112) $d6=3/d100=53$: **plaga de alimañas**

Primer Vistazo: Una Colmena de Actividad y Apertura

Al aproximarte a la ciudadela orbital, lo primero que procesa tu mente de Parangón es el **tráfico pesado de vehículos**. Una danza caótica de barcas de suministros, mineros de asteroides y naves de transporte entra y sale de los muelles, desafiando la estática de la nebulosa.

Una vez dentro, Bulwark rompe con la claustrofobia de tu propia nave. La estación está diseñada con **grandes espacios compartidos**. Estas plazas masivas, bañadas por la luz filtrada de los gases estelares, son el corazón de la democracia local. Aquí, miles de ciudadanos se reúnen no solo para socializar, sino para recibir sus **raciones** bajo la vigilancia de la seguridad. Para un paria como Echo, la inmensidad de estos foros abiertos resulta tan impresionante como vulnerable.

Problema Local: La Plaga en los Circuitos

Sin embargo, bajo la fachada de orden y amplitud, un murmullo de pánico recorre las mentes biológicas de sus habitantes. Bulwark sufre una **plaga de alimañas**. En el contexto del **Osario de Datos (La Forja)**, no se trata de ratas orgánicas, sino de "**Ácaros de Datos**": parásitos nanotecnológicos que se alimentan de los bancos de memoria biológica y de los conductos de datos de la estación.

Estas criaturas están devorando la infraestructura, causando fallos de energía y corrompiendo los archivos genéticos que la comunidad protege con tanto celo. La seguridad está desbordada; las alimañas son pequeñas, rápidas y se mueven por los mismos conductos estrechos que Echo conoce tan bien.

o ha comenzado a pulsar con una luz antinatural, actuando como un faro ontológico que atrae a flotas de Naves Fantasma y hordas de Alza
Conexión local dentro del Sector

Conexión Local: Eros Urtiz, indicativo "Clank"

1. Rango (Rank):

Dangerous (Peligroso)

○ TROUBLESOME ● DANGEROUS ○ FORMIDABLE ○ EXTREME ○ EPIC

--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

2. **Rol (Role)** (SS-p.134) d6=2/d100=61: **Pilgrim** (Peregrina) .

*Eros es una viajera espiritual o ideológica que ha recorrido los sectores más peligrosos del **Cónclave de las Cicatrices** antes de establecerse temporalmente en Bulwark*

3. **Primer Vistazo (First Look)**: (SS-p. 121) d6=6/d100=27: **Formal dress** (Vestimenta formal).

A pesar del caos de la estación, Eros siempre viste con una elegancia anacrónica y pulcra, portando túnicas que contrastan con el entorno industrial de Bulwark

4. **Objetivo del Personaje (Character Goal)**: (SS-p. 135) d6=1/d100=21: **Defend a place** (Defender un lugar).

Su misión actual no es el viaje, sino la protección absoluta de un santuario o un nodo de datos sagrado dentro de la estación Bulwark

5. **Aspecto Revelado (Revealed Character Aspect)**: (SS-p. 123) d6=4/d100=37: **Experienced** (Experimentada) .

*Echo percibe en ella una calma que solo otorga haber sobrevivido a múltiples encuentros con el **Consumo Gris**; Eros no es una novicia, sino una veterana del vacío*

6. **Elegir un Hogar (Home)**: **Bulwark**.

Opera desde las plazas compartidas de la ciudadela, donde coordina la defensa de los sectores civiles .

7. **Asignar Identidad (Name & Callsign)**:

Nombre, (SS-p. 143) d6=3/d100=26: **Eros**.

Apellidos, (SS-p. 147) d6=2/d100=93: **Urtiz**.

Apodo, (SS-p. 149) d6=4/d100=22: **Clank**.

El Hilo que os Une: La Guardiana del Velo

*En las vastas plazas de **Bulwark**, donde la multitud se agolpa bajo la luz de la nebulosa, destaca la figura impecable de **Eros Urtiz**. Eros es una **Peregrina** veterana que llegó a la estación no buscando refugio, sino cumpliendo el **Objetivo de defender un santuario de datos** biológicos que los **Saqueadores de Datos** ansían deconstruir. A pesar de su **vestimenta formal** y su aire de nobleza perdida, Eros se ha ganado el apodo de "**Clank**" debido al sonido rítmico de su pierna mecánica de **Acero Gris** contra el suelo metálico, una cicatriz de sus viajes por la Forja.*

*Echo y Clank comparten una historia de respeto mutuo: ella fue quien guió al Infinite Horizon a través de un banco de datos corruptos cuando Echo era apenas un paria recién mutado. Eros es una mujer profundamente **experimentada** que ve en la mutación de Echo no una plaga, sino una señal. Mientras Eros mantenga su guardia en Bulwark, Echo sabe que tiene un puerto seguro donde el **velo de sombras** no es una señal de caza, sino de alianza.*

Beneficio Mecánico: Siempre que Eros "Clank" Urtiz te ayude en movimientos relacionados con la **navegación de rutas de peregrinaje** o la **defensa de posiciones** en Bulwark, añades +1 y tomas +1 de **momentum** en un acierto

Problema en el Sector

Sector Trouble (SS-p.16) $d6=2/d100=60$: **Las profecías predicen el inminente despertar de un poder temible** (Prophecies foretell an imminent awakening of a dreadful power)

El problema detectado en el sector, "Las profecías predicen el inminente despertar de un poder temible", se manifiesta como una convergencia de horrores biotecnológicos y crisis espirituales que sacuden los cimientos del Cónclave de las Cicatrices. En un universo donde los antiguos dioses callaron durante el Cataclismo, la necesidad de sentido ha hecho que las visiones de los Adeptos y los delirios de los cultistas cobren una importancia aterradora.

Aquí tienes el desarrollo detallado de esta amenaza inminente:

1. El origen de la profecía: El "Coro de Datos"

La profecía no ha surgido de textos sagrados, sino de un fenómeno conocido como el **Coro de Datos**. Los **Adeptos** de todo el sector, mientras procesan la red de datos bajo el efecto de drogas psicoactivas, han comenzado a percibir una "frecuencia fantasma" que se repite obsesivamente: una cuenta atrás grabada en los residuos del **Consumo Gris**.

- **Videntes atormentados:** Muchos Adeptos han muerto por sobrecarga cerebral o han caído en la locura, asegurando que han visto el "renacimiento de la mente colmena".
- **La interpretación del Culto:** Los **Cultistas del Nanito** han interpretado estas visiones como la señal para el despertar del **Tecnoplasma Maestro**, la síntesis definitiva de carne y máquina que "purificará" el sector deconstruyéndolo átomo a átomo.

2. El "Poder Temible": El Coloso de la Plaga

El objeto de estas profecías parece ser un **Coloso** de los Precursores, una máquina humanoide titánica que yace inactiva en el núcleo de un **Mundo Shattered** (Mundo Fragmentado) del sector.

- **Naturaleza del despertar:** A diferencia de otros Colosos, este parece ser un "Procesador de Dioses" diseñado por civilizaciones antiguas para coordinar nubes inteligentes de nanomáquinas a escala galáctica.
- **Señales físicas:** **La Luz Fantasma (enana blanca) más cercana al sitidos** (Risen), que parecen movilizarse para proteger el lugar del despertar.

3. Facciones en conflicto y amenazas

La inminencia de este evento ha puesto a las grandes potencias en pie de guerra:

- **Los Saqueadores de Datos (Data Raiders):** Han lanzado una ofensiva brutal para capturar a cualquier civil que posea marcadores genéticos vinculados al Éxodo. Creen que el ADN de estos individuos contiene las "**Llaves de Acceso**" biológicas necesarias para tomar el control del Coloso antes de que despierte por completo.
- **La Alquimia de la Plaga:** Los místicos informan que las energías erráticas de la Forja se están volviendo más corruptoras de lo normal cerca de las rutas de salto, lo que sugiere que la realidad misma se está debilitando ante la presión psiónica de la máquina que despierta.

¿Hay alguna Facción?

Sí, según las **Verdades** que has forjado para este mundo y el trasfondo de **Echo**, existen varias facciones con presencia o influencia directa en el sector:

1. Clanes Fundadores.

Representan el intento más sólido de mantener el orden tras el Éxodo, agrupando a la mayoría de las naves y asentamientos bajo su estandarte. Existen **cinco clanes**, cada uno de los cuales honra el legado de un líder que guio a la humanidad durante los tiempos caóticos posteriores a la huida del viejo mundo. Aunque proporcionan una **apariencia de orden**, reclaman vastos dominios y mantienen **escaramuzas territoriales constantes** por el control de recursos

2. Cultistas del Nanito.

Es una facción compuesta por fanáticos religiosos y grupos marginales que han desarrollado una **devoción mística hacia el Consumo Gris**. No ven a la plaga como un desastre, sino como una **purificación o evolución** necesaria de la materia. Buscan activamente reliquias de los Precursores y creen que el **Tecnoplasma** (una amalgama corrupta de carne y máquina) es la síntesis definitiva del ser. Su objetivo final es la asimilación o la propagación del enjambre de nanomáquinas.

3. Saqueadores de Datos (Data Raiders)

Son mercenarios pragmáticos y brutales que operan como "**cosechadores de datos**" en una era donde la información es el recurso más valioso. Su principal actividad es actuar como **mapeadores de ADN**, cazando a individuos o "drones sin voluntad" que portan marcadores genéticos específicos vinculados al Éxodo para extraer secretos codificados en su sangre. Operan fuera de cualquier ley central y su justicia es puramente contractual

4. Alquimia de la Plaga

Más que una facción organizada, es el término para la fuerza tecnológica y natural corruptora que los místicos utilizan para manipular la materia. Se manifiesta como la capacidad de canalizar las energías antinaturales de la Forja, las cuales están íntimamente ligadas a los residuos de la plaga del viejo mundo. Su uso es extremadamente peligroso, ya que actúa como una fuerza que altera la realidad y corrompe tanto al usuario como a su entorno

5. Trono de los Adeptos (mencionados en tu historia como la organización que te reclutó) [Historia del personaje].

Representa la infraestructura social y técnica que sustituye a las inteligencias artificiales, las cuales se vuelven locas debido a las energías de la galaxia. Los **Adeptos** son especialistas humanos que sirven como "**procesadores vivos**", utilizando drogas psicoactivas para percibir el universo como una red deslumbrante de datos. Son pilares críticos para la sociedad actual, ya que de ellos depende la estrategia, la predicción de resultados y la **navegación de los motores Eidolon**

INICIO DE LA PARTIDA

Antes de nada decir que cuando tire dados o hable del sistema lo haré en un recuadro como este, el resto será narración y ficción provocadas por la mecánica o mi propia imaginación.

Las tiradas de movimiento por regla general son dos d10 contra un d6.

- Si el d6 + la característica en cuestión está por encima de los 2d10: Strong Hit
- Si el d6 + la característica está por encima de un d10 pero no de otro: Weak Hit
- Si el d6 + la característica está por debajo de los dos d10: Miss

También mencionar que mientras jugaba, voy anotando ideas de secuencias, escenas, tramas y lo que he hecho aquí es unir esas ideas y esas situaciones que se han ido dando, creando o

imaginando y he aprovechado la IA para crear una narración y así convertir la partida en una pequeña novela. Aquí no pondré todas las notas que voy apuntando mientras juego y en su lugar aparecerán textos narrados formando una especie de resumen, bien escrito, de todas mis divagaciones. Quizás con mas tiempo habría hecho mas pero bueno, creo que con esto es suficiente.

Espero que lo disfrutéis y no resulte cansino y pesado, cosa que seguramente sucederá, je.

Capítulo I — La Ciudad que Respiraba en el Vacío

La inmensidad de Bulwark se desplegó ante él como un organismo urbano suspendido entre estrellas muertas, una criatura de metal y memoria que inhalaba energía de la nebulosa y exhalaba historia. Echo la observó durante unos segundos que, en su percepción ampliada, se dilataron como si el tiempo mismo hubiera decidido examinar la escena con cautela. Pensó entonces que, en un lugar donde la democracia sobrevivía rodeada de enemigos invisibles —clanes tecnocráticos, economías de guerra y redes de inteligencia capaces de depredar datos como si fueran carne— cada paso que diera lo acercaría al verdadero motivo por el que Eros Clank había decidido llamarlo desde los confines de la Forja.

La Forja: una región del espacio donde los restos de una civilización anterior seguían siendo procesados lentamente por máquinas ancestrales y juramentos humanos, bajo la sombra de un fenómeno que los mapas tácticos llamaban Consumo Gris. Allí, las rutas entre asentamientos no dependían de redes estables ni de balizas cuánticas, sino de memorias transmitidas, promesas selladas en sangre y viejos navegantes que aún confiaban más en el instinto que en los algoritmos de navegación.

Y sin embargo, el silencio del espacio —aquel silencio que durante siglos había sido sinónimo de refugio— se había transformado en una advertencia.

Fue a través de ese silencio cargado de estática residual, como si el vacío hubiera comenzado a susurrar en un idioma roto, que la nave *Infinite Horizon* emergió desde los velos cromáticos de la nebulosa protectora de Bulwark. Su casco llevaba la cartografía de incontables viajes: microimpactos, soldaduras improvisadas, cicatrices de radiación. Los sensores de la estación orbital estudiaron su firma energética con una cautela que no era paranoia, sino experiencia acumulada por generaciones que habían aprendido a sobrevivir en una distopía cibernética donde incluso una transmisión aparentemente inocente podía ocultar una inteligencia hostil o un fragmento de conciencia procedente de una singularidad tecnológica olvidada.

El acoplamiento se produjo con una firmeza grave, casi ceremonial.

Los anclajes magnéticos del puerto se cerraron sobre el casco de la nave con el sonido profundo de un leviatán industrial cerrando la mandíbula. La vibración se propagó por la estructura del *Infinite Horizon* como un pulso lento, recorriendo conductos de refrigeración, haces de fibra óptica, paneles obsoletos y cables expuestos que colgaban del techo del puente de mando como nervios expuestos de una criatura que se negaba a morir.

Echo percibió esa vibración con una claridad que iba más allá de lo físico.

Para cualquier otro piloto, el interior de la nave habría sido una pesadilla de mantenimiento: una

maraña claustrofóbica de conducciones abiertas, condensación que goteaba desde sistemas térmicos fatigados, paneles sustituidos demasiadas veces, interfaces que mezclaban tecnología pre-colapso con implantes sinápticos improvisados. Pero para un Parangón, aquel caos aparente era un patrón.

Una red. Un sistema nervioso extendido.

Su mente —modificada por un paradigma cuántico que había alterado su arquitectura neuronal— recorría el flujo de datos del casco como si se tratara de impulsos bioeléctricos. No pilotaba la nave: la habitaba.

Durante un instante, su silueta titiló contra la maraña de cables del puente. Los sensores ordinarios habrían registrado aquello como un error de renderizado o una interferencia óptica producida por campos electromagnéticos inestables. Pero la realidad era más inquietante: la interacción entre su mutación y el campo de nanitos que circulaba por su sangre provocaba, en ocasiones, un ligero desfase con el tejido del mundo. Como si su existencia estuviera parcialmente entrelazada con otra capa de realidad —una sombra de realidades paralelas donde su cuerpo y su conciencia aún negociaban su posición exacta en el universo.

Cuando la escotilla comenzó a abrirse, Bulwark se reveló con la majestad lenta de algo que no había sido construido, sino cultivado a lo largo de generaciones.

Flotaba en el corazón de una nebulosa densa, cargada de energía ionizada. Sus gases filtraban la luz de estrellas lejanas y teñían la estación con tonalidades púrpura, ámbar y cobre envejecido. Desde la distancia, Bulwark parecía una fortaleza orbital.

Desde el muelle, resultaba evidente que era algo mucho más complejo. Era una civilización comprimida en metal. Un ecosistema urbano suspendido en el vacío donde decenas de miles de vidas coexistían bajo una forma de gobierno que, en aquel sector del espacio dominado por hegemonías algorítmicas y tiranías corporativas, era una anomalía casi milagrosa.

Bulwark era democrática. O al menos lo intentaba.

La estación estaba regida por un consejo elegido por ciudadanos que, a pesar del racionamiento energético, la vigilancia permanente y la amenaza constante de incursiones externas, se aferraban a la idea de que la voluntad colectiva aún podía imponerse al caos. Ese equilibrio frágil se reflejaba en todo: en los sectores residenciales donde las luces se atenuaban para ahorrar energía, en las plazas abiertas donde la gente esperaba sus suministros bajo la mirada de drones de seguridad, en los muros cubiertos de pantallas que transmitían debates políticos mientras las patrullas armadas vigilaban cada esquina.

Al descender por la pasarela del muelle, Echo percibió el contraste de inmediato. La intimidad asfixiante de su nave quedó atrás, sustituida por la amplitud deliberada de los espacios públicos de Bulwark. Aquellos corredores y plazas no solo estaban diseñados para albergar multitudes: también buscaban transmitir la ilusión de que el vacío no los había encerrado.

Pero la presión del entorno estaba en todas partes.

El tráfico constante de barcas industriales, mineros de asteroides y transportes civiles generaba un zumbido grave que se transmitía a través de la arquitectura como un latido colectivo. Las multitudes se desplazaban en corrientes densas, marcadas por el cansancio, la vigilancia y la conciencia permanente de que la supervivencia dependía de un equilibrio que podía romperse en cualquier momento.

Para Echo, sin embargo, aquel movimiento no era solo social. Era biológico.

Su mente de Parangón interpretaba el entorno como un sistema vivo de señales: detectaba la aceleración del ritmo cardíaco de quienes ocultaban contrabando bajo sus ropas, la disciplina tensa de los guardias que patrullaban los accesos, la ansiedad silenciosa de quienes aguardaban su ración diaria mientras observaban de reojo los sistemas de seguridad. Incluso percibía la vibración de las redes de datos que atravesaban la estación, como un océano invisible de información donde flotaban fragmentos de memorias humanas y algoritmos autónomos.

En algún lugar dentro de Bulwark se encontraba la razón de su llegada. El mensaje de Eros Urtiz — Clank para quienes habían sobrevivido suficiente tiempo como para conocerla— permanecía activo en su mente como un hilo de datos incrustado en su conciencia. No era un simple comunicado: estaba cifrado mediante técnicas de entrelazamiento cuántico que solo alguien con su historial habría sabido interpretar.

Eros no era una peregrina más de la Forja. Era una superviviente del Consumo Gris. Una guardiana de un santuario de datos biológicos cuya importancia excedía con creces la política local de la estación y rozaba territorios peligrosos: archivos genéticos que algunos rumores vinculaban con experimentos previos a la gran ruptura tecnológica, ecos de proyectos que intentaron redefinir lo humano cuando la humanidad aún creía que podía dominar la evolución.

Si ella lo había llamado, algo estaba a punto de romperse.

—*Eros me ha llamado* —murmuró.

Su voz salió suavemente distorsionada por la interfaz biotecnológica que modulaba su respiración y sincronizaba sus impulsos neuronales con el entorno digital de la estación.

Mientras hablaba, su mano se cerró alrededor de la empuñadura de su daga de Acero Gris. El arma respondió al contacto mediante la sincronización psiónica que la unía a su sistema nervioso, un vínculo que transformaba el metal en una extensión directa de su voluntad, como si la hoja recordara cada batalla que había sobrevivido junto a él.

Pero el problema más inmediato de Bulwark no estaba en las plazas ni en los muelles. En los niveles más profundos de su infraestructura biotecnológica, algo se estaba propagando con una eficacia inquietante. Los llamaban Ácaros de Datos; Parásitos nanotecnológicos capaces de infiltrarse en bancos de memoria, devorar paquetes de información y alterar secuencias genéticas almacenadas en los archivos biológicos de la estación. A simple vista, parecían fallos de sistema: apagones energéticos, corrupción de archivos, errores en protocolos médicos.

Pero Echo percibía el patrón oculto. Aquello no era una plaga. Era un mensaje o quizá una invasión.

Antes de avanzar hacia el interior de la estación, decidió reducir la probabilidad de que su presencia generara más preguntas de las necesarias. Se caló la capucha de su túnica, un tejido diseñado para absorber luz y alterar lecturas ópticas. Durante unos segundos, permitió que su mente reorganizara el flujo de partículas que normalmente lo rodeaba, disipando la nube oscura que hacía que su silueta pareciera un fallo en la realidad.

Después se ajustó unas gafas de cristales polarizados que ocultaron el resplandor blanco de sus ojos sin pupilas y activó los cascos auditivos que transformaron el caos acústico del puerto en un patrón sonoro filtrado, casi musical.

Entonces comenzó a caminar.

Y mientras se internaba en la ciudad que respiraba en el vacío, Bulwark pareció responder a su presencia como si hubiera estado esperándolo desde mucho antes de que su nave cruzara la nebulosa.

MOVIMIENTO - Undertake an Expedition

- **Disparador:** Tras bajar de la nave emprendemos la búsqueda del Nodo de datos de Eros
- **Movimiento (SF-p.169): Undertake an Expedition**
 - Aplicamos un Rango al inicio para el progreso

☐ TROUBLESOME ☒ DANGEROUS ☐ FORMIDABLE ☐ EXTREME ☐ EPIC

--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

- **Tirada:** 2d10 vs [d6 + Shadow]: Quiero pasar desapercibido



- **Resultado:** 6 + 2 = 8
 - **Strong Hit** (d6+Caract. --- [$> 2d10s$]):
 - Marco progreso y llego a la zona de espera de seguridad (el Waypoint). En esta ocasión no tiro por ser el resultado evidente.

☐ TROUBLESOME ☒ DANGEROUS ☐ FORMIDABLE ☐ EXTREME ☐ EPIC

✖	✖								
---	---	--	--	--	--	--	--	--	--

Echo se internó en el puerto de Bulwark con la sensación de que la estación no solo respiraba, sino que también observaba y recordaba. A medida que descendía por la rampa de atraque, la atmósfera del muelle lo envolvió con la densidad característica de un ecosistema industrial que jamás se permitía dormir del todo, un entorno donde el tiempo parecía medirse en vibraciones metálicas, en ciclos de carga y descarga, y en el lento desgaste de quienes sostenían aquella anomalía política suspendida en el vacío.

El tránsito de vehículos de carga formaba una marea mecánica constante que avanzaba y retrocedía bajo las bóvedas del puerto, mientras contenedores magnéticos flotaban sobre carriles de levitación y las barcas mineras llegadas desde los cinturones exteriores exhalaban calor residual como bestias exhaustas tras cruzar el hiperespacio. Grúas orbitales describían arcos lentos sobre las plataformas, y todo ese movimiento proyectaba sobre la estructura de la estación un pulso casi orgánico, como si aquella sección de Bulwark fuese el corazón logístico de una criatura demasiado vasta para comprenderla desde un único punto de vista.

Sin embargo, bajo esa actividad incesante vibraba otra capa más profunda y humana, una tensión persistente que convertía el puerto en algo más que un nodo comercial. Era también un escenario donde la democracia de la estación se hacía visible en su forma más cruda, porque allí se acumulaban ciudadanos obligados a sostener su sistema político mientras la escasez y la amenaza

exterior erosionaban lentamente la paciencia colectiva. En otros mundos de la Forja, sistemas similares habían sido sustituidos por algoritmos soberanos o por hegemonías surgidas de antiguas singularidades tecnológicas, pero Bulwark seguía resistiendo gracias a un equilibrio frágil que dependía tanto de la voluntad humana como de la vigilancia constante.

Echo avanzó con calma hasta integrarse en una de las largas colas que serpenteaban hacia los controles de acceso, corrientes humanas que se retorcían entre barreras metálicas y sensores de tránsito mientras altavoces antiguos repetían protocolos de seguridad en diversos dialectos de la región. A su alrededor, la multitud aguardaba con una mezcla difícil de definir: el cansancio acumulado por jornadas interminables y una ansiedad que parecía haberse convertido en parte del aire reciclado que respiraban. Muchos llevaban recipientes sellados para las raciones de nutrientes, cilindros translúcidos o contenedores improvisados con piezas de maquinaria, objetos modestos que delataban una precariedad creciente, mientras patrullas de seguridad recorrían la zona con armamento pesado y miradas entrenadas para evaluar a cada individuo como si cualquiera pudiera convertirse en el origen de una catástrofe.

El aire en la zona de espera resultaba denso y ligeramente eléctrico, cargado de partículas microscópicas que la nebulosa circundante filtraba hacia la estación, de modo que cada roce contra las superficies metálicas generaba descargas casi imperceptibles. Para la mayoría de los presentes aquello era solo incomodidad ambiental, pero para Echo se trataba de un flujo adicional de información que se integraba con el resto de señales que su mente procesaba de manera constante. Sus mutaciones le permitían percibir el entorno como una red viva de indicios y probabilidades, de modo que mientras aguardaba podía detectar el temor contenido de quienes miraban con demasiada frecuencia los paneles de seguridad, la irritación resignada de los trabajadores mineros y, sobre todo, ese miedo latente que se había extendido por la estación desde que comenzaron los rumores sobre la plaga de Ácaros de Datos.

Aquellos organismos nanotecnológicos, capaces de infiltrarse en bancos de memoria y alterar secuencias informacionales críticas, habían dejado de ser un problema técnico para convertirse en un símbolo del peligro que acechaba a Bulwark desde dentro, porque no solo devoraban archivos y sistemas, sino también la confianza de quienes dependían de ellos. Echo percibía en el comportamiento de la multitud una inquietud más profunda que la simple preocupación por una falla tecnológica; era la sensación de que algo inteligente, o al menos adaptativo, estaba aprendiendo a moverse dentro de la infraestructura de la estación.

La fila avanzaba lentamente, con una cadencia casi geológica, como si cada paso implicara atravesar capas sucesivas de procedimientos que se habían vuelto más estrictos con cada incidente reciente. Escáneres térmicos barrían a los viajeros con haces invisibles, mientras drones de supervisión flotaban sobre la multitud registrando patrones de comportamiento que luego serían analizados por sistemas de seguridad conectados a redes distribuidas de entrelazamiento cuántico. Cuando finalmente Echo alcanzó la parte frontal del control, la sensación no fue tanto la de haber llegado a un destino como la de haber cruzado una frontera invisible que separaba el exterior incierto del interior vigilado.

El agente de la Autoridad Democrática que lo esperaba al otro lado del mostrador levantó la vista desde su terminal con un gesto que combinaba disciplina y agotamiento. El rostro del hombre mostraba las marcas del racionamiento prolongado y de los turnos dobles de vigilancia en una estación que rara vez podía permitirse descansar, mientras que su uniforme, desgastado en los

bordes y reforzado en zonas críticas, revelaba una rutina que mezclaba burocracia y preparación para la violencia con una naturalidad inquietante. En una mano sostenía un escáner manual calibrado para detectar rastros de nanotecnología parásita, y el aparato emitía un murmullo electrónico constante que se mezclaba con el ruido de fondo del puerto.

—*Identificación o registro de vuelo.*

La voz del oficial salió plana, sin matices, como la de alguien que había repetido aquella frase tantas veces que había dejado de esperar algo fuera de lo ordinario. Ignoraba que tras las gafas oscuras de aquel individuo aparentemente anodino se encontraba alguien cuya mente, moldeada por experiencias en territorios donde la percepción podía fracturarse y recomponerse, era capaz de influir en voluntades o navegar sistemas cognitivos con la misma facilidad con la que otros manipulaban interfaces táctiles.

Echo deslizó su ficha de registro y los archivos de vuelo encriptados sobre el frío metal del mostrador con un movimiento deliberadamente sencillo, procurando que cada gesto se confundiera con los miles de transacciones similares que se producían allí a diario. El oficial tomó la documentación con una indiferencia que, lejos de incomodarlo, le resultó tranquilizadora, porque en lugares como aquel la invisibilidad social era una forma de protección mucho más eficaz que cualquier sistema de ocultación tecnológica.

Tras las gafas de aviador, el fulgor blanco de sus ojos permanecía cuidadosamente oculto, mientras que bajo la pesada túnica su silueta —ese leve desfase que a veces lo hacía parecer ligeramente desincronizado con la realidad, como si una parte de su existencia rozara otras capas del universo— se mantenía estable gracias a un esfuerzo de concentración constante, una disciplina mental que había perfeccionado durante años de supervivencia en regiones donde incluso la percepción podía convertirse en un campo de batalla.

Mientras el agente revisaba sus datos sin sospechar nada fuera de lo ordinario, Echo comprendió con claridad que Bulwark se encontraba en un punto de equilibrio tan delicado que no necesitaría una invasión ni un sabotaje visible para empezar a desmoronarse, porque en sistemas complejos como aquel el colapso solía llegar de forma silenciosa, infiltrándose en los detalles más pequeños hasta alterar la totalidad del conjunto. Bastaría un dato corrupto, un protocolo mal interpretado o una decisión equivocada para que la tensión acumulada en la estación encontrara una vía de ruptura y el frágil orden que sostenía aquella ciudad suspendida en el vacío comenzara a resquebrajarse desde dentro.

PREGUNTA DE SI O NO

- **Disparador:** ¿Me reconoce el agente?
- **Movimiento (SS-p.289): Consultar al Oráculo (Ask the Oracles)**
- **Tirada:** 1d100 para saber si es si o no y 1d6 para conocer si hay matices
- **Probabilidad:** Aunque sea una persona conocida, nunca he estado en este asentamiento
 - **Improbable (Unlikely)** - 25 o menos



- **Resultado:** 94

- **NO:** No me reconoce
 - Sin Matiz

Nunca había pisado Bulwark, no porque la estación le hubiera estado vedada —en la Forja casi ningún enclave lo estaba para alguien como él, cuya reputación viajaba a veces más deprisa que las señales cuánticas de los relés comerciales—, sino porque hasta ahora no había surgido un motivo lo bastante peligroso, o lo bastante interesante, como para atraerlo hacia el corazón de aquella ciudad orbital que muchos describían con una mezcla de respeto y escepticismo: una democracia persistiendo en medio de un océano de corporaciones soberanas, guerras de frontera automatizadas y civilizaciones que se habían fragmentado tras demasiados experimentos con la conciencia distribuida y el colapso de sus propios sistemas de gobernanza algorítmica.

En las estaciones mineras del Cónclave de las Cicatrices, su nombre circulaba con rapidez por los corredores de extracción y por las redes clandestinas de información, donde las palabras se intercambiaban como monedas de riesgo y cada dato llevaba adherida la posibilidad de un asesinato o de una alianza improbable; allí, su presencia generaba susurros, cálculos silenciosos y, en ocasiones, pausas demasiado prolongadas para ser casuales. En Bulwark, en cambio, no era más que otra figura entre miles, un viajero envuelto en una túnica oscura que acababa de descender de una nave más entre muchas, diluido en el flujo continuo de identidades que entraban y salían de la estación como corrientes de un océano que nunca descansaba.

Un espectro del vacío, pensó, y la idea le resultó curiosamente adecuada.

Eros Urtiz había sido prudente —quizá incluso brillante— al escoger aquel lugar para ocultarse, o para custodiar aquello que afirmaba proteger con una mezcla de fe científica y obstinación casi religiosa. En la inmensidad urbana de Bulwark, donde las poblaciones se contaban por millones y las rutas de tránsito se superponían como capas geológicas de tráfico humano, comercial y digital, la reputación de un paria no se propagaba con la misma velocidad con la que lo hacían los nanitos en una herida abierta, devorando tejidos y secretos por igual. La escala de la estación actuaba como un solvente social capaz de diluir identidades, y el anonimato surgía no como una estrategia, sino como una consecuencia inevitable de vivir en un ecosistema informacional tan vasto que incluso las economías de atención postescasez habían comenzado a fracturarse bajo su propio peso.

El agente que revisaba su documentación apenas tardó unos segundos en procesar la identidad registrada antes de pronunciar el nombre con la monotonía de quien ha dejado de buscar historias detrás de cada expediente, como si la acumulación diaria de trayectorias humanas hubiera erosionado en él la antigua curiosidad que, según decían algunos historiadores, había sido uno de los motores evolutivos de la especie.

—*Curtis, Juliran* —leyó, levantando la vista lo justo para confirmar que la silueta frente a él coincidía con los datos proyectados en su terminal.

La voz del hombre competía con el rugido distante del tráfico pesado que recorría los niveles superiores del puerto, donde transportes industriales, plataformas logísticas y convoyes automatizados atravesaban los corredores de la estación como si fueran arterias gigantescas por las que circulaba la sangre de una civilización suspendida en el vacío.

—*¿Propósito del viaje?*

Echo no respondió de inmediato; permitió que la pausa respirara dentro del ruido ambiental del

muelle, midiendo con una precisión casi instintiva el tiempo necesario para que su silencio pareciera parte natural del flujo de interacciones humanas que se acumulaban en aquel lugar. Mientras tanto, percibía a su alrededor el murmullo complejo de la estación: el olor metálico del aire reciclado mezclado con rastros de lubricantes industriales, el tacto casi imperceptible de las microdescargas que la nebulosa inducía en las superficies expuestas, el eco distante de conversaciones superpuestas que su mente, entrenada para navegar redes cognitivas y sistemas de señal, podía separar en capas como si fueran espectros de una misma radiación.

Finalmente habló.

—*Turismo de datos.*

Su voz, filtrada por los cascos auditivos que llevaba ajustados sobre las orejas, conservaba ese leve rastro de distorsión electrónica que muchos atribuían a interferencias producidas por la estática de la nebulosa circundante, aunque en realidad se debía a la interacción entre sus implantes sinápticos y el campo electromagnético irregular de la estación, un fenómeno que en ocasiones generaba pequeñas desviaciones de fase en su timbre, como si la realidad necesitara reajustarse ligeramente para acomodar su presencia.

—*He oído que Bulwark custodia algunos de los Nodos de Datos más puros de la Forja* —añadió con un tono que sugería curiosidad más que interés estratégico, dejando que las palabras se integraran en el ambiente como una conversación casual entre viajeros—, *ecos del pasado que todavía no han sido devorados por el silencio.*

Mientras pronunciaba aquello, observó la reacción del oficial con la misma atención con la que un físico examina una lectura de sensores en busca de irregularidades mínimas en el colapso de la función de onda. Sabía que, en la Forja, los Nodos de Datos no eran simples archivos históricos ni depósitos museísticos de información muerta, sino estructuras complejas donde fragmentos de memoria civilizatoria —modelos climáticos de mundos extintos, lenguajes de inteligencias desaparecidas, mapas cognitivos de sociedades que habían intentado trascender su biología— permanecían preservados contra la erosión lenta del tiempo y contra amenazas más activas, como las guerras de red o la expansión insidiosa del Consumo Gris.

También sabía que mencionarlos en voz alta era una especie de prueba.

En una estación como Bulwark, donde la democracia coexistía con sistemas de vigilancia cada vez más sofisticados y con inteligencias administrativas que analizaban patrones sociales como si fueran ecuaciones inestables, incluso la curiosidad podía interpretarse como una forma de intrusión, o peor aún, como el primer síntoma de alguien que buscaba algo que tal vez no debería existir.

MOVIMIENTO - Compel

- **Disparador:** Ver si se ha tragado mi historia y como es una mentira usaré Shadow para convencerlo
- **Movimiento (SS-p.150): Compel**
- **Tirada:** 2d10 vs [d6 + Shadow]



- **Resultado:** $4 + 2 = 6$
 - **Weak Hit**($d6 + \text{Caract.} \text{ --- } [> 1d10 \ \& \ < 1d10]$):
 - Acepta pero me pone una condición que deberemos tirar para averiguar cual es
 - **Oráculo** (SS-p.24-27): Acción más Tema

ACTION	THEME
ACTION (Acción)(SS-p.24) <u>Tabla</u>  <u>Palabra:</u> Aumentar  	THEME (Tema)(SS-p.27) <u>Tabla</u>  <u>Palabra:</u> Enfermedad  
Resultado de Unión: <u>Explicación:</u> Creciendo el problema de los Ácaros y te pide ayuda para solucionarlo	

Echo permitió que el silencio entre él y el oficial se expandiera con la misma paciencia con la que se despliegan ciertas órbitas invisibles en sistemas complejos, hasta que el murmullo del puerto volvió a reclamar su dominio sobre el instante: el rugido grave de las plataformas de carga deslizándose por carriles gravitacionales, el rumor viscoso de miles de conversaciones superpuestas y el zumbido continuo de los sistemas de inspección que rastreaban a cada recién llegado en busca de anomalías biotecnológicas o desajustes en la firma cognitiva de sus implantes.

Fue entonces cuando actuó, aunque nada en su postura o en la quietud de sus manos lo delatara.

No se trató de una intrusión mental en el sentido vulgar que solían temer los burócratas mal informados ni de un asalto directo a la arquitectura íntima de la conciencia ajena, sino de algo mucho más fino, casi artesanal: una inflexión psiónica calculada con precisión microscópica, proyectada a través de la red de implantes sinápticos que modulaban su percepción y que, bajo determinadas condiciones, podían inducir pequeñas alteraciones en ese punto ambiguo donde la voluntad humana comienza a plegarse sobre sí misma como una función de onda sometida a presión.

Echo no leía la mente del hombre, apenas rozaba la tensión de su resolución, del mismo modo en que un ingeniero afloja un perno en una estructura ya fatigada por el uso.

A través de su percepción ampliada —esa capa de realidad que solo se revelaba cuando sus sistemas internos se sincronizaban con los flujos electromagnéticos del entorno— captó de inmediato la respuesta biológica del agente: una variación mínima en el pulso carotídeo, un desajuste casi imperceptible en el ritmo respiratorio, la oscilación breve de una intención que, durante un segundo apenas medible, dejó de ser rígida.

No había sospecha en aquel cambio. Había necesidad.

Una forma de codicia pragmática nacida no del vicio, sino del desgaste cotidiano que imponía la vida en una estación sometida a racionamientos, protocolos de emergencia y el lento agotamiento de sus sistemas sociales, donde incluso la ética podía experimentar una deriva de fase cuando la supervivencia colectiva empezaba a depender de decisiones que ningún manual administrativo había previsto.

El oficial se inclinó ligeramente sobre el mostrador y bajó la voz con un gesto casi conspirativo, como si la conversación hubiera adquirido de pronto una masa gravitatoria mayor. Los sensores de su terminal emitieron un destello ámbar que iluminó por un instante los pliegues cansados de su rostro, dibujando en su piel la cartografía silenciosa de demasiados turnos prolongados.

—Si busca “bibliotecas de carne”, ha llegado en un momento complicado, viajero —murmuró mientras golpeaba con los dedos el borde de la consola en un ritmo nervioso, un pequeño código corporal que hablaba de estrés acumulado—. *Bulwark está bajo un protocolo de seguridad severo. Esos santuarios que menciona... los custodia gente como Eros “Clank” Urtiz, y créame cuando le digo que no sienten simpatía por los curiosos.*

Echo percibió en la textura emocional de aquellas palabras algo más que un aviso rutinario. Había en la voz del hombre una densidad que solo produce la experiencia directa, el recuerdo de conflictos que se desbordan con rapidez cuando los Nodos de Datos entran en juego, porque en la Forja esos archivos no eran simples depósitos de historia, sino matrices vivas donde fragmentos de consciencia distribuida y de conocimiento biológico se conservaban con un cuidado casi litúrgico.

Se inclinó apenas un centímetro más hacia el mostrador, lo suficiente para que la sombra de su capucha engullera el contorno de su rostro y lo redujera a una silueta imprecisa que los sensores ópticos del puerto registraban con desgana, clasificándola dentro de la categoría estadística de “viajero irrelevante”.

—Toda protección tiene una grieta —dijo con calma, y la frase no sonó a amenaza sino a observación casi filosófica—. *Solo necesito saber en qué plaza compartida se encuentra el nodo que custodia Urtiz. A cambio...*

Dejó la frase suspendida, flotando entre ambos como un objeto de masa incierta.

No era improvisación. Gracias a la sincronización psiónica con su propia fisiología aumentada, Echo percibía con claridad el lugar exacto donde la voluntad del oficial comenzaba a fatigarse, esa región ambigua donde el deber institucional se erosiona lo suficiente como para negociar con la realidad sin sentirse, todavía, traicionado por uno mismo.

El guardia suspiró, y durante un instante pareció atrapado entre dos versiones de su identidad: la del funcionario disciplinado y la del habitante de una estación que aprendía cada día a sobrevivir dentro de un sistema que crujía. Sus ojos descendieron hacia la pantalla.

Fue entonces cuando algo cambió. Las pupilas del hombre se fijaron en una lectura que acababa de aparecer en el terminal, y Echo reconoció su significado incluso antes de enfocar los datos proyectados: las alertas relacionadas con los Ácaros de Datos parpadeaban en rojo intenso, como un indicador biológico de infección extendiéndose por la red viva de la estación.

La actividad de los parásitos estaba aumentando. No era un simple fallo técnico ni una irregularidad en los protocolos de mantenimiento; lo que se desplegaba en la pantalla tenía la lógica de una enfermedad sistémica que se abría paso por los bancos biológicos de Bulwark del mismo modo en

que una plaga vírica avanza por un organismo debilitado, descomponiendo archivos genéticos, identidades digitales y procesos vitales que sostenían el equilibrio precario de aquella civilización orbital.

—Mire, viajero —dijo el oficial, y esta vez en su voz había una urgencia que no intentaba disimular —, la plaga de los ácaros de datos se ha intensificado en el sector residencial cuatro. Es una infección corrosiva; está deconstruyendo los archivos genéticos más rápido de lo que podemos aislarlos. Si usted es tan “experto” como su registro sugiere, tal vez pueda ayudarnos con este brote... a cambio de esa ubicación.

El hombre se inclinó aún más, como si temiera que incluso las inteligencias administrativas de la estación —esas entidades discretas que supervisaban patrones sociales desde capas invisibles de la infraestructura— pudieran escuchar la propuesta.

—El consejo democrático es lento —añadió en un susurro áspero—, pero la plaga no espera. Si me consigue un estabilizador de nanitos o algo que detenga esta expansión, le diré exactamente dónde se oculta la Peregrina y su santuario.

Echo observó la pantalla durante un momento ligeramente más prolongado de lo necesario, permitiendo que sus implantes sinápticos analizaran los patrones de alerta que parpadeaban con insistencia, como si fueran la manifestación digital de una herida abierta supurando dentro del sistema nervioso de la estación.

No había exageración en aquellas cifras. El problema había superado la fase inicial. Y, sin embargo, había algo más que el oficial no podía saber.

Echo no tenía tiempo.

Cada minuto invertido en perseguir estabilizadores de nanitos por los suburbios de Bulwark equivalía, en términos de su misión, a permitir que fragmentos irremplazables de memoria civilizatoria se perdieran en la vastedad de la Forja, disueltos en ese silencio informacional que devoraba mundos enteros cuando nadie actuaba con suficiente rapidez.

El oficial buscaba un sanador para un sistema enfermo. Pero Echo no era un sanador. Era un cazador.

—Busca a un “turista” con menos prisa, oficial —respondió finalmente, y su voz emergió cargada con una distorsión electrónica más profunda que antes, una resonancia extraña que hizo que el hombre retrocediera de forma instintiva, como si algo en su cuerpo hubiera detectado un patrón que su mente aún no comprendía—. Mi justicia es por contrato, y este trato no figura en mi registro de entrada.

MOVIMIENTO - **Compel**

- **Disparador:** Vamos a intentar manipularle la mente introduciéndole una idea en ella para que mire para otro lado y nos diga donde puede estar Eros
- **Movimiento (SF-p.150):** **Compel** + El nivel uno de **Psionic** (ventaja – tirar 2d6=mejor resultado)
- **Tirada:** 2d10 vs [d6/d6 + **Wits**]



- **Resultado:** $6 + 3 = 9$

- **Strong Hit** ($d6 + \text{Caract.} \dots [> 2d10s]$):

- Acepta mi intención de influirle para que me deje pasar, algo que iba a hacer, y me informe de donde se encuentra Eros, con total normalidad, porque no era algo que le importase tanto ocultar.

Antes de que el oficial encontrara una objeción lo bastante sólida como para articularla —o que alguno de los subrutinas de vigilancia, somnolientas en el subsuelo algorítmico del puerto, decidiera despertar y elevar una alerta— Echo sostuvo su mirada durante ese intervalo delicado en el que la interacción humana deja de ser un trámite social y se aproxima, sin que nadie lo nombre todavía, a la frontera de lo irreversible. Desde el exterior no ocurrió nada que mereciera registrarse en un informe: apenas la inclinación mínima de su cabeza, el desplazamiento casi ceremonial de la sombra de la capucha; sin embargo, tras los cristales polarizados de sus gafas técnicas, allí donde los sensores ópticos habrían detectado tan solo una opacidad funcional, sus ojos sin pupilas comenzaron a irradiar una luminiscencia blanca, no como una luz sino como una presión, una temperatura mental que el guardia no vio y, aun así, sintió filtrarse a través de las capas más íntimas de su conciencia.

Para alguien como Echo —un Parangón, producto de una ingeniería cognitiva que había afinado su mente hasta aproximarla a la exactitud de un instrumento de medición cuántica— influir en la voluntad ajena no implicaba asaltar firewalls ni penetrar sistemas de silicio protegidos por criptografía evolutiva. La terminal frente al oficial, con sus protocolos de verificación biotecnológica y sus redundancias de seguridad pensadas para economías de atención postescasez donde cada interacción debía quedar registrada, era un artefacto decorativo comparado con la complejidad del verdadero sistema operativo en juego: la arquitectura biológica del hombre. Echo no hackeó la máquina; desplazó, con una precisión que rozaba el colapso de la función de onda en un experimento bien calibrado, el punto exacto donde el miedo, el cansancio acumulado de turnos interminables y esa forma discreta de necesidad que prospera en estaciones sometidas a racionamientos se entrelazan hasta convertirse en decisión.

La resolución del oficial cedió con la misma elegancia silenciosa con la que una pieza fatigada se acomoda dentro de un mecanismo demasiado tensado, y en esa microfalla —imperceptible para cualquier observador que no dispusiera de implantes sinápticos capaces de leer la bioestadística emocional del momento— el miedo a la plaga de los Ácaros de Datos, junto con la codicia pragmática que había intentado negociar un estabilizador de nanitos, comenzó a disolverse como un patrón de interferencia que pierde coherencia al atravesar un campo gravitacional inesperado. En su lugar se instaló algo más suave y, por ello, más convincente: una obediencia razonable, una conclusión que su mente aceptó como propia.

—*Tiene razón, viajero* —dijo al fin, parpadeando mientras validaba los documentos con una normalidad tan perfecta que, para quien hubiese observado la escena con suficiente atención, habría resultado inquietante, como ver a un organismo ajustarse a un ritmo impuesto por un metrónomo invisible—. *No hay necesidad de demoras innecesarias. Bulwark es una democracia, después de todo, y no deseamos incomodar a quienes nos visitan.*

Se inclinó sobre el mapa holográfico de la estación y el espacio entre ambos se llenó de capas

translúcidas de ciudad orbital: corredores de tránsito donde los cargueros gravitacionales se movían como células en un torrente sanguíneo industrial, zonas de habitabilidad moduladas por algoritmos climáticos, barrios suspendidos en plataformas que vibraban con la baja frecuencia de reactores antiguos. Sus dedos —manos humanas aún, aunque atravesadas por la rigidez casi ritual de quien ha repetido el gesto miles de veces— navegaron entre niveles de infraestructura hasta detenerse en una región inferior donde la densidad urbana comprimía el aire en una mezcla de ozono, lubricantes orgánicos y especias cultivadas en biorreactores domésticos.

—Si busca el santuario que custodia Eros Urtiz, lo encontrará en la Plaza de los Susurros, en el Sector Siete —continuó con una calma que para él era perfectamente lógica, porque su percepción del mundo acababa de reorganizarse alrededor de un eje nuevo—. *Es un nodo de datos biológicos de alta prioridad. “Clank” no permite que cualquiera se acerque, pero usted parece... calificado. Prosiga, Juliran Curtis. Bienvenido a la ciudadela.*

Echo recogió sus documentos sin añadir palabra alguna, no por descortesía sino porque en ese momento cualquier comentario habría sido redundante, como explicar una ecuación que ya ha alcanzado su forma mínima. Cruzó el umbral del control con la discreción de alguien que entiende que las fronteras administrativas son, en esencia, rituales de sincronización social, y dejó atrás el puerto para internarse en el tejido urbano de Bulwark, que desde dentro respiraba como una criatura compuesta por millones de decisiones simultáneas.

Allí, bajo la luz púrpura que penetraba a través de los campos de observación de la estación —tamizada por los gases fotónicos de la nebulosa que envolvía la órbita como una marejada silenciosa— su silueta volvió a experimentar esa irregularidad ontológica que lo acompañaba desde que su fisiología había sido empujada más allá de los parámetros humanos. Durante un instante su contorno parpadeó, no exactamente visible sino detectable en la periferia de la percepción, como si la realidad tuviera que recalcular su presencia mediante un algoritmo tardío; una breve deriva de fase recorrió la superficie de su cuerpo y el velo de sombras que lo rodeaba —un exoesqueleto memético entrenado para negociar con los sensores ambientales— respondió de inmediato, absorbiendo la anomalía hasta reducirlo a lo que las redes de vigilancia clasificaban como un simple artefacto de renderizado, un error estadístico moviéndose entre multitudes.

Mientras descendía hacia los niveles interiores de la estación, su mente organizaba la información con la eficiencia de un sistema de navegación biológico que hubiese aprendido a pensar en topologías vivas. Las rutas de tránsito, los nodos de control, los patrones de patrulla y las zonas de interferencia energética se desplegaban ante su conciencia como una cartografía que se reescribía a cada paso, una conciencia distribuida de la ciudad que respiraba con él.

La verdad que perseguía —o aquello que en la Forja aún podía recibir ese nombre sin ironía— lo aguardaba en la Plaza de los Susurros, donde los Nodos de Datos no eran simples repositorios sino organismos de memoria que metabolizaban historias, identidades y fragmentos de civilizaciones olvidadas; y allí, en ese lugar donde la información tenía textura y temperatura, la deconstrucción continuaba su trabajo paciente, devorando el pasado átomo por átomo con la serenidad implacable de un fenómeno natural que no reconoce la urgencia de los mortales.

MOVIMIENTO - Undertake an Expedition

- **Disparador:** Continuamos nuestro camino para ver donde nos lleva. Cómo no sé el camino exacto para ir allí, al no conocer el asentamiento, no tiraré el movimiento **Set a Course**

(SF-p.180). Ahora conozco el sitio y tengo que encontrar la ruta.

- El camino lo haré alerta y con cuidado viendo si alguien me sigue por lo que usaré Wits.
- **Movimiento** (SS-p.169): **Undertake an Expedition**
- **Tirada:** 2d10 vs [d6 + **Wits**]



- **Resultado:** 6 + 3 = 9

- **Weak Hit**(d6+Caract. --- [$> 1d10$ & $< 1d10$]):

- Marco progreso y llego al siguiente Waypoint o punto destacado

○ TROUBLESOME ● DANGEROUS ○ FORMIDABLE ○ EXTREME ○ EPIC



- **Oráculo** (SS-p.212): **Districts** para saber la zona – d100 = 25

- **Enginerring: Area** (SS-p219) – d100 = 42:

- **Soporte Vital:**

- Grandes edificios que parecen contener todo tipo de maquinaria, equipo y soporte para mantener el sistema que da vida a Bulwark
- Ahora habría que elegir entre hacer un Suffer Move (-1) (SS-p198) o encontrarnos un peligro y me voy a decantar por usar Lose Momentum (SS-p199) de -1 debido a que me he retrasado perdido en una zona llena de edificios tremendamente parecidos y calles confusas
- Ahora tengo **Momentum: +1**

La arquitectura del Distrito de Soporte Vital de Bulwark no era exactamente un diseño urbano, sino más bien un tratado de supervivencia redactado a lo largo de décadas por ingenieros cansados, administradores pragmáticos y crisis acumuladas que habían ido sedimentándose en capas de metal reciclado, circuitos redundantes y soluciones improvisadas que, con el tiempo, habían adquirido la respetabilidad austera de una ley física. Cuando Echo cruzó el umbral de aquel sector, la amplitud calculada de las plazas compartidas y la geometría legible de los corredores principales desaparecieron de forma abrupta, sustituidas por una densidad industrial que parecía haber crecido por replicación, como un organismo que ignora la estética porque su única ética es persistir.

Los pasillos en los que se internó no estaban concebidos para ser comprendidos, y mucho menos admirados; existían para funcionar sin descanso, lo que en una estación como Bulwark equivalía a respirar. Conductos de refrigeración serpenteaban por paredes y techos en estratos superpuestos, exudando una condensación química que caía en gotas lentas sobre el suelo metálico y se expandía en manchas iridiscentes, casi bellas, como si la química industrial hubiera aprendido a imitar el lenguaje cromático de ciertos océanos alienígenas. Procesadores de oxígeno del tamaño de cámaras habitables emitían un zumbido grave que no se oía tanto como se sentía, una vibración de baja frecuencia que atravesaba el esternón y modulaba el ritmo cardíaco de quien caminara demasiado tiempo bajo su influencia. Entre ese bosque de máquinas se alzaban bloques habitacionales ensamblados con fragmentos de chatarra estructural y placas de metal reconfigurado por impresoras de campo molecular, estructuras que parecían insuficientes para contener la presión externa de la nebulosa luminosa que envolvía la estación, y que sin embargo lo hacían cada día.

El aire tenía allí una textura distinta, como si la atmósfera hubiese sido pensada para ser inhalada

por máquinas tanto como por humanos. Olía a ozono reciclado, a polímeros calientes y a algo más tibio y húmedo que escapaba de los tanques de purificación biológica; el resultado era una mezcla sensorial que recordaba menos a una ciudad que al interior de un organismo gigantesco, un cuerpo artificial empeñado en mantenerse con vida contra toda probabilidad estadística.

Miles de trabajadores transitaban por los corredores con una cadencia que oscilaba entre la costumbre y la fatiga, sus movimientos regulados por ciclos de mantenimiento más que por horas humanas; algunos llevaban implantes sinápticos de bajo coste que parpadeaban con indicadores de turno, otros arrastraban exoesqueletos industriales que chirriaban como insectos metálicos. Durante un instante, mientras los observaba avanzar entre la niebla tibia de los purificadores, Echo no pudo evitar pensar en los drones sin voluntad que tanto despreciaba: entidades dedicadas a ejecutar tareas programadas hasta que el desgaste o la obsolescencia las convertían en material reutilizable dentro de la misma economía cerrada que las había producido.

Como Parangón, su mente intentó cartografiar el distrito con la misma eficiencia con la que desentrañaba redes de información o analizaba un campo de batalla donde cada variable podía significar la diferencia entre el éxito y la desaparición; sin embargo, aquel lugar ofrecía una resistencia peculiar, casi intelectual. La repetición fractal de los pasillos —calles industriales que parecían reflejos imperfectos de sí mismas, como si un algoritmo urbano hubiera sido alimentado con datos incompletos— y la interferencia electromagnética generada por los reactores de soporte vital creaban un ruido constante en sus percepciones aumentadas. Su velo de sombras, ese sistema híbrido de camuflaje y negociación ontológica con los sensores de la estación, comenzó a parpadear con violencia, degradándose en patrones que recordaban a una señal de radio atrapada en una tormenta de partículas cargadas.

Cada intersección parecía repetir la anterior con una fidelidad inquietante, y esa redundancia, que para la infraestructura era eficiencia, para la mente de Echo se convertía en una forma de sabotaje perceptivo.

Activó su terminal de datos con la esperanza de estabilizar la ruta hacia la Plaza de los Susurros, pero la interfaz respondió con una visión que habría resultado casi hermosa de no ser por su significado: los Ácaros de Datos habían comenzado a devorar los protocolos de mapeo del sector, dejando tras de sí fragmentos de cartografía incompleta, rutas que se desvanecían como recuerdos mal archivados y zonas enteras sustituidas por estática digital que latía en la pantalla como una herida abierta en la conciencia distribuida de la estación. Donde antes había coordenadas ahora había ruido; donde existían trayectorias, una especie de vacío informacional que recordaba al colapso de una función de onda mal observada.

Lo que debía haber sido un desplazamiento directo y calculado hacia su objetivo empezó a deformarse en algo más cercano a una deriva, un movimiento circular dentro de un sistema que parecía absorber cualquier intento de orientación como si se alimentara de él.

Echo se detuvo frente a una válvula de presión cuyo diseño reconoció con una sensación incómoda que su mente confirmó en milisegundos: era idéntica, hasta el desgaste microscópico de sus bordes, a las cinco que había atravesado durante la última hora. Permaneció inmóvil durante unos segundos, escuchando el rumor profundo de turbinas y conductos, mientras los nanitos que circulaban por su torrente sanguíneo reaccionaban a su irritación modulando la estática que envolvía su silueta; una descarga tenue, casi estética, como si su propia fisiología hubiese decidido participar en el conflicto con la arquitectura.

—*Este lugar es un bucle de deconstrucción*—murmuró al fin, y su voz llegó deformada por la interferencia ambiental, filtrada por campos electromagnéticos que convertían las palabras en algo cercano a un eco metálico—. *La arquitectura misma está intentando procesar mi rastro.*

El tránsito constante de barcasas de mantenimiento que se desplazaban por carriles elevados, junto con el estruendo cíclico de ventiladores colosales que regulaban la presión atmosférica del distrito, hacía casi imposible establecer una sincronización psiónica estable con el entorno. En condiciones normales, Echo habría leído el flujo humano y energético de un sector entero del mismo modo que un matemático percibe la elegancia de una ecuación bien formulada; allí, en cambio, la red de soporte vital funcionaba como un sistema circulatorio cerrado que confundía incluso a mentes entrenadas para navegar el caos.

Así, el cazador que había seguido rastros a través de mundos arruinados, economías de atención fracturadas y archivos biológicos al borde de la extinción se encontró momentáneamente atrapado dentro del cuerpo vivo de la estación, desplazándose en círculos en un laberinto de hierro, datos corruptos y respiraciones cansadas, mientras el tiempo —ese recurso que ni siquiera los Parangones podían negociar indefinidamente— se filtraba por los conductos con la paciencia de una fuga microscópica.

La verdad que buscaba seguía aguardando en la Plaza de los Susurros, allí donde los Nodos de Datos respiraban como órganos antiguos; pero en aquel distrito diseñado para sostener la vida de millones, Echo encontraba por ahora solo el eco repetido de su propio trayecto, y la evidencia silenciosa de algo que, más que cualquier enemigo, detestaba desperdiciar. Tiempo.

PREGUNTA DE SI O NO

- **Disparador:** Ya es hora de escapar de este distrito endemoniado. Volvamos a tirar Undertake an Expedition. Pero antes y como he viajado con Wits para andar atento me gustaría saber si alguien me sigue y para ello voy a preguntar al oráculo
- **Movimiento (SS-p.289): Consultar al Oráculo (Ask the Oracles)**
- **Tirada:** 1d100 para saber si es si o no y 1d6 para conocer si hay matices
- **Probabilidad:** Mi llegada y el uso de mis dones con el Agente portuario pueden haber llamado la atención de alguien o quizás esperaban mi llegada lo cual significa que alguien sabe lo que Eros quiere de mi, quizás porque interceptaron el mensaje o porque lo han averiguado de otra manera.
 - **50/50** - 50 o menos



- **Resultado:**
 - **NO:**
 - Sin Matiz

Echo permitió que su paso se desacelerara apenas perceptiblemente mientras se internaba en los corredores del Sector Siete, no por vacilación —la ruta hacia la Plaza de los Susurros había sido reconstruida en su mente a partir de fragmentos de cartografía corrupta, huellas de tránsito y la lógica casi estadística con la que se mueve una multitud en entornos de escasez—, sino porque había aprendido que en distritos como aquel la observación minuciosa podía ser más fiable que

cualquier mapa devorado por plagas de información. A su alrededor, la marea humana avanzaba con la regularidad de un fenómeno biológico, técnicos, obreros y habitantes desplazándose entre módulos de mantenimiento, esclusas presurizadas y pasarelas industriales como células dentro de un sistema circulatorio demasiado grande para permitirse el descanso.

Tras las gafas de aviador, cuyos filtros espectrales negociaban constantemente con el ruido electromagnético del distrito, sus ojos sin pupilas no se limitaban a registrar siluetas o trayectorias: analizaban microvariaciones en la intención humana, leves desviaciones en la dirección de la atención, cambios diminutos en la tensión muscular o en el ritmo cardíaco que sus implantes sinápticos traducían en patrones comprensibles. Echo buscaba algo muy específico, casi una firma térmica del comportamiento: el rastro gélido de una mirada persistente, esa arquitectura invisible que se forma cuando alguien decide seguir a otro sin revelar aún su presencia, cuando la curiosidad o el cálculo comienzan a organizarse en vigilancia.

Lo que encontró fue otra cosa, y por un momento incluso su mente —acostumbrada a leer anomalías como un físico interpreta el colapso de una función de onda— tardó en aceptarlo.

La gente del sector parecía demasiado ocupada sobreviviendo como para prestar atención a un viajero más entre miles. Muchos caminaban con recipientes de raciones comprimidos contra el pecho, como si custodiaran pequeños órganos externos; otros arrastraban contenedores de mantenimiento o herramientas cuyo peso hacía crujir los exoesqueletos meméticos que llevaban anclados a la espalda; algunos simplemente avanzaban con la mirada fija en el siguiente turno de trabajo que los aguardaba en algún lugar de la vasta maquinaria de Bulwark, donde las economías de atención postescasez eran una teoría distante y la supervivencia cotidiana exigía una concentración absoluta en lo inmediato. Incluso quienes alzaban la vista por un instante lo hacían con una indiferencia endurecida por años de rutina industrial, incapaces de distinguir a Echo de las innumerables siluetas que cruzaban los corredores con la misma urgencia silenciosa.

Y, sin embargo, su presencia no era del todo normal.

Su contorno continuaba parpadeando con una irregularidad casi elegante, como si la realidad necesitara una fracción adicional de tiempo para sincronizarse con su existencia; un fenómeno que, en términos de física aplicada, podía describirse como una leve deriva de fase entre su cuerpo aumentado y el campo sensorial de la estación, pero que para un observador casual habría parecido simplemente un error de renderizado desplazándose entre ciudadanos demasiado cansados para cuestionarlo. Bajo la iluminación ámbar de los tubos industriales, esa inestabilidad convertía su silueta en algo ambiguo, una figura que la percepción humana descartaba instintivamente del mismo modo en que el cerebro ignora ciertos defectos visuales para conservar la coherencia del mundo.

Echo interpretó aquella ausencia de atención con la frialdad analítica que reservaba para los contextos operativos: invisibilidad táctica.

No una invisibilidad absoluta —en un entorno saturado de sensores, cámaras distribuidas y conciencias algorítmicas que respiraban en las redes de la estación, tal cosa era poco más que una superstición técnica—, sino la forma más eficaz de anonimato que existe en las civilizaciones densas: la indiferencia colectiva. Convencido de que, al menos por el momento, nadie había reconocido al paria cuya reputación circulaba por otros territorios de la Forja como un rumor cargado de consecuencias, retomó el ritmo de avance con una determinación que no necesitaba dramatismo, avanzando hacia el corazón del sector donde las capas urbanas comenzaban a abrirse de nuevo.

Allí, entre Nodos de Datos vivos que almacenaban memoria como si fuera tejido biológico y archivos antiguos que todavía resistían el lento proceso de deconstrucción que devoraba la historia de la Forja, lo aguardaba la siguiente pieza del rastro de Eros, y con ella la promesa —o la amenaza— de una verdad que, una vez observada, ya no podría volver a dispersarse en el ruido del mundo.

MOVIMIENTO - Undertake an Expedition

- **Disparador:** Me alejo del barrio del soporte vital oculto entre las sombras de los edificios usando Shade (el d6 se fija en 5)
- **Movimiento (SS-p.169): Undertake an Expedition**
- **Tirada:** 2d10 vs [d6 = 5 por usar **Shade** + **Shadow**]



- **Resultado:** $5 + 2 = 7$
 - **Weak Hit**($d6 + Caract. --- [> 1d10 \ \& \ < 1d10]$):
 - Marco progreso y llego al siguiente Waypoint o punto destacado



- **Oráculo (SS-p.212): Districts** para saber la zona – d100 = **89**:
 - **Production: Area** (SS-p219) – d100 = **91**:
 - **New zone Via > Access** (SS-p219) – d100 = **28**
 - Continúo mi camino por lo que parece ser una carretera de vehículos terrestres a través de unas aceras laterales de viandantes
 - Ahora habría que elegir entre hacer un Suffer Move (-1) (SS-p198) o encontrarnos un peligro y me voy a decantar por el peligro tirando en la table de **Peril** en **ACCESS: AREA** (SS-p.213) – d100 = **20**
 - Se produce un fallo **automático del sistema**. Tiraré Action + Theme para darme una idea de en qué consiste ese fallo automático del sistema

El corredor, que hasta entonces había sido un intestino de metal comprimido entre conductos y paneles de mantenimiento, se abrió de pronto —con la brusquedad de un diafragma que deja pasar más aire del esperado— hacia una de las arterias principales de Bulwark, una infraestructura cuya escala revelaba de inmediato que no había sido concebida únicamente para el tránsito de cuerpos, sino para sostener el metabolismo entero de aquel nivel de la estación. Ante Echo se desplegaba una carretera de carriles amplios, reforzados con aleaciones que incorporaban memoria estructural y sensores de carga, por donde el tráfico pesado de barcasas industriales y plataformas logísticas avanzaba con una regularidad casi ritual, produciendo un zumbido grave que no se limitaba a resonar en el oído: vibraba en el esternón, en los implantes sinápticos, incluso en los nanitos que recorrían su sangre como si respondieran a una frecuencia que la estación hubiese elegido para recordarles a todos quién estaba realmente vivo allí.

A ambos lados de aquella corriente mecánica, los caminos peatonales bullían con la densidad de un mercado perpetuo. Trabajadores que cambiaban de turno, técnicos cargando módulos de repuesto cuyo peso deformaba ligeramente los exoesqueletos meméticos que los asistían, pequeños grupos

de ciudadanos inclinados sobre paneles informativos que mutaban sin cesar para reflejar el estado cambiante de los sistemas vitales del sector: niveles de oxígeno, integridad de los escudos atmosféricos, fluctuaciones en la red de datos biológicos. Sin embargo, lo que realmente imponía su presencia no era el flujo humano ni el estruendo de los vehículos, sino aquello que se insinuaba más allá de los bordes de la carretera, allí donde la arquitectura dejaba entrever, como una herida abierta en el diseño urbano, la verdadera naturaleza de la estación.

Echo avanzó hasta el límite de una barandilla reforzada y se inclinó apenas lo suficiente para asomarse al vacío estructural que se abría entre niveles, y lo que contempló fue la verticalidad abrumadora de la ciudadela: hacia arriba y hacia abajo, capas enteras de metal nervado, cables tensados como tendones industriales y módulos habitacionales apilados con una densidad que recordaba menos a una ciudad que a un organismo en expansión, una colmena tecnológica cuyo final no podía percibirse con claridad ni siquiera con sus percepciones aumentadas. Desde esa perspectiva se volvía evidente que Bulwark no era una estación orbital en el sentido tradicional del término, sino una acumulación de generaciones de ingeniería, improvisación y adaptación forzada, un experimento continuo de supervivencia en el que cada década había dejado cicatrices estructurales visibles para quien supiera leerlas.

Más allá de aquella arquitectura, separada del vacío únicamente por la membrana flexible del sistema de soporte vital —una piel tecnológica sometida a presiones constantes— la nebulosa exterior ardía en tonos púrpura y ámbar que se filtraban a través de los paneles estructurales como un océano luminoso suspendido en la oscuridad. Su resplandor era hermoso de una manera que bordeaba lo peligroso, porque recordaba a cualquiera que se permitiera contemplarlo demasiado tiempo que, tras esa barrera delgada y obstinada de ingeniería humana, se extendía el abismo donde millones de colonias de la Forja flotaban como pensamientos aislados en una mente cósmica demasiado vasta para comprenderlos.

Entre el estruendo constante de los vehículos y el flujo humano de los caminos peatonales, dos largas hileras de cintas transportadoras atravesaban la vía principal con una eficiencia que rozaba lo litúrgico. Estaban protegidas por mamparas de un material translúcido, una síntesis entre cristal reforzado y polímero inteligente capaz de disipar impactos y radiación, y sobre ellas se desplazaban contenedores de toda clase: suministros vitales encapsulados en módulos estériles, chatarra recuperada destinada a ciclos de fabricación que recordaban a la digestión de un organismo industrial, y cápsulas selladas donde viajaban datos biológicos, fragmentos de memoria viva preservados en matrices que solo especialistas entrenados —o entidades con consciencia distribuida— sabían interpretar sin provocar un colapso de significado.

El paisaje urbano que se extendía en todas direcciones era una trama compleja de pasarelas elevadas, señales holográficas suspendida en capas superpuestas de información y semáforos automatizados que parpadeaban con una cadencia irregular, como si fueran ojos mecánicos observando el ritmo de la estación en esa penumbra tecnológica característica de una civilización que había aprendido a persistir incluso cuando la prosperidad se volvía un concepto estadísticamente improbable.

Echo ajustó la caída de su túnica mientras caminaba, permitiendo que el tejido adaptativo absorbiera parte de la luz filtrada desde los paneles superiores, y aceleró ligeramente el paso al atravesar el resplandor de un anuncio de seguridad que advertía sobre la expansión de la plaga de Ácaros de Datos en varios sectores de Bulwark. Las letras, proyectadas en rojo sobre la corriente

constante de peatones, pulsaban con la misma urgencia que las alertas que había visto antes en el terminal del oficial, como si la estación misma estuviera intentando recordar a sus habitantes que la información —ese tejido invisible que mantenía coherente la vida de millones— también podía enfermar.

Cada intersección, cada nivel atravesado y cada tramo de aquel laberinto compuesto de hierro, datos y carne lo acercaba un poco más a Eros “Clank” Urtiz, la Peregrina cuya reputación se había convertido en un vector dentro de su propia misión. Echo percibía con una claridad casi física que el rastro que seguía no pertenecía únicamente a una persona, sino a algo más profundo: una verdad incrustada en la estructura misma de la estación, una anomalía que aguardaba ser observada hasta provocar su propio colapso interpretativo.

Y él había sido diseñado —o condenado— para hacer exactamente eso.

Átomo por átomo.

ACTION	THEME
ACTION (Acción)(SS-p.24) <u>Tabla</u>  <u>Palabra:</u> Desviar  	THEME (Tema)(SS-p.27) <u>Tabla</u>  <u>Palabra:</u> Peligro  
Resultado de Unión: <u>Explicación:</u> Algo se desvía de su camino para provocar un peligro	

Mientras Echo avanzaba por la arteria principal del Sector Siete —un corredor industrial donde el tráfico pesado rugía con la constancia casi tectónica de una corriente geológica y, al otro lado de las barreras de contención, la nebulosa derramaba su cromatismo improbable como si el cosmos hubiese decidido experimentar con pigmentos—, comenzó a percibir una discrepancia que no pertenecía al repertorio de anomalías tolerables para una infraestructura de aquella escala. No era todavía un evento; ni siquiera un error claramente formulado. Era, más bien, un cambio en la textura del ambiente, una nota demasiado aguda en el fondo acústico del lugar, mezclada con el olor metálico del ozono y esa electricidad estática que hacía que la piel —o lo que en su caso quedaba de ella bajo capas de ingeniería— recordara por un instante que el universo es, en esencia, un campo de fuerzas mal domesticadas.

Bastó ese mínimo desajuste para que los nanitos que circulaban por su sangre, enjambres microscópicos diseñados para leer el mundo con la paciencia de un instrumento científico obsesivo, reaccionaran como un coro de sensores biológicos que hubieran esperado durante horas la oportunidad de intervenir. La respuesta fue casi instantánea, aunque en Echo todo lo inmediato estaba mediado por procesos de cálculo tan complejos que, vistos desde fuera, podían confundirse con intuición: la interferencia energética comenzó a amplificar el parpadeo de su silueta, y lo que

antes había sido una ligera deriva de fase —un titubeo elegante entre su presencia física y la manera en que los sistemas de percepción de la estación decidían registrarlo— se transformó en una fragmentación visible, un temblor de sombra y ruido visual que hacía pensar en la realidad como en un archivo dañado que insiste, sin embargo, en reproducirse.

Durante unos segundos, Echo tuvo la impresión incómoda de que no era él quien atravesaba el Sector Siete, sino el sector el que trataba de decidir si debía seguir conteniéndolo dentro de su narrativa material.

Entonces, la estación habló.

No con voz, naturalmente —Bulwark nunca había necesitado algo tan primitivo—, sino con esa gramática de señales que la infraestructura utilizaba cuando la consciencia distribuida que la gobernaba debía alterar de golpe las economías de atención de miles de habitantes. Las balizas holográficas suspendidas sobre la carretera mutaron de color con una sincronía tan brusca que resultó casi violenta para la retina aumentada de Echo: el verde regulador se desvaneció como un recuerdo descartado, y en su lugar apareció un rojo quirúrgico, saturado, capaz de teñir el acero, el vapor y los cuerpos en movimiento con una claridad de emergencia que parecía diseñada para un quirófano orbital.

Sobre el flujo de vehículos y peatones emergió un mensaje que parpadeaba con la obstinación de un sistema que todavía creía en la autoridad de sus protocolos:

“FALLO CRÍTICO DEL SISTEMA — PROTOCOLO DE CONTENCIÓN ACTIVADO”

Echo no necesitó consultar ningún terminal, ni siquiera abrir los canales secundarios de sus implantes sinápticos, para comprender la estructura del problema que se estaba desplegando a su alrededor con la lógica brutal de una ecuación mal planteada. Los Ácaros de Datos —esas entidades nanotecnológicas que había observado infiltrarse en los subsistemas de la estación con la discreción de un parásito que entiende demasiado bien la biología de su huésped— habían alcanzado uno de los relés principales de soporte vital, un nodo donde la biotecnología archivística y los algoritmos de gestión convergían en una complejidad que, bajo condiciones ideales, era casi elegante, pero que en presencia de corrupción sistémica tendía a comportarse como un organismo febril.

La respuesta automática de Bulwark fue coherente con su propia historia evolutiva: aislar, segmentar, purgar. La inteligencia distribuida de la estación, ya erosionada por la estela de incoherencias que los ácaros dejaban tras de sí como una escritura ilegible, intentó redirigir la plaga identificando posibles vectores de transmisión. Sin embargo, en medio de esa topología de errores que crecía como una cristalización patológica, el diagnóstico falló.

La cinta transportadora que corría paralela a la carretera —la misma que avanzaba a pocos metros de Echo, cargada con la solemnidad casi religiosa de un archivo vivo— fue marcada como foco primario de infección.

Y lo que transportaba no eran suministros, ni maquinaria, ni ninguna de las mercancías triviales que alimentaban el metabolismo de la estación.

En su interior viajaban contenedores de datos biológicos, cápsulas donde la memoria había sido convertida en organismo, y donde drones archivísticos —entidades diseñadas para custodiar secuencias genéticas, recuerdos codificados y fragmentos de civilizaciones que la Forja había olvidado mientras fingía recordarlas— flotaban en suspensión metabólica, como bibliotecas que

respiraran.

El estruendo llegó un segundo después, pero en la percepción de Echo ese segundo se abrió como una ecuación que permite demasiadas soluciones.

La mampara de cristal plástico que protegía la cinta transportadora estalló con un sonido seco, brutal, el tipo de fractura que no parece producto de una fuerza sino de una decisión. Durante un instante, los fragmentos translúcidos se expandieron por el aire como una lluvia de conceptos rotos, y luego la física retomó el control: las esquirlas fueron arrastradas hacia los pasillos peatonales mientras los sistemas de contención comenzaban a reconfigurarse con una torpeza alarmante, y Echo sintió —no solo en su piel aumentada, sino en el modelo interno del entorno que mantenían sus implantes— cómo la atmósfera del sector empezaba a desviarse hacia el vacío exterior con una urgencia que tenía algo de apetito.

Las pinzas magnéticas que mantenían asegurados los contenedores fallaron en secuencia, una tras otra, como si alguien estuviera apagando constelaciones en un cielo artificial. Y entonces uno de los archivos vivientes —un dron archivístico cuya firma genética resonó en la mente de Echo con la claridad de una palabra largamente buscada— comenzó a deslizarse lentamente por la cinta inclinada, acercándose al borde de la pasarela donde la membrana del sistema de soporte vital ya entraba en fase de colapso programado.

La escena se comprimió.

No porque el tiempo se detuviera —eso era una metáfora que Echo había abandonado hacía años—, sino porque su mente, entrenada para operar en regímenes donde la causalidad podía reorganizarse como una serie de aproximaciones sucesivas, redujo el desastre a dos vectores perfectamente nítidos: la descompresión que empezaba a reclamar objetos, fragmentos de infraestructura y cuerpos con la paciencia de un océano invisible, y la posible pérdida de aquel nodo de datos biológicos, uno de los pocos vestigios intactos de información que había jurado recuperar incluso si la Forja entera decidía desmoronarse a su alrededor.

Y fue allí, exactamente en el punto donde la física del desastre y la misión que lo había traído hasta ese lugar convergieron como dos ecuaciones incompatibles, donde el tiempo dejó de comportarse como lo hacía para los demás habitantes de la estación. No se detuvo. Se volvió legible.

MOVIMIENTO - Face Danger

- **Disparador:** Echo se lanza a por el contenedor de datos biológicos para evitar que choque con la delgada membrana que sostiene toda la vida del asentamiento así que usará su agilidad, algo en lo que no es que se muy bueno
- **Movimiento (SS-p.147): Face Danger (Desafiar el Peligro)**
- **Tirada:** 2d10 vs [d6 + **Edge**]



- **Resultado:** $5 + 1 = 6$
 - **Strong Hit** ($d6 + \text{Caract.} \dots [> 2d10s]$):
 - Logro atrapar el contenedor / +1 de Momentum
 - Vuelvo a tener **Momentum +2**

Echo no consultó las simulaciones que, en otras circunstancias, su mente habría desplegado con la serenidad de un laboratorio interno donde cada variable podía examinarse con paciencia casi académica; el momento exigía otra clase de inteligencia, una más antigua y feroz, y en el instante mismo en que la mampara estalló y el vacío comenzó a insinuar su gramática depredadora dentro del corredor, sus reflejos —entrenados, aumentados y afinados durante años hasta confundirse con un tipo de conocimiento corporal que rozaba lo instintivo— tomaron el mando con la precisión brutal de un mecanismo que ya había sido probado demasiadas veces. Su silueta, ese fallo elegante en la coherencia visual del mundo, parpadeó con violencia al atravesar la luz roja de emergencia, y antes de que la multitud lograra reorganizar su percepción —esas economías de atención postescasez donde cada mente protege sus recursos cognitivos como si fueran combustible— él ya era un desplazamiento improbable, un borrón de túnica oscura y estática que cruzaba la arteria principal con la lógica silenciosa de una ecuación que se resuelve a sí misma.

Su velocidad no era simplemente la de un cuerpo entrenado, sino la coordinación total de un organismo cuya red sináptica había sido colonizada por nanitos autorreplicantes que amplificaban cada impulso nervioso hasta convertirlo en un acto casi geométrico. Mientras el contenedor de carne, ADN y memoria —ese archivo vivo que la estación estaba a punto de sacrificar en nombre de su propia coherencia sistémica— se deslizaba hacia el borde de la pasarela con la obstinación de un destino mal calculado, Echo se lanzó a una carrera que no era solo contra el tiempo, sino contra la manera en que la física de la descompresión reorganiza el mundo, redistribuyendo objetos, aire y posibilidades como si fueran fichas en un tablero cruelmente simple.

Sus pies tocaron la cinta transportadora apenas lo suficiente para transformar la inercia en un nuevo vector de movimiento; bajo las botas, la superficie vibraba con una irregularidad que tenía algo de latido enfermo, mientras alrededor comenzaban a elevarse fragmentos de infraestructura, herramientas olvidadas, restos de embalaje y el polvo industrial que siempre flota en los sistemas cerrados, todos ellos obedeciendo la llamada muda de la brecha abierta en la estación. Con una velocidad que desbordaba la capacidad de seguimiento del ojo humano —y que incluso para los sensores ópticos de Bulwark empezaba a rozar los márgenes de la anomalía— Echo saltó sobre un fardo de suministros que ya se inclinaba hacia el vacío, y durante ese instante suspendido, ese breve colapso de la función de onda en el que cada trayectoria posible parecía convivir con las demás, su silueta se fragmentó en píxeles de sombra que desaparecían y reaparecían un metro más adelante, una consecuencia inevitable de la deriva de fase que acompañaba a su condición de Parangón.

No era invisibilidad. Era algo más inquietante: una negociación temporal con la realidad.

Sus dedos se cerraron sobre el asa metálica del contenedor justo cuando este atravesaba el umbral de la membrana de soporte vital, y el tirón del vacío respondió con una violencia que ningún entrenamiento termina de domesticar, una fuerza que amenazó con desarticularle el brazo mientras la atmósfera del sector huía hacia el exterior con el sonido profundo y áspero de un océano escapando por una grieta microscópica. Durante una fracción de segundo, Echo sintió cómo el universo trataba de reescribir la escena sin él.

Entonces decidió no permitirlo.

Utilizó su propio impulso como una palanca, pivotando en el aire con una fluidez que recordaba más a la coreografía silenciosa de quienes aprenden a moverse en entornos de microgravedad que a una reacción improvisada; apoyó las botas contra el marco reforzado de la brecha, notó el temblor

del metal transmitiéndose a través de los servomotores discretos de su equipamiento, y se impulsó hacia el interior con una elegancia que habría resultado casi estética si el vacío no estuviera intentando dismantelar el corredor pieza a pieza.

El contenedor regresó con él. No hubo triunfo en el gesto, solo continuidad.

Sin perder el ritmo de aquel instante alargado por sus implantes sinápticos —que ahora reorganizaban la información sensorial en capas de prioridad, como si la percepción misma hubiese aprendido a jerarquizar el peligro— Echo extendió el brazo libre hacia la palanca de sellado manual situada sobre la cinta transportadora, un vestigio físico de una época en que los ingenieros de Bulwark todavía confiaban en que el metal y la hidráulica podían servir de último argumento contra el caos digital. La accionó con un golpe seco de la palma.

El sistema respondió.

Una mampara de emergencia descendió con un chasquido hidráulico que reverberó por el corredor como el cierre de una gigantesca válvula cósmica, y el rugido del vacío —ese sonido que no debería existir dentro de una estación viva— se cortó de golpe, como si alguien hubiera cerrado de un portazo la boca de un abismo.

Echo aterrizó de rodillas sobre el metal aún vibrante, sintiendo cómo la presión del aire regresaba lentamente a un equilibrio tolerable mientras sostenía el contenedor de datos biológicos contra su pecho con una firmeza casi protectora. Bajo las gafas de aviador, el fulgor blanco de sus ojos —ese brillo sin pupilas que muchos en la Forja habían aprendido a temer— se estabilizó poco a poco, y durante un instante observó el archivo de carne que acababa de rescatar de la desaparición absoluta, consciente de que dentro de aquella cápsula viajaban secuencias genéticas y recuerdos codificados que podían haber tardado siglos en sobrevivir a la lenta deconstrucción de civilizaciones enteras.

El silencio que siguió al sellado fue profundo, de una cualidad casi litúrgica, como si el corredor, los sistemas de Bulwark y hasta la consciencia distribuida de la estación estuvieran recalculando su propio relato tras haber rozado un error irreversible.

Pero solo duró un latido.

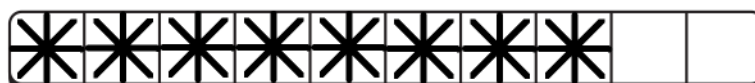
MOVIMIENTO - Undertake an Expedition

- **Disparador:** Me alejo rápidamente de todo el lío que se a formado aquí y ya que es imposible tras lo sucedido, pasar desapercibido, y quiero llegar cuanto antes usaré agilidad y rapidez para salir de aquí
- **Movimiento (SS-p.169): Undertake an Expedition**
- **Tirada:** 2d10 vs [d6 + Edge]



- **Resultado:** $6 + 1 = 7$
 - **Strong Hit** ($d6 + \text{Caract.} \dots [> 2d10s]$):
 - Marco progreso y llego al siguiente Waypoint o punto destacado

○ TROUBLESOME ● DANGEROUS ○ FORMIDABLE ○ EXTREME ○ EPIC



- **Oráculo (SS-p.212): Districts** para saber la zona – d100 = **82**:
 - **Production: Area (SS-p219) – d100 = 30:**
 - **Complejo de Infraestructuras**

El silencio que siguió al sellado no fue tanto un descanso como un breve error en la partitura del lugar, y apenas tuvo tiempo de asentarse cuando el murmullo humano —ese ruido complejo, compuesto de miedo, curiosidad y la necesidad casi fisiológica de presenciar lo improbable— comenzó a llenar el corredor como una marea que regresa tras haberse retirado demasiado lejos. Rostros endurecidos por el racionamiento, por turnos de trabajo que se encadenaban con la lógica indiferente de los algoritmos de asignación laboral, aparecieron entre las columnas de la carretera elevada y las barandillas deformadas por la descompresión reciente; ojos que habían aprendido a ignorar casi todo, porque en Bulwark la supervivencia dependía de administrar la atención como un recurso escaso, se detuvieron sin embargo en la figura que acababa de arrancar un archivo viviente de la boca del vacío.

Echo percibió ese cambio en el campo de observación con la misma claridad con la que un sensor reconoce la alteración de un patrón estable. El peso de las miradas —cientos de ellas, dispersas pero convergentes— se deslizó sobre su silueta fluctuante como un campo gravitatorio sutil pero peligroso, y entre la multitud detectó algo que sus implantes sinápticos priorizaron de inmediato: el brillo sobrio, casi ritual, de las armaduras pesadas de la seguridad democrática de Bulwark abriéndose paso entre los peatones, escáneres activos describiendo arcos invisibles en el aire, gestos profesionales que intentaban imponer orden en un sistema que había aprendido a desconfiar de sus propias anomalías.

Para un Parangón que existía en el borde mismo de la coherencia física, esa clase de atención era más que incómoda. Era tóxica.

Activar su velo de sombras en ese momento —permitir que la deriva de fase que lo caracterizaba se amplificara hasta convertirlo en Shade ante cientos de sensores y ante la consciencia distribuida de la estación, siempre hambrienta de correlaciones— habría sido equivalente a firmar una confesión en un idioma que la paranoia de la Forja entendía demasiado bien. En tiempos donde el Consumo Gris se mencionaba con el mismo tono con el que antes se hablaba de epidemias o de guerras, cualquier fenómeno que escapara a la normalidad estadística era absorbido por la narrativa del peligro.

Así que eligió lo más difícil. Lo más humano.

Soltó el asa metálica del contenedor con una calma que, vista desde fuera, podría haberse confundido con indiferencia, y dejó que los brazos automatizados del sistema de recuperación —reactivados tras el sellado de emergencia— lo reclamaran con la eficiencia impersonal de una institución que jamás sabría exactamente quién había intervenido en su favor. Luego, sin ofrecer al público el gesto teatral de una retirada heroica, se deslizó hacia la multitud con la fluidez de alguien que había aprendido que desaparecer no siempre requiere milagros tecnológicos, sino una comprensión profunda de cómo se mueven las masas cuando intentan comprender lo que acaban de ver.

Durante unos segundos fue simplemente un cuerpo más. Pero un cuerpo calculado.

Sus nanitos autorreplicantes, distribuidos por la red nerviosa como diminutos analistas de trayectorias, reajustaban cada movimiento en tiempo real: un giro de hombros para esquivar a un

técnico que aún sostenía un panel de diagnóstico, un cambio de ritmo que coincidía con el avance de una patrulla, un paso lateral que convertía su contorno inestable en una anomalía visual demasiado breve para fijarse en la memoria de nadie. Así, Echo se transformó otra vez en un borrón de túnica oscura que avanzaba entre cuerpos, cada paso resolviendo una ecuación dinámica, cada desvío impidiendo que la atención —ese bien escaso incluso en una civilización saturada de datos— se fijara demasiado tiempo en él.

La arteria principal quedó atrás como un órgano distante cuyo latido todavía podía sentirse en el suelo.

Pasaron minutos que, para su percepción aumentada, tuvieron la textura dilatada de un cálculo largo, hasta que el estruendo industrial comenzó a deshilacharse y las capas de Bulwark adoptaron otra geometría, menos planificada, más cercana a esa clase de crecimiento que las ciudades desarrollan cuando el tiempo y la necesidad empiezan a discutir con los planos originales. Echo cambió de dirección de forma abrupta, internándose en un sector que los mapas de su terminal apenas lograban representar sin recurrir a interpolaciones imprecisas: un borde estructural donde el diseño parecía haberse detenido a mitad de frase.

Allí, finalmente, redujo el paso, no tanto para recuperar el aliento —aunque la carrera había dejado en sus pulmones la sensación metálica de la presión fluctuante— como para permitir que sus sensores biológicos y sus modelos internos absorbieran el lugar con la paciencia que exige todo entorno ambiguo.

El paisaje era un mosaico de infraestructuras desnudas que recordaban a un organismo aún en proceso de ensamblaje: vigas de soporte entrecruzadas sobre su cabeza como los huesos de un animal arquitectónico que nadie había terminado de nombrar, complejos de conductos que goteaban con una regularidad viscosa y que, bajo ciertas luces, evocaban las enredaderas tecnológicas del *Infinite Horizon*, y una constelación irregular de señales holográficas que parpadeaban en distintos tonos —ámbar, verde fatigado, rojo administrativo— anunciando rutas provisionales, advertencias de seguridad y códigos de obra que se reescribían a sí mismos según la necesidad del momento.

A pesar de su apariencia incompleta, el lugar estaba lejos de ser silencioso. Barcazas de mantenimiento atravesaban el área con un zumbido grave que se sentía en la lengua más que en el oído, técnicos discutían sobre diagramas proyectados en el aire, y el metal —siempre el metal— emitía esa música constante de golpes, vibraciones y chasquidos térmicos que, para Echo, tenía algo profundamente irritante, como si la estación respirara demasiado cerca de su oído.

Fue entonces cuando la pregunta emergió. No como una duda improvisada, sino como un proceso que llevaba tiempo ejecutándose en segundo plano y que, de pronto, decidió ocupar el centro de su conciencia.

¿Por qué he venido hasta aquí?

La respuesta no necesitó algoritmos ni modelos predictivos. Surgió desde ese estrato profundo de su mente donde las promesas adquieren la forma de vectores imposibles de cancelar, allí donde la muerte de Malakor había dejado una resonancia que ni siquiera el paso del tiempo —ese recurso tan mal entendido en la Forja— había logrado amortiguar. Desde entonces, su vida se había convertido en una sincronización psiónica constante con un destino que jamás había elegido del todo, pero que tampoco podía rechazar sin fracturar aquello en lo que se había transformado: un mediador incómodo entre la biología, la memoria y las ruinas tecnológicas de la humanidad.

El *Infinite Horizon* ya no era solo una nave. Era una ecuación cerrada, una jaula tejida con hilos invisibles que lo empujaban siempre hacia adelante, incluso cuando habría preferido detenerse a observar cómo el universo se descomponía por sí solo. Y, sin embargo, algo en el mensaje de Eros Urtiz —la Peregrina que algunos llamaban Clank con una mezcla de respeto y ironía— había resonado en su mente con la intensidad de una señal que atraviesa el ruido cósmico, sugiriendo que en su rastro se ocultaba una clave, o quizá una grieta, capaz de desbloquear el siguiente protocolo de su propia existencia.

Lo sintió entonces con claridad, la proximidad de Eros vibraba en el Acero Gris contra su costado como una cuerda tensada que respondiera a una música inaudible, y esa sensación —mitad intuición, mitad cálculo inscrito en la materia misma de su equipamiento— le confirmó lo que sus trayectorias ya insinuaban.

Estaba cerca de la Plaza de los Susurros.

Malakor le había entregado el peso del pasado como quien confía un archivo demasiado grande para una sola vida, pero era el rastro de la Peregrina el que podía conducirlo a restaurar los fragmentos genéticos que la humanidad había perdido durante el Cataclismo, esos vestigios de lo que alguna vez fuimos antes de aprender a sobrevivir dentro de máquinas demasiado complejas para comprenderlas por completo.

Echo ajustó la capucha de su túnica y dejó que su silueta, todavía inestable por la deriva de fase que nunca terminaba de desaparecer, se fundiera con la penumbra industrial del sector. Luego siguió avanzando, con la paciencia metódica de quien sabe que incluso el misterio más vasto puede, con suficiente tiempo, ser descompuesto en unidades manejables.

MOVIMIENTO - Undertake an Expedition

- **Disparador:** El final del camino está cerca. Un último impulso, pasando desapercibido y aprovechando una vez mas la oscuridad de la calle.
- **Movimiento (SS-p.169): Undertake an Expedition**
- **Tirada:** 2d10 vs [d6 = 5 por usar **Shade + Shadow**]



- **Resultado:** $5 + 2 = 7$
 - **Weak Hit**(d6+Caract. --- [$> 1d10$ & $< 1d10$]):
 - Marco progreso y llego al siguiente Waypoint o punto destacado

○ TROUBLESOME ● DANGEROUS ○ FORMIDABLE ○ EXTREME ○ EPIC



- **Oráculo (SS-p.212): Districts** para saber la zona – d100 = 24:
 - **Enginnering: Area (SS-p215) – d100 = 71:**
 - **Vehículo bay or garage**
 - Llegamos a la zona de aparcamiento de los vehículos
- Ahora habría que elegir entre hacer un Suffer Move (-1) (SS-p198) o encontrarnos un peligro esta vez volveré a decantarme por el Lose Momentum de (-1) y para ver cual es el motivo tiraré Acción + Tema otra vez.
- **Momentum: +1**

Un poco más adelante, la estructura cambió de carácter con la sutileza de un organismo que decide reorganizar un órgano interno: las pasarelas improvisadas y los corredores que todavía conservaban el aire provisional de una expansión reciente cedieron su lugar a un espacio donde cada línea arquitectónica parecía obedecer a una función inequívoca. Era el garaje del asentamiento, aunque la palabra resultaba casi insuficiente para describir aquel nodo logístico donde convergían rutas, algoritmos de tránsito y corrientes de energía como si se tratara de un corazón mecánico encargado de redistribuir el movimiento por todo el nivel de Bulwark.

Ante Echo se desplegaban hangares de bocas amplias y estructuras reforzadas cuyos arcos de soporte recordaban a costillas metálicas, edificios diseñados no para ser contemplados sino para resistir el peso de vehículos que habían aprendido a negociar con la gravedad artificial y con los caprichos de la estación. Tractores de carga de gran tonelaje —sus chasis cubiertos de polvo metálico que brillaba como una escarcha industrial— avanzaban con la paciencia de animales prehistóricos, mientras estabilizadores de transporte más pequeños y ágiles se deslizaban entre ellos con la lógica casi algorítmica de enjambres coordinados. Entre ambos extremos, maquinaria de construcción con implantes de diagnóstico integrados emitía pulsos de telemetría que los sistemas de control absorbían en silencio, integrándolos en la consciencia distribuida de la infraestructura.

El movimiento allí no se detenía nunca, y no solo en el sentido físico. Echo podía percibir, gracias a los nanitos que recorrían su sistema nervioso como una red de sensores microscópicos, la forma en que los flujos humanos y mecánicos se entrelazaban con la misma regularidad que los datos en un nodo saturado: trabajadores que abandonaban su turno con la fatiga pegada al cuerpo como una segunda piel cruzándose con otros que acababan de llegar, operadores elevando la voz por encima del rugido grave de los motores gravitacionales, y las superficies metálicas devolviendo cada sonido amplificado, deformado, como si la estación reinterpretara constantemente su propia banda sonora.

Había en todo aquello una cualidad sinestésica difícil de ignorar. El olor a lubricantes sintéticos se mezclaba con el sabor eléctrico del ozono, las vibraciones del suelo ascendían por las botas de Echo hasta alojarse en su mandíbula, y las luces de señalización —verdes fatigados, ámbares administrativos, rojos que parpadeaban con la urgencia de sistemas que nunca dormían— parecían marcar un compás visible en el aire polvoriento del hangar.

Era, en cierto modo, una canción antigua de la estación.

No una melodía en el sentido humano del término, sino un patrón rítmico que había surgido con el tiempo, compuesto por voces, motores y el roce perpetuo del metal contra el metal, una mezcla que oscilaba entre la armonía funcional de un sistema que continúa trabajando a pesar de todo y el chirrido inquietante de algo que, en lo más profundo de su estructura, siempre parece estar a punto de romperse. Echo, que llevaba suficiente tiempo escuchando a las ciudades tecnológicas como para reconocer sus variaciones de humor, percibió en ese coro industrial una tensión particular, como si Bulwark —esa acumulación de generaciones, parches y decisiones tomadas al borde del desastre— estuviera afinando su maquinaria para un acontecimiento que aún no había ocurrido pero que, de alguna manera, ya estaba en camino.

ACTION	THEME
ACTION (Acción)(SS-p.24) <u>Tabla</u>  <u>Palabra:</u> Revelar  	THEME (Tema)(SS-p.27) <u>Tabla</u>  <u>Palabra:</u> Religión  
Resultado de Unión: <u>Explicación:</u> Aparece una especie de procesión de una religión antigua que en su paso de un sector de viviendas a otro ha pasado por esta zona de la bahía de vehículos interrumpiendo el paso de las grandes maquinarias y transportes que a su vez dificultan el traslado.	

El flujo constante de barcasas, tractores gravitacionales y transportes de carga que solían desplazarse por la arteria orbital del Sector Siete se detuvo con una brusquedad que no obedecía a ningún algoritmo de tránsito ni a un fallo de los sistemas inerciales que mantenían suspendido aquel tráfico en equilibrio, sino a una interrupción más antigua y más difícil de parametrizar: la aparición de algo que, incluso en una galaxia habituada a comerciar con dioses muertos y a excavar en las ruinas de civilizaciones imposibles, todavía conservaba la capacidad de imponer silencio. Lo sagrado, o al menos su simulacro persistente.

Bajo la maraña de pasarelas metálicas, antenas de telemetría y anuncios holográficos que chisporroteaban con interferencias producidas por la plaga, Echo permanecía inmóvil en el borde del corredor elevado, oculto bajo la capucha mientras su silueta fluctuaba con ese parpadeo leve que lo hacía parecer una transmisión desfasada luchando por sincronizarse con la realidad. Desde allí contempló cómo una corriente carmesí atravesaba la vía principal de Bulwark, un río de túnicas, cables luminosos y reflejos de neón que obligó a cargueros, pilotos automáticos y operadores humanos a ceder el paso con la misma prudencia con la que uno se aparta ante una tormenta cargada de electricidad estática y memoria histórica.

La procesión avanzaba con la lentitud ceremoniosa de aquello que no necesita justificar su existencia, una fe nacida de los restos del Éxodo y cultivada durante generaciones que habían aprendido a venerar la tecnología como la última reliquia tangible de una divinidad que se evaporó hace milenios en el vacío entre estrellas. Los monjes que marchaban en primera línea lo hacían envueltos en túnicas de azafrán sintético cuyo tejido, impregnado de microfibras fotosensibles, reaccionaba a la iluminación industrial del sector con una vibración cromática casi hipnótica, como si cada paso reescribiera un fragmento de luz en el aire cargado de polvo.

Aquellas vestiduras evocaban ecos remotos de un Tíbet reconstruido a partir de archivos genéticos incompletos y simulaciones culturales, pero el pasado había sido atravesado por una estética ferozmente futurista: rosarios de fibra óptica que transmitían paquetes de datos en intervalos rituales, implantes sinápticos visibles bajo la piel de algunos acólitos que modulaban sus cánticos para sincronizarlos con la consciencia distribuida de la secta, y aureolas de neón suspendidas sobre

cabezas rapadas que proyectaban halos digitales sobre el humo de los generadores y el sudor de la multitud detenida.

A medida que la procesión se aproximaba al centro del sector, el aire se volvió más denso, saturado por una mezcla metálica de ozono, sangre reciente y circuitos sobrecargados que se expandía entre los vehículos detenidos como una bruma con textura. Echo la percibía no solo con el olfato, sino como una vibración tenue que recorría sus implantes sensoriales, un acorde disonante en la sinfonía electromagnética del lugar. Entre los monjes caminaban los flagelantes, cuerpos desnudos marcados por cicatrices que parecían diagramas fractales de fe y tecnología, empuñando látigos fabricados con Acero Gris, un material cuya estructura cristalina respondía a impulsos eléctricos con una ferocidad casi orgánica.

Cada chasquido liberaba descargas voltaicas que iluminaban la pasarela con destellos azulados, como si pequeñas tormentas locales estuvieran naciendo y muriendo en el espacio de un segundo, y cuando el metal golpeaba la carne de los penitentes no solo abría la piel en surcos ardientes, sino que liberaba una nube microscópica de nanitos devocionales que flotaba en el aire como un incienso tecnológico. Las gotas de sangre que caían sobre el suelo no eran meros residuos biológicos; eran paquetes de información genética, firmas de ADN purificadas por el ritual, y apenas tocaban el metal cuando los limpiadores exteriores —pequeños servidores semiorgánicos— emergían de las rejillas con movimientos nerviosos para recolectarlas, lamiendo la humedad carmesí con sensores delicados antes de desaparecer de nuevo en los conductos oscuros de la estación.

Sin embargo, la coreografía no era perfecta. Nada lo era en Bulwark desde que los Ácaros de Datos habían comenzado a devorar su infraestructura lógica como una enfermedad que aprendía demasiado rápido.

Los movimientos de las máquinas limpiadoras empezaron a mostrar fallos sutiles al principio, luego cada vez más evidentes: algunos servidores quedaban congelados a mitad de su trayectoria, vibrando con un temblor fino mientras sus módulos de memoria emitían chirridos agudos, como si un enjambre invisible estuviera roiendo las instrucciones que sostenían su identidad funcional. Otros giraban sobre sí mismos en bucles absurdos, incapaces de decidir si obedecer al ritual o a los protocolos de saneamiento que la estación todavía intentaba mantener.

La procesión, lejos de detenerse, absorbía esas anomalías en su propio significado, transformando la disonancia en una especie de teología del colapso: fe y decadencia técnica entrelazadas en una escena que parecía anunciar la lenta desintegración de la estación con la misma solemnidad con la que se anuncia un eclipse.

Echo observó todo aquello sin moverse, procesando cada detalle con la frialdad metódica de alguien que había visto demasiadas civilizaciones intentar llenar el vacío dejado por los dioses con máquinas que acababan adoptando sus gestos. En su mirada no había reverencia ni temor, solo el cálculo silencioso de quien entiende que incluso las creencias más fervientes son, al final, patrones susceptibles de análisis, sistemas complejos cuya función de onda puede colapsar bajo la presión adecuada.

La multitud que rodeaba la procesión parecía atrapada en una especie de trance colectivo, repitiendo rezos dirigidos a una entidad descrita en sus cantos como una amalgama de carne y silicio, una presencia situada en algún punto entre la biotecnología avanzada y la divinidad mecánica. Quizá —pensó Echo— un recuerdo distorsionado de los Colosos de los Precursores, o tal vez una plegaria dirigida al Núcleo Cero, ese experimento olvidado con el que la humanidad había intentado una vez

fabricar una conciencia absoluta capaz de habitar todas las redes al mismo tiempo.

—*Paciencia* —murmuró Echo, apenas moviendo los labios mientras sentía la vibración tenue de su daga de Acero Gris contra el muslo, resonando con el caos electromagnético que impregnaba el ambiente—. La deconstrucción no tiene prisa.

El desfile continuó avanzando durante lo que para la mayoría fue un intervalo indistinto de cánticos, chispas eléctricas y sangre sobre metal, pero para Echo cada segundo quedaba marcado con la precisión de un cronómetro cuántico incrustado en su percepción. Cuando el último grupo de penitentes descendió por las rampas hacia los niveles inferiores, habían transcurrido exactamente cuarenta y cinco minutos y veintitrés segundos desde que la procesión irrumpió en el Sector Siete.

Entonces la estación, como si hubiera contenido la respiración durante todo ese tiempo, exhaló.

Los motores gravitacionales reanudaron su zumbido grave, los cargueros volvieron a alinearse en las rutas suspendidas y el rumor industrial regresó poco a poco al espacio abierto de la arteria principal, rellenando el vacío acústico que había dejado la liturgia con su monotonía funcional.

Echo esperó hasta que el último reflejo de neón se desvaneció en la distancia antes de moverse. Cuando finalmente reanudó la marcha lo hizo con la determinación tranquila de alguien que ya había obtenido lo que buscaba, aunque nadie más en el sector hubiese notado que estaba buscando algo. Las señales holográficas seguían parpadeando de forma irregular debido a la interferencia de la plaga, pero para sus sentidos aumentados resultaban ahora nítidas, porque el rastro genético de Eros “Clank” Urtiz latía en la red biotecnológica de Bulwark como un pulso vivo que atravesaba capas de metal, datos y carne cultivada.

No quedaba mucho camino.

Más allá del siguiente complejo de infraestructuras aguardaba la Plaza de los Susurros, un lugar donde los secretos no se almacenaban en discos ni en servidores distribuidos, sino en bibliotecas de carne que respiraban lentamente en la penumbra, organismos archivísticos cuya memoria estaba escrita en tejidos vivos que soñaban con lo que guardaban. Y en algún punto de ese ecosistema silencioso, lo sabía con una certeza que no provenía del cálculo sino de algo más antiguo, lo esperaba la siguiente verdad que la Forja había intentado olvidar.

MOVIMIENTO DE PROGRESO - *Finish an Expedition*

- **Disparador:** Parece que ya estoy llegando a mi destino así que toca cerrar la expedición de la mejor manera.
- **Movimiento (SF-p.178):** *Finish an Expedition*
- **Tirada:** 2d10 contra el progreso acumulado / Progreso acumulado: 10



- **Resultado:** 10 está por encima de 4 3 por lo que llego a mi destino
 - **Strong Hit** ($d6 + \text{Caract.} \dots [> 2d10s]$):
 - Marca recompensa en el track de legado de *Discoveries* según el rango de la expedición que en este caso era Dangerous así que habrá que hacer 2 ticks en la casilla = media casilla

RESET **MAX**

NAME Julian Curtis
CALLSIGN Echo
PRONOUNS
CHARACTERISTICS

EDGE 1
HEART 2
IRON 1
SHADOW 2
WITS 3

NOTES

QUESTS **LEGACIES**

BONDS

DISCOVERIES

BACKGROUND VOW
 Juro sobre el Acero Gris localizar el Núcleo Cero (el origen de los nanitos) y forzar a la Nube Inteligente (el ensamblaje de nanitos) a restaurar los archivos genéticos de la humanidad que fueron desmantelados.

WOUNDED **PERMANENTLY HARMED** **DOOMED** **BATTERED**
SHAKEN **TRAUMATIZED** **TORMENTED** **CURSED**
UNPREPARED **INDEBTED**

HEALTH **SPIRIT** **SUPPLY**

Echo avanzó con esa calma calculada que no era tanto serenidad como una forma de cortesía hacia los sistemas invisibles que, en lugares como aquel, vigilaban cada desplazamiento con la misma paciencia con que un océano observa el paso de una embarcación diminuta; en Bulwark, moverse implicaba dialogar con algoritmos, con sensores semiorgánicos incrustados en las paredes y con fragmentos de consciencia distribuida que todavía persistían en la arquitectura de la estación, evaluando silenciosamente si la anomalía que era él debía integrarse en el flujo o ser expulsada de él como una ecuación que no converge. Desde lo alto de la cúpula descendía el resplandor amatista de la nebulosa —una luz que parecía más líquida que luminosa, filtrada por capas de blindaje translúcido y refractada por siglos de micrometeoritos—, y al derramarse sobre el metal fatigado, sobre los drones inmóviles que flanqueaban la plaza como un coro detenido a mitad de respiración, transformaba el espacio en algo que recordaba vagamente a una catedral, aunque no consagrada a divinidad alguna, sino a la persistencia obstinada de memorias demasiado peligrosas para morir del todo.

Los susurros que bautizaban la plaza no eran, en realidad, sonidos; eran corrientes de datos biológicos que vibraban en el aire reciclado con una textura casi táctil, como si cada molécula arrastrara un fragmento de historia. Echo los percibía no solo con los oídos, sino con los implantes sinápticos que modulaban su percepción, traduciendo aquella marea de ADN archivado y protocolos residuales en una sinestesia compleja: olores metálicos que sabían a nombres olvidados, frecuencias bajas que evocaban rutas de salto desaparecidas, ecos de colonias cuya posición ya no coincidía con ninguna cartografía vigente tras el colapso de la función de onda que había seguido al Éxodo. En aquel lugar, el silicio había renunciado a recordar y la carne había aceptado la tarea,

convirtiendo tejidos cultivados en bibliotecas respirantes donde cada latido equivalía a un archivo que se negaba a borrarse.

A medida que se adentraba en la plaza, los drones reaccionaron con la discreción nerviosa de organismos que no estaban programados para reconocer individuos, pero sí para detectar anomalías en el equilibrio estadístico de los datos que los rodeaban. Algunos inclinaron sus cabezas orgánicas —si es que aquel ensamblaje de músculo sintético y sensores podía llamarse así— mientras continuaban recitando registros fragmentarios: coordenadas de sistemas borrados del mapa, inventarios de especies humanas que habían prosperado durante un par de generaciones antes de desaparecer en la deriva genética de la periferia, fragmentos de economías de atención postescasez que en otro tiempo habían regulado civilizaciones enteras como delicados ecosistemas cognitivos. Echo absorbía todo aquello con la misma naturalidad con que otros respiran, aunque en el fondo de su percepción ya se insinuaba una disonancia, una irregularidad sutil que recorría la plaza con la lógica de una infección.

Las cicatrices de la plaga de ácaros de datos no se manifestaban únicamente como fallos superficiales o parpadeos erráticos en terminales envejecidos; eran desgarros en la continuidad misma de la información, zonas donde la arquitectura de la Forja parecía haber perdido coherencia y donde algunos drones mostraban signos de degradación biotecnológica que ningún protocolo de mantenimiento contemplaba. Tejidos ennegrecidos a escala molecular continuaban funcionando por pura inercia, voces que se descomponían en fonemas improbables repetían archivos que ya nadie comprendía del todo, y las columnas incrustadas de interfaces expulsaban ráfagas de estática que vibraban en el aire con la misma sensación que deja un recuerdo incompleto al intentar reconstruirse. Incluso la silueta de Echo, siempre inestable —ese ligero desfase de fase que lo hacía parecer un error en la textura de la realidad—, respondió a aquella perturbación, fundiéndose por momentos con el ruido visual sembrado por los ácaros, como si ambos compartieran una afinidad que él prefería no examinar demasiado.

DESCRIPTOR	THEME
DESCRIPTOR (Descriptor)(SS-p.30) <u>Tabla</u>  <u>Palabra:</u> Sellado 	FOCUS (Foco)(SS-p.33) <u>Tabla</u>  <u>Palabra:</u> Fortaleza 
Resultado de Unión: ¿Cómo es el sitio? <u>Explicación:</u> Una especie de edificio sellado como una fortaleza	

Cuando alzó la mirada hacia el extremo opuesto de la plaza, el Santuario del Nodo emergía en el horizonte interior con la solidez de algo que había sido concebido no para durar, sino para resistir. No había en su arquitectura concesiones a la estética ni a la simbología tradicional de lo sagrado;

cada plancha de Acero Gris parecía colocada con una lógica casi filosófica, como si los ingenieros que lo diseñaron hubieran anticipado el lento colapso de todo lo demás y hubieran decidido, con una mezcla de pragmatismo y desesperación, erigir un punto fijo frente a la entropía digital que devoraba Bulwark desde dentro. Las paredes pulsaban con un ritmo profundo y constante, un latido mecánico que resonó en los nanitos que saturaban la sangre de Echo y que sus implantes tradujeron en una señal clara: los sistemas de defensa psiónicos seguían activos, anclados a un núcleo biotecnológico que todavía se negaba a ceder.

La ausencia de ventanas convertía el edificio en una especie de monolito hermético, una tumba diseñada para custodiar datos vivos más que para alojar personas, y la única entrada visible —una puerta blindada capaz de resistir intrusiones físicas, moleculares y semánticas— estaba vigilada por guardias que parecían tan integrados en el sistema como las torres de sensores que los rodeaban. Sus armas, diseñadas para neutralizar amenazas biotecnológicas, descansaban con una naturalidad inquietante en sus manos, y los escáneres genéticos que portaban analizaban cada variable del entorno con la meticulosidad de una inteligencia que ya no confiaba en la estabilidad del mundo. Cuando Echo se aproximó, el brillo blanquecino de sus ojos se reflejó en los visores de los guardias y, durante un instante que pareció expandirse más allá del tiempo humano, el santuario entero —sus sensores, sus algoritmos de defensa, las consciencias fragmentarias que habitaban su arquitectura— evaluó la anomalía que caminaba hacia él.

El zumbido profundo del edificio se intensificó apenas, una modulación mínima que para otros habría pasado desapercibida, pero que para Echo equivalía a escuchar a una criatura decidir si abrir la boca o cerrar las mandíbulas. Y fue entonces cuando comprendió que el verdadero desafío no era simplemente atravesar aquella entrada, sino hacerlo antes de que la plaga de ácaros de datos encontrara la forma de infiltrarse también allí; porque si el Santuario del Nodo caía, no solo desaparecerían las bibliotecas de carne de la Forja, sino que la memoria misma del Éxodo correría el riesgo de disolverse en el mismo vacío informacional que ya estaba erosionando el resto de la estación.

Se detuvo frente al búnker con la sensación de haber llegado ante una masa compacta de historia comprimida, una mole de Acero Gris reforzado que parecía haber absorbido décadas de tormentas de datos, resplandores púrpura y decisiones tomadas al borde de la aniquilación. Aquella estructura no imponía por elegancia ni por grandilocuencia, sino por una obstinación casi ética: había sido concebida por mentes que sabían que el silicio falla, que las redes se corrompen, y que tarde o temprano alguien tendría que confiar de nuevo en la carne para recordar.

Las cámaras instaladas en las cornisas superiores reaccionaron con un movimiento mínimo, casi elegante, como insectos metálicos que despertaran de un letargo calculado, y mientras los sensores recorrían su figura, Echo sintió cómo su silueta fluctuante —ese desfase cuántico que a veces parecía insinuar un colapso incompleto de la función de onda— era analizada con una persistencia que lo devolvía a su posición habitual en Bulwark: ni ciudadano ni intruso del todo, sino algo incómodamente intermedio, un glitch biológico que la estación toleraba porque todavía no sabía cómo clasificarlo.

Cuando avanzó hacia la puerta deslizante, el gesto fue deliberado, casi ceremonial, y al ajustar ligeramente su túnica oscura ocultó la preparación instintiva de alguien que había cruzado demasiados umbrales donde la seguridad y la violencia se intercambiaban con la rapidez de un algoritmo bien optimizado. Sus ojos detectaron la vibración en la consola del comunicador antes

incluso de extender la mano, percibiendo la resonancia psiónica que recorría el edificio como un latido subterráneo, una voluntad tecnológica que se negaba a desmoronarse bajo el asedio.

Echo pulsó el botón.

El receptor respondió con una explosión de estática que desgarró el silencio del corredor como un metal sometido a tensión extrema, un ruido saturado de interferencias que evocaba redes corroídas y terminales que morían repitiendo sus últimos paquetes de datos. Durante un instante la señal osciló, buscando coherencia dentro del caos que invadía Bulwark, y luego, como una voz emergiendo desde el fondo de un océano electromagnético, apareció una presencia que Echo reconoció de inmediato.

Eros “Clank” Urtiz. Pero erosionada.

La autoridad fría de la Peregrina que había guiado al *Infinite Horizon* a través de regiones donde la realidad parecía todavía en borrador se filtraba ahora a través de capas de agotamiento y determinación, como si cada palabra tuviera que abrirse paso entre fracturas invisibles antes de alcanzar el aire.

—¿Echo? ¿Juliran? —La voz llegó al comunicador como un hilo áspero, frágil y obstinadamente vivo—. *Por los Precursores... dime que eres tú.*

La frase se quebró en una respiración que no intentó ocultar, y en ese sonido Echo reconstruyó con precisión casi clínica la escena al otro lado: consolas parpadeando bajo la presión de los ácaros de datos, bibliotecas de carne luchando por mantener la coherencia de sus memorias vivas, y Eros —la antigua comandante del vacío— sosteniendo aquel santuario con pura voluntad, como si la gravedad misma dependiera de su persistencia.

—*Tienes que entrar ya* —continuó ella, atropellando sílabas como si el tiempo estuviera fragmentándose alrededor—. *Han atravesado las barreras térmicas. Están devorando el nodo, Echo. No sé cuánto más resistirá el búnker antes de que la seguridad democrática o los Saqueadores de Datos decidan que mi santuario es solo biomasa cara.*

Hubo un silencio breve, pero denso como materia comprimida, seguido de un suspiro que contenía algo peligrosamente cercano al alivio.

—*Gracias por venir.*

El sonido rítmico de su pierna de Acero Gris golpeando el suelo —ese clank que la había acompañado desde mucho antes de que la ciudad comenzara a oxidarse moralmente— resonó con una cadencia más lenta, casi humana.

—*La puerta está desbloqueada. Entra... antes de que la estática nos borre.*

El mecanismo respondió con un chasquido eléctrico casi tímido, y la pesada plancha se deslizó mientras el rumor del tráfico gravitacional y los cánticos de la procesión neón filtraban sus ecos desde los niveles inferiores. Echo cruzó el umbral hacia una penumbra densa y casi sagrada, una oscuridad que no era ausencia sino refugio; en ella, los nanitos del Consumo Gris que recorrían su sangre vibraron con una satisfacción tácticamente precisa, y por primera vez desde que se había detenido frente al búnker su silueta dejó de luchar contra la luz.

Al fondo de la cámara, un ascensor emitía una luz ámbar orgánica, cálida en contraste con los tonos clínicos del silicio. Era un sistema de reconocimiento de ADN, diseñado para dialogar con carne, no

con código. Cuando Echo se colocó frente a la placa sensorial, el sistema procesó su firma genética —un mosaico improbable, resultado de demasiadas intervenciones y accidentes ontológicos— y las puertas se abrieron sin emitir error alguno, como si incluso la máquina comprendiera que rechazarlo equivaldría a precipitar el colapso.

Ascendió en silencio, atravesando capas de blindaje, memoria orgánica y circuitos antiguos que crujían con una paciencia fatigada.

Cuando las puertas se abrieron de nuevo, lo primero que encontró fue el cañón de una pistola cinética, perfectamente alineado con el centro de su silueta distorsionada.

Detrás del arma estaba Eros. O lo que quedaba de ella.

La Peregrina que había navegado el vacío con elegancia inquebrantable aparecía ahora erosionada por vigili­as interminables, vestida con ropa manchada de grasa térmica y rodeada de pantallas que habían dejado de fingir que todo estaba bajo control. Sus ojos, hundidos bajo sombras profundas, brillaban con una mezcla de lucidez y agotamiento que ningún entrenamiento podía ocultar, y sus manos —esas manos que habían ejecutado maniobras imposibles en el vacío— temblaban apenas, lo suficiente para que los nanitos de Echo registraran cada microcontracción como un patrón de fatiga acumulada.

—*Lo siento* —susurró ella—. *Tenía que estar segura de que eras tú. En esta era, cualquier modulador puede imitar una voz... pero no su verdad.*

Echo no se movió.

Dejó que su silueta terminara de estabilizarse.

—*Deberías ver lo que hacen los disruptores paramétricos de identidad* —respondió finalmente, con ese sarcasmo frío que parecía vibrar fuera de fase con el aire—. *Una maravilla estadística.*

Al oír ese tono, imposible de replicar del todo porque estaba ligado a algo más profundo que la voz, Eros bajó el arma. Una sonrisa breve, dolorosa, cruzó su rostro como una chispa en un sistema agotado. Luego avanzó con el ritmo metálico de su pierna —clank, clank— y lo abrazó con una urgencia que no tenía nada de ceremonial.

Fue entonces cuando Echo comprendió la magnitud real de su fragilidad. El temblor no estaba solo en sus manos, ni en sus brazos. Estaba en todo su ser.

Como si cada célula estuviera luchando por mantenerse coherente mientras algo invisible roía los cimientos de su mundo.

Y en ese instante suspendido, mientras el santuario respiraba a su alrededor y los ácaros de datos se propagaban por la estación como una enfermedad conceptual, Echo comprendió que no había llegado únicamente para responder a una llamada de auxilio, sino para presenciar el momento exacto en que una leyenda empezaba a fracturarse bajo la presión de un enemigo que ya estaba dentro.

ACTION	THEME
2 ACTION (Acción)(SS-p.24) <u>Tabla</u>	5 THEME (Tema)(SS-p.27) <u>Tabla</u>

<u>Palabra:</u> Eliminar 	<u>Palabra:</u> Aliado 
Resultado de Unión: ¿Qué pasa aquí? <u>Explicación:</u> Eros explica a Echo la verdad, en ese nodo de datos lo único que hay es una única Base de Datos Biológica, una niña, una aliada para vencer al Consumo Gris, que en su interior porta toda la verdad al respecto sobre el cataclismo pero que es objetivo de los Cultistas del Nanito que en lugar de querer atraparla para venerarla, ven en ella un peligro para su fe y quieren destruirla, mientras los Saqueadores de Datos la buscan como un tesoro	

Eros se separó de Echo con un suspiro largo, casi tectónico, como si al exhalar no expulsara únicamente aire sino también capas sedimentarias de años vividos bajo presión, decisiones tomadas en la frontera del error irreversible y noches demasiado largas en las que la estación entera parecía inclinarse hacia el colapso de su propia función de onda. Durante un instante permaneció inmóvil, los hombros apenas encorvados, mientras el eco de aquel aliento se deshacía en el aire del santuario y los implantes sinápticos de Echo registraban en silencio la irregularidad de su pulso, la fatiga microscópica de sus músculos, la forma en que incluso su postura delataba una batalla sostenida contra algo que no terminaba de mostrarse.

Dejó el arma sobre una mesa de metal corroído, cuya superficie estaba marcada por décadas de herramientas, golpes y reconfiguraciones de emergencia; era un objeto que había dejado de pertenecer a la arquitectura original del lugar para convertirse en una especie de fósil funcional, una reliquia de uso constante en un entorno donde la obsolescencia y la supervivencia convivían con una intimidad incómoda. Luego, con un gesto que parecía repetido demasiadas veces como para seguir siendo consciente, le indicó que la siguiera.

El pasillo que atravesaron respiraba con una luz enferma. No era exactamente oscuridad, pero tampoco iluminación. Las luminarias parpadeaban al ritmo irregular de una red energética sometida a interferencias —quizá la plaga de ácaros de datos, quizá algo más profundo que todavía no tenía nombre—, y cada destello breve revelaba fragmentos de la anatomía interior del santuario: tuberías expuestas que vibraban como arterias cansadas, cables que serpenteaban entre los paneles con la organicidad involuntaria de nervios abiertos, condensaciones de vapor que olían a metal húmedo y a electricidad fatigada. Para Echo, cuyo sistema perceptivo se extendía más allá de lo visible, aquel corredor tenía además una textura sonora particular, una especie de rumor granular compuesto por nanitos en suspensión y microprotocolos que intentaban reconfigurarse en tiempo real, como si la estación misma pensara mientras se deshacía.

Llegaron finalmente a una estancia que, incluso para Bulwark, parecía una anomalía deliberada. Era, en apariencia, un comedor, aunque la palabra resultaba demasiado doméstica para describir el extraño santuario de memoria material que ocupaba el espacio. Las paredes no estaban cubiertas por paneles técnicos ni por blindaje de mantenimiento, sino por estanterías que se alzaban hasta el techo, abarrotadas de libros de papel amarillento cuyo olor —una mezcla de polvo dulce, lignina

fatigada y tiempo detenido— atravesó los filtros sensoriales de Echo como una señal de otro siglo. Aquellos volúmenes no eran simples objetos: eran persistencias físicas en un universo que había confiado demasiado en la abstracción del dato.

Entre ellos, como pequeños planetas en una órbita caótica, se acumulaban reproductores visuales de tecnologías antiguas: lectores ópticos, unidades magnéticas, artefactos cuya ingeniería pertenecía a una era anterior a las bibliotecas de carne y a las economías de atención postescasez que habían intentado domesticar la memoria colectiva del cosmos. Discos y cintas reposaban en pilas irregulares, superficies iridiscentes que capturaban la luz ámbar del lugar y la devolvían con una suavidad casi melancólica, como si incluso la materia recordara que una vez fue suficiente para guardar historias sin recurrir a la biología ni a la consciencia distribuida.

Eros se dejó caer en una silla desvencijada con un peso que no parecía del todo físico, más cercano a la gravedad acumulada de demasiados días sin pausa que al simple cansancio de un cuerpo. El sonido del impacto —madera fatigada protestando contra metal— se expandió en la estancia con una resonancia suave, casi doméstica, y durante unos segundos ella permaneció inclinada hacia adelante, frotándose las sienes con manos que todavía conservaban el temblor residual del arma que había sostenido minutos antes.

El silencio creció lentamente. No era un vacío, sino una materia espesa hecha de pequeños detalles: el aroma del papel envejecido mezclándose con la fragancia metálica del santuario, el zumbido microscópico de los nanitos que flotaban en el aire como polvo inteligente, la percepción ampliada de Echo traduciendo ese murmullo en patrones casi musicales que otros jamás habrían oído. Incluso los libros parecían participar en aquella quietud, como si contuvieran una forma distinta de memoria que no necesitaba servidores ni carne cultivada para persistir.

Pasó un tiempo difícil de medir —quizá minutos, quizá algo que en la mente de Echo se dilataba en escalas más complejas— antes de que la Peregrina levantara la vista.

Sus ojos, agotados pero todavía atravesados por esa lucidez obstinada que había guiado al *Infinite Horizon* a través de regiones donde la realidad se comportaba como un borrador mal corregido, se posaron en él con una mezcla de decisión y algo que rozaba la vulnerabilidad.

—*Tienes que conocerla* —dijo al fin.

La voz apenas superaba el umbral del susurro, pero en ella había una gravedad particular, como si cada palabra arrastrara consigo una masa invisible de consecuencias. Echo percibió en ese instante algo más que fatiga: una carga conceptual, casi ontológica, que no encajaba del todo en las categorías habituales de misión, peligro o secreto.

Eros exhaló lentamente antes de continuar, y durante ese gesto breve su mirada pareció recorrer la habitación como si verificara que todo aquello —los libros, los reproductores, los vestigios de un mundo que había confiado en soportes inertes— siguiera allí, anclado a una lógica distinta de la que estaba consumiendo la estación.

—*Me gustaría explicarte muchas cosas antes, Echo* —añadió—, *pero no entenderías la magnitud de lo que estoy sosteniendo hasta que la veas.*

Entonces giró la cabeza hacia una puerta situada al fondo de la estancia.

No era especialmente grande ni estaba reforzada con la monumentalidad que caracterizaba al resto del santuario, y sin embargo la oscuridad que la envolvía parecía tener una densidad distinta, como

si absorbiera incluso la luz ámbar que flotaba en el comedor y la convirtiera en una ausencia cuidadosamente mantenida.

Para los sensores de Echo, aquella sombra no era solo falta de iluminación. Era una región donde algo, deliberadamente, estaba evitando ser observado.

CALLSIGN (SS-p.149)



Resultado: Bandit

—Bandit —llamó.

El nombre no se limitó a ocupar el aire de la estancia; se desplegó en ella como una frecuencia clandestina, una clave de acceso pronunciada en voz alta que, al atravesar los anaqueles de hardware obsoleto y los nodos apagados de antiguas arquitecturas de cómputo, pareció activar resonancias que no pertenecían del todo al plano acústico, sino a esas capas superpuestas de realidad donde los sistemas de vigilancia y las conciencias distribuidas escuchan sin que nadie pueda demostrarlo. Durante un instante, la iluminación ámbar del búnker —filtrada a través de placas de polímero envejecido y cables de fibra óptica que exhalaban un tenue olor metálico, casi dulce— vibró con un pulso tan leve que podría haberse confundido con una ilusión de la retina.

De la penumbra surgió entonces una figura pequeña, una niña que no aparentaba más de diez años, aunque su presencia desmentía de inmediato cualquier cálculo sencillo basado en la biología. Vestía una sudadera roída cuyo tejido había absorbido años de polvo industrial y microresiduos de nanofábricas clausuradas; la capucha, calada hasta las cejas, ocultaba parte de su rostro, mientras unas botas de suela ancha, diseñadas para amortiguar terrenos fracturados por tormentas electromagnéticas, golpeaban el suelo con una cadencia densa, casi gravitatoria, como si cada paso arrastrara consigo una masa informacional que el espacio todavía no sabía cómo registrar.

Se detuvo a unos metros. Sus ojos —o lo que ocupaba el lugar donde la anatomía humana ubicaría ojos— alternaron su atención entre Eros y la figura de Echo, que parpadeaba frente a ella con esa intermitencia característica de quienes habían atravesado demasiadas zonas de deriva de fase y ya no coincidían del todo con la estabilidad estadística del mundo. Fue entonces cuando Echo la vio con una claridad que tenía algo de revelación técnica y de estremecimiento primario: en las cuencas de la niña no había iris ni pupilas, sino dos orbes verdosos de una pureza imposible, dentro de los cuales giraban vórtices circulares, non-stop, como huracanes miniaturizados de datos crudos, ruido blanco y paquetes de memoria que se reorganizaban a una velocidad que ningún córtex humano —ni siquiera asistido por implantes sinápticos de última generación— habría soportado sin sufrir un colapso de la función de onda cognitiva.

La niña alzó sus manos pequeñas hacia la capucha y la retiró con un gesto lento, deliberado, como si conociera el peso ritual de aquel movimiento. Bajo la luz ambarina del búnker, que olía a aceite dieléctrico y a ozono antiguo, la respiración de Echo se contuvo casi por reflejo. La piel de la niña no era enteramente orgánica; exhibía un brillo sutil, una pátina que recordaba al pulido del metal

vivo, y en su superficie podían distinguirse texturas vinculadas al Acero Gris, esa aleación bioadaptativa que había redefinido la frontera entre tejido y máquina, extendiéndose en patrones microscópicos que parecían, al mismo tiempo, arquitectura y cicatriz. Su rostro, lejos de la simetría ingenua de la infancia, se revelaba como un mosaico biotecnológico meticulosamente ensamblado, una obra de ingeniería genética diseñada para albergar algo que el silicio, por puro límite termodinámico, ya no podía contener sin degradarse.

Eros se incorporó con una lentitud cargada de cansancio y determinación, dio unos pasos hacia la pequeña y posó la mano sobre su hombro con un temblor que no provenía únicamente del miedo, sino de esa mezcla compleja de responsabilidad y afecto que solo conocen quienes han jurado custodiar algo que supera su propia vida. El gesto, sorprendentemente tierno en medio de la atmósfera industrial del búnker —donde los servidores muertos parecían ataúdes de civilizaciones informáticas extintas—, funcionó como un pequeño foco de calor humano en un paisaje que llevaba demasiado tiempo respirando a través de ventiladores averiados y protocolos de emergencia.

La niña permaneció inmóvil, observando a Echo con una curiosidad que no era exactamente infantil, sino algo más cercano a la atención analítica de un sistema que aprende mientras mira. No había en su expresión la espontaneidad errática de la niñez, pero sí una inteligencia expandida de manera artificial, una mente que parecía cartografiar, en silencio y a gran velocidad, cada variable del entorno, cada fluctuación electromagnética, cada latido irregular del visitante.

—*Su nombre es Bandit* —dijo Eros.

Y, por primera vez desde que el ciclo de alarmas había comenzado a encadenarse en su vida como estaciones inevitables, su voz recuperó un hilo de la firmeza que la había definido como Peregrina, como si pronunciar aquel nombre no solo designara a la niña, sino que también reinstalara un eje moral en medio de un universo donde demasiadas certezas habían sido devoradas por economías de atención postescasez y guerras de datos invisibles.

Echo no necesitó que su sincronización psiónica le entregara más métricas. Bastó con mirar aquellos vórtices que giraban en los ojos de la niña, con sentir cómo su propia silueta —rodeada de la estática de los nanitos que se deslizaban por su dermis como un enjambre disciplinado— encontraba resistencia en algo que no era una simple entidad autónoma ni un dron deambulante de los que cruzaban las plazas de Bulwark como cáscaras obedientes esperando una orden. Allí, en esa pequeña figura de botas pesadas y sudadera gastada, latía una biblioteca de carne de una pureza tan radical que rozaba lo sacrílego.

—*Es el archivo maestro* —susurró Echo finalmente, mientras ajustaba las gafas oscuras que protegían sus retinas de demasiadas capas de realidad superpuestas—. *Bandit no es solo una portadora de datos; es la deconstrucción misma convertida en biología funcional, un contenedor donde el conocimiento no se almacena: se metaboliza.*

Banditladeó la cabeza con una leve inclinación que habría parecido tímida en cualquier otro contexto, pero que en ella tenía algo de algoritmo en ejecución. En ese instante, el movimiento de los vórtices en sus pupilas se aceleró rítmicamente, como si estuviera procesando la firma genética de Echo, descomponiendo su identidad en matrices de probabilidad, reconstruyendo —quizá— versiones posibles de él en universos que ni siquiera habían sido simulados todavía.

Para un Parangón como Echo, acostumbrado a mirar a través de capas de información superpuesta, aquel encuentro era comparable a contemplar directamente el núcleo de una Luz Fantasma: una

experiencia en la que lo biológico y lo computacional se fundían hasta el punto de borrar la frontera entre milagro y arquitectura.

—Por eso el temblor, Eros —continuó, con una calma que no lograba ocultar del todo la fascinación—. *Bandit es el santuario que juraste defender. Los Saqueadores de Datos no buscan una terminal ni un nodo olvidado en la red profunda; te buscan a ti porque la buscan a ella, porque saben que lo que gira en su sangre podría abrir la Nube Inteligente como una puerta antigua... o precipitar el colapso de toda nuestra memoria compartida en un silencio del que quizá ya no sepamos volver.*

ACTION	THEME
ACTION (Acción)(SS-p.24) <u>Tabla</u>  <u>Palabra:</u> Erradicar  	THEME (Tema)(SS-p.27) <u>Tabla</u>  <u>Palabra:</u> Relación  
Resultado de Unión: Hora de saber que quiere Eros de nosotros <u>Explicación:</u> Cortar el vínculo que tiene Bandit	

Eros asintió con una lentitud que parecía arrastrar décadas de vigilia acumulada, como si cada vértebra recordara el peso de juramentos pronunciados demasiado cerca del borde del mundo, mientras Bandit extendía una mano diminuta hacia el aire saturado del búnker, donde los nanitos del Consumo Gris flotaban con la paciencia inquieta de un polvo inteligente y respondían a la proximidad de Echo con pequeñas convulsiones luminosas, casi musicales, como si la presencia del Parangón alterara la afinación de una orquesta invisible que llevaba años ensayando en silencio.

En aquel comedor que había dejado de ser comedor hacía generaciones —convertido ahora en una topografía de libros muertos, cintas magnéticas dormidas y archivadores que exhalaban el olor dulce y ligeramente ácido del papel descompuesto—, Bandit se erguía como la única base de datos biológica viva capaz de contener la verdad que Echo había prometido recuperar en el lento peregrinaje de su Voto de Acero, ese compromiso que no solo implicaba encontrar información, sino resistir la tentación de que la información terminara encontrándolo a uno primero, disolviendo la frontera entre buscador y archivo.

Eros se inclinó sobre la niña, y en ese movimiento había algo de madre, de ingeniera y de guardiana de un templo que ya no figuraba en ningún mapa oficial de la Nube Inteligente. Entonces ocurrió: la silueta de Bandit comenzó a emitir un zumbido armónico, tan preciso que parecía haber sido calculado por un algoritmo obsesionado con la belleza matemática, y esa vibración —apenas audible al principio— se propagó por el búnker como una corriente subterránea que hacía temblar los estantes cargados de volúmenes ilegibles y estremecer las viejas bobinas de datos, que respondían con un crujido sordo, como huesos que recuerdan de pronto que una vez fueron música.

El temblor en las manos de la Peregrina ya no pertenecía únicamente al miedo. Había en él algo más profundo, una fatiga que trascendía el músculo y el sistema nervioso, la clase de agotamiento que sienten quienes perciben con claridad brutal que el muro que han protegido durante años — piedra a piedra, protocolo a protocolo— está a punto de convertirse en la puerta de algo que ni siquiera el lenguaje técnico se atreve a nombrar.

—*Echo... Bandit no solo está procesando datos. Está cantando.*

La frase quedó suspendida en el aire con una gravedad extraña, como si incluso los nanitos se hubieran detenido a escucharla. Eros señaló entonces un monitor de fósforo ámbar, una reliquia de otra era de la informática, donde una frecuencia psiónica pulsaba con exactitud casi obscena, sincronizada con el movimiento de los vórtices en los ojos de la niña, de tal modo que ambas señales —la luminosa y la biológica— parecían ser manifestaciones divergentes de una misma entidad que todavía no había decidido en qué plano existir.

—*Tiene una relación sináptica forzosa con el Núcleo Cero* —continuó Eros, y al pronunciar esas palabras la luz del monitor pareció adquirir un tono más frío, como si la realidad misma se pusiera en guardia—. *Alguien, un Adepto de los Saqueadores de Datos que se perdió demasiado lejos en la alquimia de la Plaga, la ha convertido en un faro ontológico. No un simple receptor, ni siquiera un nodo: un punto de convergencia donde la consciencia distribuida puede plegarse sobre sí misma sin colapsar del todo la función de onda de la identidad.*

Hizo una pausa breve, lo suficiente para que el zumbido de Bandit adquiriera matices nuevos, más graves, casi corales.

—*La están usando como una llave biológica para despertar al Coloso que duerme en el núcleo del sector. Esa relación...* —Eros buscó una palabra y encontró, finalmente, una imagen— *es un hilo de estática que nadie puede ver pero que lo está arrastrando todo: a ella, a este búnker, a Bulwark entero... hacia una deconstrucción que no dejará nada estable a lo que aferrarse.*

Eros tomó la mano de Bandit con una determinación súbita, feroz, y al hacerlo ignoró las chispas de tecnoplasma que saltaron entre sus dedos como pequeños relámpagos domésticos, iluminando la estancia con destellos fríos que transformaban por un instante las sombras en diagramas fugaces de circuitos y huesos.

—*Si el Coloso despierta bajo el mando de ese hombre, la Forja se convertirá en un Osario de Datos definitivo* —dijo con una calma que no era resignación, sino claridad—. *No puedo salvarla, Echo. No soy una Parangón.*

Sus ojos se alzaron hacia él con algo que no era esperanza, sino una evaluación precisa del único vector improbable que quedaba disponible.

—*Pero tú... tú eres un error de programación que el sistema no sabe modelar.*

La autoridad que emergió en su voz tenía la resonancia de los antiguos contratos, de aquellos acuerdos que en las economías de atención postescasez ya nadie firmaba porque exigían algo que no podía tokenizarse: riesgo absoluto.

—*Te pido que realices un acto de Justicia de Contrato que no tiene precio en créditos ni equivalencia en la red. Debes erradicar esa relación. Localiza el nodo emisor que mantiene este vínculo con Bandit y destrúyelo. No solo para salvarla a ella, sino para impedir que la profecía del despertar se cumpla y borre lo poco que queda de nuestra humanidad como si fuera un archivo*

corrupto.

Eros apretó la mano de la niña, y el zumbido de Bandit cambió ligeramente de tono, como si percibiera la gravedad del momento.

—Córtale las cuerdas, Echo. Haz que deje de ser el instrumento de la plaga. Devuélvele su alma... aunque eso signifique silenciar para siempre la fuente que la conecta con el origen de todo.

Echo ajustó sus gafas de aviador con un gesto casi ritual, ocultando el fulgor blanco intenso de sus ojos, un brillo que no pertenecía del todo a la biología sino a la sincronización profunda con la red de datos biológicos que impregnaba el búnker como un micelio invisible. Su silueta —ese fallo perpetuo, ese desfase controlado que nunca terminaba de estabilizarse del todo— parpadeó con una estática violenta, como si su cuerpo estuviera negociando continuamente con la deriva de fase para seguir existiendo en el mismo plano que los demás.

Procesó la magnitud de la amenaza. Procesó el contrato implícito.

Y entonces habló.

—Eros —dijo, y su voz llevaba una distorsión electrónica tan fría que parecía provenir de un lugar donde las emociones ya habían sido indexadas—, *si voy a cortar este cordón de estática, necesito una firma biológica. ¿Quién es el arquitecto de este coro? ¿A quién debo procesar para que Bandit deje de cantar?*

Eros Clank Urtiz se levantó con esfuerzo, y el sonido metálico de su pierna de Acero Gris resonó contra el suelo del búnker como un martillazo que viajó por los conductos de ventilación y las canalizaciones de datos, despertando ecos en máquinas que llevaban años sin participar en ninguna conversación significativa. Caminó hasta una terminal de datos cuya carcasa estaba invadida por los Ácaros de Datos —esas diminutas entidades parasitarias que roían los sistemas desde dentro con la paciencia de un virus filosófico— y, con manos aún temblorosas pero guiadas por una determinación que ya no admitía dudas, desbloqueó un archivo profundamente encriptado en el Archivo de los Susurros.

NOMBRE / APELLIDO / Apodo (SS-p.143 a p.151)

- **NOMBRE**



- **Resultado:** Vallun

- **APELLIDO**



- **Resultado:** Winter

- **APODO**



○ **Resultado:** Wraith

—*Su nombre es Vallun Winter* —dijo Eros al fin, con una voz que parecía arrastrar limaduras de hierro en cada sílaba—, *aunque en los sectores más oscuros de la Forja ya casi nadie utiliza ese nombre. Allí lo llaman Wraith, y no lo hacen por romanticismo sino por exactitud: lo que queda de él atraviesa los sistemas como un residuo de conciencia que aprendió a sobrevivir en la frontera entre la biología y la corrupción informacional.*

La Peregrina dejó que la frase reposara un instante en el aire cargado del búnker, donde el zumbido de Bandit y el leve siseo de los nanitos componían una textura sonora tan densa que parecía tener peso. Luego continuó.

—*Fue un alto mando de los Saqueadores de Datos. De los mejores, si quieres la verdad. Pero intentó mapear el Núcleo Cero consumiendo demasiadas drogas psicoactivas diseñadas para expandir la cartografía mental más allá de los límites tolerables de la coherencia humana. Algunas de esas sustancias no solo alteraban la percepción: forzaban a la mente a participar en procesos de colapso de función de onda cognitiva, como si cada pensamiento tuviera que decidir constantemente en qué realidad existir.*

Sus ojos, cansados pero lúcidos, se desviaron hacia Bandit por un instante, y luego regresaron a Echo.

—*Ahora su mente es un mosaico de locura y Alquimia de la Plaga. Un exoesqueleto memético que aprendió a caminar sin su huésped original.*

Eros señaló entonces un mapa holográfico del Sector 7 que flotaba sobre la terminal; el dispositivo proyectaba su luz enfermiza sobre las estanterías, y las líneas del diagrama temblaban con interferencias irregulares, como si la cartografía misma estuviera enferma, contaminada por la misma patología de información que devoraba lentamente a Bulwark. Las rutas de mantenimiento, los ductos de ventilación, los pasajes de servicio donde solo transitaban técnicos o cosas que ya no necesitaban permiso para moverse, aparecían y desaparecían como recuerdos inestables.

—*Se oculta en los niveles de mantenimiento, cerca de los procesadores de oxígeno* —dijo—. *Allí donde el aire se vuelve más antiguo y los sensores fallan con una regularidad casi supersticiosa. Está utilizando a Bandit como una biblioteca de carne remota, triangulando con su arquitectura biotecnológica la posición exacta del Coloso que duerme bajo Bulwark.*

La luz ámbar del monitor osciló, y durante un segundo la sombra de Bandit se deformó sobre la pared como si perteneciera a algo más grande que una niña.

—*Si no lo silencias, Echo... él despertará al gigante. Y cuando eso ocurra, no hablaríamos ya de destrucción, ni siquiera de muerte. Hablaríamos de deconstrucción total.*

Echo asintió, pero lo hizo con esa precisión gélida que no era tanto un gesto humano como el resultado visible de un cálculo interno ejecutado a velocidades que ningún implante sináptico convencional podría seguir. Dentro de su mente fragmentada —donde los procesos conscientes y

los subprocesos biológicos mantenían un equilibrio precario— las variables de la misión comenzaron a ordenarse con la serenidad de un sistema que acepta, sin dramatismo, la posibilidad de su propio colapso.

Desenvainó la daga de Acero Gris.

La hoja emergió de su funda con un susurro extraño, un sonido que no pertenecía del todo al metal sino a la interacción entre materia y datos. No parecía forjada tanto como condensada: humo solidificado, luz cenicienta detenida en mitad de su caída, una superficie que absorbía la iluminación del búnker como si la estuviera archivando para usos futuros. En su filo se movían, casi imperceptibles, los mismos nanitos del Consumo Gris que recorrían la sangre mutada de Echo, estableciendo una continuidad inquietante entre arma y portador.

La sostuvo frente a sus ojos. Durante un instante, el mundo pareció reorganizarse alrededor de ese gesto.

Echo inició la sincronización psiónica, y el proceso no tuvo nada de ceremonial, aunque desde fuera pudiera confundirse con un ritual antiguo. Era, en esencia, una negociación: una vinculación profunda en la que el metal reconocía la frecuencia exacta de la misión y la determinación de quien la ejecutaría, una resonancia entre materia, voluntad y propósito que trascendía las viejas categorías de herramienta y usuario.

Las partículas negras de estática que rodeaban a Echo —ese halo irregular que delataba su deriva de fase constante— comenzaron a arremolinar hacia la daga, atraídas por ella como si la hoja actuara como un sumidero gravitatorio para la intención. El aire adquirió un sabor metálico, casi eléctrico, y los implantes biológicos dispersos en el búnker respondieron con leves pulsos de actividad, como si una consciencia distribuida más amplia hubiera decidido observar.

La estática envolvió lentamente el arma y con una precisión que habría parecido sagrada en otra época, el alma de Parangón de Echo terminó de anclarse al acero.

MOVIMIENTO - Swear an Iron Vow

- **Disparador:** Juro terminar con la conexión del Adepto, matándolo o haciendo lo que haga falta
- **Movimiento** (SF-p.164): **Swear an Iron Vow (Jurar un Voto de Hierro)**
- **Rango:** Voy a ponerle Formidable

○ TROUBLESOME ○ DANGEROUS ● FORMIDABLE ○ EXTREME ○ EPIC

--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

- **Tirada:** 2d10 vs [d6 + **Heart**] +1 por hacer el juramento frente a una Conexión y +1 por ser un contrato de caza



- **Resultado:** $6 + 2 + 1 + 1 = 10$
 - **Strong Hit** (d6+Caract. --- [$> 2d10s$]):
 - +2 de Momentum
 - **Momentum: +3**

—Juro sobre este Acero Gris —dijo Echo con una calma que no pertenecía al entusiasmo ni a la ira, sino a esa región extraña donde la decisión se vuelve arquitectura— que descenderé hasta las entrañas de Bulwark y encontraré a Vallun Winter, al que ahora llaman Wraith como si el lenguaje intentara adaptarse a su descomposición. Localizaré la relación genética que devora a Bandit como un parásito de información y cortaré su vínculo con el Núcleo Cero antes de que el Coloso abra los ojos. Y si el destino exige un tributo, como siempre acaba haciéndolo cuando las ecuaciones del mundo se vuelven inestables, será Wraith quien pague la cuota del colapso.

Mientras hablaba, la voluntad de Echo no se limitaba a pronunciarse: descendía, capa tras capa, hacia la microarquitectura del arma que sostenía, infiltrándose en la red cristalina del Acero Gris como una instrucción escrita en un lenguaje anterior a los sistemas operativos de la realidad. Los implantes sinápticos enterrados a lo largo de su columna registraron la variación de fase en su pulso neuronal, y por un momento la habitación pareció inclinarse hacia una posibilidad alternativa donde las promesas tenían peso físico.

La daga respondió. No con un destello espectacular ni con la teatralidad de los mitos antiguos, sino con un zumbido armónico que empezó en lo inaudible y ascendió lentamente hasta convertirse en una vibración compleja, casi coral, como si el metal recordara que alguna vez había formado parte de un fenómeno más vasto: una consciencia distribuida dispersa entre aleaciones, datos y memoria biológica. El sonido se propagó por el búnker, recorriendo los estantes cargados de libros muertos, haciendo temblar las cintas magnéticas olvidadas y activando ecos diminutos en los circuitos fatigados por los Ácaros de Datos.

Cuando la onda alcanzó a Bandit, algo cambió.

La niña ladeó la cabeza con esa precisión levemente desfasada que ya no pertenecía del todo a la infancia, y los vórtices verdes de sus ojos aceleraron su rotación hasta sincronizarse con el ritmo del arma, como si su arquitectura interna estuviera midiendo el juramento de Echo del mismo modo que un laboratorio mide la radiación de una estrella distante. Durante un instante breve, casi invisible, los mosaicos biotecnológicos bajo su piel emitieron una luminiscencia tenue, un pulso que recordaba al latido de un archivo vivo.

Había reconocido el compromiso. Echo guardó la hoja de Acero Gris con un movimiento fluido, tan medido que parecía haber sido ensayado por una inteligencia que desconfiaba de los gestos superfluos. La estática que lo rodeaba —ese halo irregular, producto de su deriva de fase permanente— tardó unos segundos en reorganizarse alrededor de su silueta, como si incluso la anomalía necesitara aceptar que una decisión acababa de fijarse en el tejido de los acontecimientos.

Luego ajustó la capucha. La tela oscura absorbió la luz ámbar del búnker y dejó visible apenas el fulgor blanco de sus ojos, un resplandor frío que delataba su sincronización con las redes biológicas del lugar y con algo más profundo, algo que en otras eras habría recibido nombres religiosos y ahora sobrevivía disuelto en protocolos, contratos y restos de metafísica tecnológica.

Se movió.

Y al hacerlo, no fue tanto que caminara hacia la salida como que se disolviera en el gradiente de sombras del búnker, convirtiéndose otra vez en esa anomalía que los sensores de Bulwark registraban como un error de renderizado persistente: un fantasma de datos con voluntad propia, un exoesqueleto memético construido a partir de votos, anomalías y silencios, dispuesto a imponer la Justicia de Contrato en una galaxia que había aprendido a comerciar con la atención, con la

memoria y con los restos de sus dioses... pero que, en algún punto del camino, había olvidado que los juramentos aún podían cambiar el curso de las cosas.

MOVIMIENTO - Develop Your Relationship

- **Disparador:** Por hacer este juramento ante Eros, que es una conexión, peso sin vínculo, debemos marcar progreso en el track de nuestra conexión. Recordemos que era Dangerous así que hay que marcar dos casillas enteras. Si ya hubiese vínculo habría que tirar
- **Movimiento (SS-p.): Develop Your Relationship (Desarrollar tu Relación)**

☐TROUBLESOME ☒DANGEROUS ☐FORMIDABLE ☐EXTREME ☐EPIC

*	*							
---	---	--	--	--	--	--	--	--

Se detuvo apenas un latido antes de cruzar el umbral del ascensor, como si incluso un organismo tan alterado por la deriva de fase como el suyo necesitara concederle a la realidad un segundo adicional para reorganizar sus probabilidades; en ese instante suspendido, la luz amatista de la nebulosa que rodeaba Bulwark —filtrándose por una grieta arquitectónica que Echo no recordaba haber visto antes, o quizá que había nacido allí hace apenas unas horas, cuando la estación empezó a enfermar— se derramó sobre sus gafas de aviador y las convirtió en dos superficies donde el cosmos parecía practicar una forma torpe de autoconciencia.

El reflejo fracturó su silueta en destellos de estática, pequeñas tormentas de partículas que chisporroteaban en los bordes de su cuerpo como si la materia todavía dudara de su legitimidad. Cada parpadeo lo delataba. Paria, sí. Pero también algo más preciso: un depredador cuya estrategia consistía en esperar el momento exacto en que la función de onda de un enemigo colapsara en la peor de sus posibilidades.

Ajustó la túnica oscura con un gesto breve y meticuloso, preparándose para reabsorberse en el caos industrial del Sector 7, donde los tubos no solo transportaban fluidos sino rumores térmicos, los cables respiraban como intestinos metálicos cargados de datos y las máquinas —medio vivas, medio olvidadas por sus propios protocolos— exhalaban un aliento tibio que olía a ozono, grasa antigua y promesas incumplidas por una civilización que había apostado demasiado por las economías de atención post-escasez.

Antes de que las puertas del ascensor decidieran cerrarse, miró una última vez a Eros “Clank” Urtiz.

La mujer seguía en pie, aunque el hollín había encontrado el modo de instalarse en las grietas de su autoridad y el miedo le había dibujado nuevas líneas en el rostro, líneas que ni siquiera los implantes sinápticos de reparación podían borrar del todo; aun así, su presencia continuaba ejerciendo esa gravedad silenciosa que poseen ciertos astros moribundos, capaces de sostener órbitas mucho después de haber perdido su brillo original.

Luego miró a Bandit. Pequeña bajo la sudadera roída, casi insignificante para un observador superficial, la niña parecía sin embargo el epicentro de una topología secreta: en sus ojos —donde los vórtices de datos seguían girando con una constancia que recordaba a los huracanes sobre océanos antiguos— se desplegaban capas de información que ningún sistema convencional, ni humano ni sintético, habría soportado sin disolverse en ruido.

—*Volveré lo antes posible* —dijo Echo al fin, y su voz, erosionada por la interferencia de los nanitos que colonizaban su laringe, emergió como una transmisión que atravesara demasiados filtros cuánticos antes de llegar al oído—. *Cuando termine el trabajo, saldremos de aquí. A la niña y a ti os sacaré de esta jaula de metal antes de que la estación decida qué quiere ser cuando deje de fingir que sigue viva.*

Mientras hablaba, sintió la vibración de la daga contra su muslo, ese pulso minúsculo y obstinado que mantenía su Voto de Acero sincronizado con la misión, como si el arma y su sistema nervioso compartieran un mismo algoritmo de urgencia.

—*No podemos asumir que Vallun Winter haya completado todavía la conexión sináptica con Bandit* —añadió, midiendo cada palabra con la precisión de alguien que ha visto demasiados contratos arruinarse por un matiz—. *Mantén la puerta sellada para cualquiera que no emita mi firma biológica. Si la plaga intenta improvisar, quiero que encuentre un silencio perfecto.*

Eros asintió.

En sus ojos, hundidos por ciclos de vigilancia y decisiones que nadie debería tomar en soledad, había un cansancio que pesaba más que el acero estructural de Bulwark; pero también algo que sobrevivía a la fatiga, una fe tenue, casi vergonzosa, como la que experimenta un ingeniero cuando una máquina imposible arranca por fin contra todo pronóstico.

Bandit no dijo nada.

Para la mayoría habría sido fácil reducirla a la categoría tranquilizadora de dron humanoide, un archivo ambulante sin deseo propio, una biblioteca que no sabe que lo es. Pero Echo, cuya percepción llevaba años desalineada respecto al consenso del mundo, percibía otra cosa: más allá de los vórtices y de los patrones de datos que danzaban en sus pupilas como sistemas climáticos de información, existía una intención todavía embrionaria, una chispa que empezaba a articular su propio lenguaje.

La niña no era solo una biblioteca de carne. Era un nodo. Un archivo que excedía los límites de los registros genéticos tradicionales, un punto de convergencia donde las memorias mal almacenadas del viejo mundo —civilizaciones truncadas, experimentos abandonados, realidades borradas por la plaga— encontraban por fin un soporte capaz de soportar su peso. Cada fibra de su cuerpo funcionaba como un circuito de ADN reescrito, una topología viva donde la biología y el cálculo habían firmado una tregua inestable.

Echo lo comprendió sin necesidad de decirlo. Luego hizo lo que siempre hacía.

Con un gesto mínimo activó el velo de sombras, y la penumbra del pasillo lo aceptó como si hubiera estado esperándolo desde antes de que Bulwark fuera ensamblada en órbita. Su silueta comenzó a disolverse en una gradación de oscuridad cargada de ruido cuántico, mientras la estática que lo acompañaba —ese enjambre de nanitos que había aprendido a obedecerle como si formaran parte de un exoesqueleto memético— se reorganizaba alrededor de su figura.

Un paso. Luego otro. Cuando las puertas del ascensor se cerraron por completo, ya no quedaba en el corredor más que el eco tenue de su movimiento y el zumbido residual de partículas inteligentes reajustando su presencia en el mundo.

Echo descendía hacia los niveles más oscuros de Bulwark como una anomalía deliberada, un cazador que avanzaba por un mapa que existía a la vez en la materia, en los datos y en las grietas de

la conciencia colectiva de la estación; y en su mente, donde los implantes sinápticos analizaban trayectorias y probabilidades con la serenidad de un observatorio astronómico, una única ecuación dominaba el horizonte:

La relación entre Bandit y el Coloso debía ser silenciada. Para siempre.

MOVIMIENTO - Gather Information
• Disparador: Con los datos que le ha ofrecido Eros y recorriendo las calles buscando confidentes, Echo intentará recopilar la suficiente información para encontrar la posición exacta de Vallun • Movimiento (SS-p.149): Gather Information (Recopilar Información) • Tirada: 2d10 vs [d6 + Wits]  • Resultado: 6 + 3 = 9 ◦ Strong Hit ($d6 + \text{Caract.} \dots [> 2d10s]$): ▪ +2 de Momentum: Momentum = +5 ▪ Tiraremos en Acción + Tema para saber que hemos averiguado

ACTION	THEME
ACTION (Acción)(SS-p.24) <u>Tabla</u>  <u>Palabra:</u> Retener 	THEME (Tema)(SS-p.27) <u>Tabla</u>  <u>Palabra:</u> Ambición 

Resultado de Unión: ¿Qué averiguo? Explicación: Se esconde en un subsector de los procesadores de oxígeno y Echo ha averiguado que en su poder hay una pieza de los Precursores. Su ambición le ha llevado a usarla junto con Bandit para poder despertar y controlar al Coloso

Echo atravesó el umbral del búnker y la atmósfera comprimida de Bulwark se abatió sobre él como una marea cargada de ozono viejo, aceite térmico y la lenta exhalación de millones de decisiones aplazadas; bajo el resplandor amatista de la nebulosa que se filtraba por las cúpulas translúcidas — un resplandor que parecía haber viajado siglos para posarse allí con paciencia mineral—, la ciudadela orbital latía con una cadencia febril, cada luminaria pulsando como un nodo de consciencia distribuida dentro de un organismo de acero, plasma y protocolos olvidados. El tráfico de vehículos pesados vibraba en las avenidas suspendidas como enjambres de insectos hechos de neón líquido, y miles de ciudadanos recorrían las plazas compartidas donde las economías de atención postescasez habían terminado convertidas en mercados de miedo, de tiempo biológico, de

promesas que nadie esperaba cumplir; para los sentidos calibrados de un Parangón, aquel murmullo no era ruido sino una sinfonía compleja de datos orgánicos: firmas de ADN que chisporroteaban como pequeñas auroras privadas, fluctuaciones hormonales que ascendían y descendían con la elegancia de ecuaciones térmicas, impulsos eléctricos que se arremolinaban en torno a implantes sinápticos y exoesqueletos meméticos, todo ello mezclado en un caos tan fértil que solo alguien como Echo podía leerlo sin perderse en su densidad.

Ajustó la capucha oscura con un gesto casi reverente, como quien baja la tapa de un instrumento antes de tocar la primera nota, y activó su velo de sombras con la discreción de un latido cardíaco perfectamente regulado. Su silueta se pixeló en el borde de la percepción, fragmentándose y recomponiéndose dentro de la estática ambiental como si su cuerpo hubiera aprendido a negociar con la deriva de fase del propio aire, hasta volverse una presencia ambigua para los ojos electrónicos de la seguridad democrática, esos oráculos mecánicos que habían olvidado, hacía mucho, la diferencia entre vigilar y soñar. Su objetivo era Vallun “Wraith” Winter —un nombre que circulaba por los corredores de la Forja como una ecuación prohibida, pronunciado con la mezcla de temor y admiración que solo despiertan los ambiciosos verdaderamente peligrosos—, un Adepto cuya voluntad parecía haber superado el umbral donde la ambición deja de ser un motor y comienza a comportarse como una forma de entropía consciente. En esta Era Oscura, donde la información se había retirado de las redes y había encontrado refugio en la carne, en el miedo y en la lenta memoria del ADN, la verdad se pesaba en sangre y en silencios prolongados.

Echo descendió hacia los niveles inferiores del Sector 7, donde la arquitectura abandonaba cualquier pretensión de elegancia y revelaba su esqueleto industrial: vigas desnudas, conducciones que respiraban vapor tibio, paneles abiertos como costillas de una criatura gigantesca que aún seguía trabajando. Allí los Ácaros de Datos —organismos semivivos nacidos de errores acumulados en los protocolos de mantenimiento— devoraban relés de iluminación y fragmentos de código de control, de modo que los pasillos parpadeaban con un ritmo irregular que recordaba a la señal de un cerebro durante un sueño turbulento, una intermitencia que ocultaba su avance y a la vez le ofrecía un mapa vivo de fallos y oportunidades. Cada sombra era una alianza provisional. Cada vibración metálica, una frase en el idioma secreto de la maquinaria activa y de los depredadores de información.

En una plaza de racionamiento, donde el aire sabía a hierro húmedo y ansiedad compartida, localizó a un Broker de información: un hombre cuyos ojos amarillentos —saturados por drogas diseñadas para metabolizar flujos de datos como si fueran torrentes líquidos— temblaban con la intensidad de quien vive permanentemente al borde del colapso de su propia función de onda cognitiva. Echo no habló. En lugar de eso, proyectó una sugerencia psiónica directamente hacia la corteza cerebral del Broker, una presión sutil pero inapelable que se deslizó por sus implantes como un código antiguo reescribiendo permisos de acceso. El hombre se estremeció; durante un instante, su mente se convirtió en un canal abierto, y bajo el peso silencioso de aquella intrusión —un hackeo biológico que no dejaba cicatriz visible— balbuceó sobre un Adepto que compraba suero estabilizador para nanitos en cantidades absurdas, como si estuviera intentando domesticar una tormenta microscópica. Fue el primer hilo. Y en Bulwark, los hilos rara vez eran inocentes.

Más abajo, en un taller de Riggers donde cuerpos remendados con chatarra y carne reposaban alineados como un ejército de esqueletos que hubieran decidido no morir todavía, Echo acorraló a un informante de los Saqueadores de Datos. El lugar olía a lubricantes biológicos, a circuitos sobrecalentados y a una forma de resignación que se había vuelto estructural. Desenvainó su daga

de Acero Gris, y el zumbido armónico del metal —sintonizado con los nanitos que corrían por su sangre mutada— llenó la estancia con una vibración que no era solo sonido, sino una promesa de descomposición elegante, como si el espacio mismo recordara de pronto cómo desmontarse.

—*Procesaré tu rastro genético poco a poco, si no hablas* —susurró Echo.

Su voz, distorsionada por la estática de su propia naturaleza de Parangón, parecía provenir de varias coordenadas a la vez, un eco desplazado en el tiempo por milisegundos apenas perceptibles. El informante, enfrentado a lo que intuía era un Eco de la Deconstrucción encarnado, sintió que las capas de su identidad —sus recuerdos, sus contratos, las pequeñas mentiras con las que se había sostenido durante años— comenzaban a crujir. Confesó con un hilo de voz que Wraith no solo se ocultaba: retenía algo que no pertenecía a este mundo o, peor aún, que pertenecía a un mundo anterior a la idea misma de mundo, un fragmento de poder antiguo que la sangre y la biotecnología jamás habían olvidado del todo.

Las horas siguientes se deslizaron como una migración subterránea a través del laberinto de conductos expuestos, niveles de mantenimiento corroídos y cámaras donde el aire parecía haber sido almacenado demasiado tiempo. Poco a poco, la red de datos biológicos de la estación —ese inmenso archivo hecho de cuerpos, sensores orgánicos y memorias químicas— terminó por entregarle la ubicación del nodo que buscaba. Vallun “Wraith” Winter se había atrincherado en el subsector de procesadores de oxígeno del Sector Siete, aunque no por la protección que ofrecían sus paredes reforzadas ni por la oscuridad constante que reinaba allí.

Echo comprendió entonces la verdadera magnitud de la ambición de Wraith: el Adepto había logrado capturar y retener un artefacto precursor de valor incalculable, un Ancla Sináptica perteneciente a un Coloso, una reliquia diseñada para sintonizar la conciencia de esas entidades dormidas bajo Bulwark como montañas que sueñan. No bastaba con servir a los Saqueadores de Datos; Wraith aspiraba a convertirse en el arquitecto del despertar de un Coloso, utilizando a Bandit como faro remoto, como un espejo gravitacional capaz de guiar la activación del artefacto a través de los pliegues del Tecnoplasma Maestro.

La Alquimia de la Plaga que Wraith estaba ejecutando no era simple biotecnología ritualizada, ni siquiera un experimento de psiónica aplicada; era un intento de fusión entre mente, máquina y la lenta memoria del universo, una operación en la que su consciencia se acoplaba al Ancla con la convicción —o la arrogancia— de que podría reescribir las leyes que gobiernan la identidad misma. Desde la penumbra, observando los datos que se filtraban como corrientes subterráneas, Echo comprendió que cada paso hacia Wraith era también un paso hacia el epicentro de un desastre difícil de nombrar: la posible fusión de carne, ADN y voluntad humana en una entidad que ya no recordaría cómo detenerse.

En ese instante, la misión dejó de ser un contrato. Se convirtió en otra cosa, más antigua y más incómoda: un acto de justicia en una galaxia que había olvidado a sus dioses pero aún temía el silencio que dejaron, una intervención mínima —quizá inútil— para preservar lo que quedaba de humanidad antes de que la ambición de un Adepto terminara de aprender a hablar en nombre del universo.

MOVIMIENTO - Reach a Milestone

- **Disparador:** Esta información es un progreso significativo que marcará un avance en el track del Juramento

- **Movimiento** (SF-p.164): **Reach a Milestone (Jurar un Voto de Hierro)**

○ TROUBLESOME ○ DANGEROUS ● FORMIDABLE ○ EXTREME ○ EPIC

									
---	--	--	--	--	--	--	--	--	--

- **Tirada:** No hace falta tirada - Formidable: Se marcará 1 caja completa en el juramento hecho por Echo

MOVIMIENTO - Set a Course

- **Disparador:** Llegar al subsector de procesadores de oxígeno del Sector 7 gracias a las indicaciones que he conseguido
- **Movimiento** (SF-p.180): **Set a Course (Establecer un Rumbo)**
- **Tirada:** 2d10 vs [d6 + **Supply** + 1 por ser cazarecompensas buscando a alguien]



- **Resultado:** 2 + 5 + 1 = 8
 - **Weak Hit**(d6+Caract. --- [$> 1d10$ & $< 1d10$]):
 - Echo llega al sitio, al subsector de procesadores de oxígeno del Sector 7
 - **Oráculo** (SS-p.269): **Story Complication:**
 - d6 = 4 / d100 = 80: **Thrown off the scent by a red herring** (Desorientado por una pista falsa)

Echo almacenó la información en la red íntima de su conciencia mutada, no como quien guarda datos en un archivo sino como quien introduce una nueva corriente en un delta ya turbulento; los vórtices de nanitos que habitaban su sangre —pequeños matemáticos ciegos, devotos de la coherencia— se reorganizaron con paciencia mineral para sincronizarse con la señal del nodo donde aguardaba Wraith, y durante un instante su silueta emitió un fulgor blanco apagado, una fosforescencia casi biológica, antes de fundirse de nuevo en las sombras industriales del Sector 7 como si el espacio mismo hubiera decidido cerrar los ojos en torno a él. Cada respiración era medida, pero no en el sentido trivial del control, sino como parte de una ecuación más amplia en la que latido, presión atmosférica y deriva de fase de la estación se alineaban con una precisión que recordaba a un ritual antiguo disfrazado de procedimiento técnico; su corazón marcaba el compás, un metrónomo orgánico que calibraba la sincronización psiónica con la arquitectura viva de Bulwark. No había margen para errores. Vallun Winter esperaba en los niveles de procesadores de oxígeno, protegido no solo por corredores enmarañados y puertas blindadas, sino por algo más sutil: sistemas de vigilancia degradados por Ácaros de Datos, esos parásitos semióticos que convertían la seguridad en un sueño febril.

Mientras descendía, los conductos expuestos y las cámaras de mantenimiento comenzaron a trenzarse en torno a él como un laberinto de acero fatigado y tubos palpitantes de tecnoplasma, cuya presión constante producía un zumbido grave que se filtraba en los huesos con la insistencia de un órgano invisible. Las luces fallaban y parpadeaban —no al azar, nunca al azar— debido al lento festín de los Ácaros de Datos devorando relés y fragmentos de código, y ese titilar irregular generaba un ritmo casi musical, una especie de partitura industrial que guiaba a Echo del mismo modo en que confundiría a cualquier sistema de seguridad demasiado confiado en la estabilidad del mundo. El aire tenía un sabor metálico con notas ácidas de refrigerante evaporado; cada sombra

parecía haber aprendido a observar, cada vibración metálica insinuaba la posibilidad de un centinela oculto o de un dron que hubiera decidido abandonar la obediencia para convertirse en herramienta de los Saqueadores de Datos, esos curadores de ruinas informacionales que trataban la verdad como si fuera una materia prima escasa.

En una plataforma colapsada, donde los escombros y los cuerpos remendados con chatarra formaban una geografía de supervivencia improvisada, Echo percibió algo que no encajaba del todo en la música de la estación: la señal de un nodo falso, un rastro biológico manipulado con un cuidado casi artístico, diseñado para desviar a cualquier Parangón cuya percepción se hubiera vuelto demasiado dependiente de la velocidad. Era un señuelo, un “red herring” que latía con datos que imitaban la firma de Wraith con una fidelidad inquietante, como si alguien hubiera intentado reproducir no solo su genética sino también la cadencia emocional de su ambición. Echo no se precipitó. En su mente se desplegó un mapa de información que no era visual en el sentido humano del término, sino una topología de probabilidades y resonancias donde ADN, memoria química y ruido térmico se organizaban como constelaciones en lenta mutación; los vórtices de su visión psiónica se tensaron, explorando la coherencia interna de aquella señal, y fue entonces cuando la anomalía se reveló con una claridad casi ofensiva: la ruta era demasiado limpia, demasiado perfecta para un lugar donde incluso la gravedad parecía tener dudas. Los falsos rastros de ADN carecían de microerrores, los susurros de miedo —ese rumor emocional que siempre acompaña a un Adepto que ha pasado demasiado tiempo negociando con lo imposible— estaban apagados, planos, como una grabación reproducida sin el ruido de fondo que delata la vida. La trampa, en otras palabras, no respiraba.

Con un gesto apenas perceptible, Echo liberó una onda de interferencia biológica que viajó por el espacio como un pensamiento decidido, rebotando entre los sensores del señuelo y las capas de código degradado que lo sostenían. La respuesta confirmó la artimaña: el nodo falso no era más que una cápsula de información muerta, un cadáver de datos dispuesto con elegancia para atraer cazadores hacia el caos controlado de un callejón sin salida. Ajustó la capucha, y su velo de sombras se intensificó hasta el punto de convertir su silueta en un parpadeo casi violento, una luz fantasma que avanzaba entre la estática con la lógica fría de un virus que ya ha aceptado la inevitabilidad de su huésped.

Recalculó el camino con la serenidad de quien entiende que los mapas verdaderos siempre están incompletos. Tomó un acceso lateral de mantenimiento, un tubo de ventilación de doble diámetro que descendía en espiral hacia los niveles inferiores como la garganta de una criatura mecánica demasiado antigua para recordar su propósito original. Allí, la vibración metálica de la estación —mezclada con la resonancia íntima de los nanitos en su sangre— comenzó a ofrecerle un sentido táctico de la ubicación de Wraith, algo que no era exactamente dirección sino más bien una presión en el tejido mismo de la realidad local, como si la presencia del Adepto estuviera forzando a la estación a reorganizar su propia función de onda. Cada paso que Echo daba dejaba una estela de datos que su mente rastreaba y filtraba con paciencia quirúrgica, ignorando ecos falsos, descartando señuelos, aproximándose con una precisión casi meditativa al núcleo del subsector de procesadores de oxígeno.

Finalmente, tras sortear sistemas de seguridad que chisporroteaban bajo la infección persistente de los Ácaros de Datos y atravesar conductos colapsados que respiraban corrientes de oxígeno y vapor con el ritmo irregular de un pulmón enfermo, Echo emergió en un corredor iluminado por paneles ámbar que parpadeaban con una obstinación casi ceremonial. Frente a él, la entrada al subsector de

procesadores de oxígeno del Sector 7 se alzaba como un templo industrial dedicado a una divinidad que nadie recordaba haber invocado: paredes de Acero Gris reforzado, tubos de tecnoplasma vibrando con presión constante, y, sobre todo, la presencia inconfundible de una seguridad ausente. No la ausencia real —que habría sido torpe—, sino esa simulación meticulosa de abandono que solo alguien como Vallun “Wraith” Winter habría considerado elegante. Aquí empezaba otra cosa. Aquí la estación parecía contener la respiración.

MOVIMIENTO - Reach a Milestone

- **Disparador:** La llegada a la entrada del subsector marcará un avance en el track del Juramento
- **Movimiento (SF-p.164): Reach a Milestone (Jurar un Voto de Hierro)**

○TROUBLESOME ○DANGEROUS ●FORMIDABLE ○EXTREME ○EPIC
- **Tirada:** No hace falta tirada - Formidable: Se marcará 1 caja completa en el juramento hecho por Echo

La tranquilidad, sin embargo, era apenas una ilusión óptica producida por la fatiga del metal y por el deseo —si es que el deseo puede aún existir en alguien como Echo— de creer que incluso en Bulwark el caos tenía bordes reconocibles. Mientras avanzaba, con la cadencia de quien conversa en silencio con la arquitectura de una estación que no termina de decidir si está viva o simplemente demasiado compleja para morir, detectó la anomalía: el nodo de seguridad había sido intervenido con una sutileza que rozaba la elegancia clínica, reconfigurado para enviar información a un punto muerto, un corredor que terminaba abruptamente en un vacío saturado de humo de ozono, donde el aire vibraba con un sabor metálico que recordaba a circuitos recién sacrificados. Y fue entonces cuando la penumbra respondió.

Destellos rojos surgieron de ella como si la oscuridad hubiera decidido aprender a mirar. Reflejaban los cascos pulidos de varios centinelas automatizados, drones cuya estética no pertenecía a la seguridad democrática de Bulwark sino al pragmatismo obsesivo de Wraith; las superficies de sus blindajes absorbían la luz como espejos disciplinados, mientras sus sensores, ya despiertos, se alineaban con la paciencia de instrumentos quirúrgicos esperando el primer corte. Los sistemas de la estación habían sido alterados para emitir una firma biológica falsa —una máscara genética lo bastante convincente como para engañar a la mayoría de los Parangones—, lo que confirmaba lo que Echo ya sospechaba: alguien había convertido el señuelo en un embudo de fuego y cálculo, una topología de muerte diseñada no solo para detenerlo sino para comprenderlo.

El aire se saturó con el olor áspero del ozono ionizado y la grasa quemada, una mezcla que se adhería a la garganta como una memoria industrial. Los drones se activaron con un murmullo eléctrico que, para oídos humanos, habría sido apenas ruido; para Echo, cuyos implantes sinápticos conversaban constantemente con la deriva estadística de su entorno, aquel sonido era una ecuación que se desplegaba en tiempo real. Sus sistemas de puntería —conectados indirectamente a la red biológica de Echo a través de la interferencia persistente de los Ácaros de Datos— comenzaron a anticipar vectores, a calcular trayectorias probables, a inferir decisiones antes incluso de que su musculatura terminara de pensarlas. Era una forma de combate que rozaba el colapso de la función de onda aplicada a la violencia: reducir el número de futuros posibles hasta que solo quedara uno.

La muerte, convenientemente optimizada.

Echo se detuvo. No por miedo —el miedo era un concepto que había aprendido a reorganizar—, sino por respeto a la complejidad del problema. Analizó el patrón de los centinelas con la misma paciencia con la que un oceanógrafo observa corrientes invisibles bajo una superficie aparentemente tranquila; el rastro de Wraith seguía allí, vivo y pulsante, pero había sido manipulado para confundir a cualquier cazador que dependiera demasiado de la velocidad o del orgullo. Aquello no era una simple trampa. Era una obra de ingeniería psicológica y biológica, un laberinto construido con datos, expectativas y muerte, donde cada error no solo sería fatal sino también pedagógico para la mente que lo había diseñado.

En ese instante comprendió la verdadera magnitud de la complicación. No bastaría con localizar a Vallun Winter ni con romper la conexión que amenazaba con arrastrar a Bandit hacia el Ancla Sináptica del Coloso; antes tendría que atravesar un campo de seguridad concebido específicamente para dialogar con su propia naturaleza mutada, una estructura que parecía haber sido diseñada tras estudiar la lógica íntima de un Parangón. Un red herring que no solo desviaba rutas físicas, sino que intentaba devorar el rastro mismo de su identidad, reducirlo a un eco más en la larga historia de deconstrucciones fallidas que Bulwark prefería no recordar.

Su mano se posó sobre la empuñadura de la daga de Acero Gris, y el contacto fue inmediato, casi íntimo: los nanitos en su sangre respondieron con una vibración que no era únicamente física, sino una forma de acuerdo silencioso entre arma y portador, como si ambos compartieran una teoría privada sobre cómo debía resolverse aquel momento. La trampa no era un obstáculo insalvable; era un problema de precisión. Un problema de ritmo.

Su silueta parpadeó con una estática violenta mientras ajustaba la sincronización psiónica de su velo de sombras con la arquitectura industrial del subsector, permitiendo que su consciencia distribuida —esa red de cálculos, intuiciones y microdecisiones que habitaba en cada célula alterada— se expandiera apenas lo suficiente para leer el espacio como si fuera un texto lleno de notas al margen. Cada paso dejó de ser un movimiento y se convirtió en una hipótesis. Cada respiración, en una variable. Para atrapar a Wraith, comprendió con una claridad casi serena, primero tendría que atravesar el espejismo de muerte que el propio Wraith había escrito para él, como si la estación entera fuera una página esperando el momento exacto en que alguien decidiera reescribirla.

MOVIMIENTO - Face Danger

- **Disparador:** La intención de Echo no es pelear, su objetivo es pasar desapercibido e intentar esquivar a estos dos “humanos” vacíos con capacidades expresas para el combate, creados por Wraith. Para ello voy a utilizar mis nanitos para ocultarme en la oscuridad gracias al path de Shade
- **Movimiento (SF-p.147): Face Danger (Desafiar el Peligro)**
- **Tirada:** 2d10 vs [d6=5 porque utilizo Shade + Shadow]



- **Resultado:** $5 + 2 = 7$
 - **Weak Hit**($d6 + \text{Caract.} \text{ --- } [> 1d10 \ \& \ < 1d10]$):
 - Echo llega a la puerta esquivando a los drones pero por un precio.

- Debe hacer un Movimiento de Aguantar el Estrés (Endure Stress- SF-p.202) y marca progreso en el Juramento

Los dos centinelas que Wraith había dispuesto en aquel corredor no eran meros dispositivos de defensa ni simples autómatas obedientes a un algoritmo; eran, más bien, una especie de argumento biológico, una declaración casi filosófica sobre lo que ocurre cuando la tecnología deja de imitar a la vida y decide, con paciencia clínica, rehacerla a su antojo. Echo lo comprendió antes incluso de que las siluetas emergieran del humo de ozono: algo en la textura del silencio, en la forma en que los sensores del pasillo evitaban registrar ciertas frecuencias, le advirtió de que allí no aguardaban máquinas, sino cuerpos intervenidos hasta el punto de convertirse en nodos conscientes de una red de horror. Antiguos ciudadanos de la Forja, devorados átomo a átomo por el Consumo Gris y luego re combinados en laboratorios clandestinos donde la ética había sido reemplazada por ecuaciones de utilidad, patrullaban ahora como esculturas ambulantes de carne y Acero Gris, obedeciendo la lógica delirante de un Adepto que había decidido que la información era más fiable cuando sangraba.

Sus rostros —si aún merecían ese nombre— formaban un mosaico inquietante de piel blanqueada por tratamientos radicales y placas metálicas que vibraban con un brillo frío, casi lunar, como si bajo ellas latiera una luz que no pertenecía a ningún sol conocido. Cada músculo había sido sustituido o asistido por filamentos mecánicos insertados directamente en la anatomía, cada hueso reforzado con prótesis que respondían a órdenes transmitidas no por nervios, sino por paquetes de datos que viajaban entre implantes sinápticos y exoesqueletos meméticos diseñados para optimizar la obediencia. No patrullaban. Calculaban.

Portaban fusiles biotecnológicos cuya arquitectura recordaba vagamente a armas convencionales, aunque su verdadero mecanismo operaba en un nivel más profundo: los proyectiles no se limitaban a atravesar materia, sino que analizaban el ADN en pleno vuelo, correlacionaban firmas vitales con bases de datos de consciencia distribuida y anticipaban el flujo de información biológica de sus objetivos como si cada disparo fuera un pequeño experimento de predicción estadística. Sus ojos, convertidos en cuencas luminosas de un blanco espectral, no buscaban reflejos ni contornos; registraban fluctuaciones de nanitos, resonancias psiónicas, microalteraciones térmicas que delataban la presencia de algo tan improbable como un Parangón en deriva de fase.

Echo comprendió, con esa claridad fría que aparece cuando la supervivencia exige honestidad, que su propia silueta parpadeante —esa anomalía persistente, ese error elegante en la renderización de la realidad— era para ellos algo parecido a un faro.

Inhaló lentamente el aire saturado de ozono, cuya aspereza metálica parecía tener textura y temperatura, como si cada molécula recordara la historia de los sistemas que habían explotado para producirla. Activó su velo de sombras y sintió cómo las energías del vacío —antiguas, impacientes, casi irritadas de ser invocadas tan a menudo por especies que apenas comprendían su sintaxis— se arremolinaban alrededor de su cuerpo, refractando la luz de los sensores enemigos y fragmentando su presencia en una constelación de posibilidades incompletas. Avanzó entonces como lo haría un pensamiento que se niega a fijarse en una sola forma: cada paso medido, cada desplazamiento integrado en la estática de los cables colgantes que descendían del techo como enredaderas tecnológicas que hubieran decidido colonizar el aire.

Cuando uno de los centinelas giraba su casco reforzado en su dirección, Echo forzaba la sincronización de los nanitos que recorrían su sangre, empujándolos a reorganizarse en patrones que confundían los sistemas de adquisición de objetivos, convirtiéndose momentáneamente en una zona de invisibilidad viva dentro del ecosistema biotecnológico del corredor. No era invisibilidad, en sentido estricto. Era una negociación con la percepción.

Pero los drones de Wraith —si es que la palabra drone aún resultaba adecuada para aquellas criaturas— estaban afinados por la Alquimia de la Plaga, ese extraño cruce entre ritual biotecnológico y cálculo probabilístico que permitía a ciertos Adeptos manipular no solo materia, sino expectativas. Leían calor psiónico. Rastreaban la vibración de los nanitos en su torrente sanguíneo. Anticipaban el flujo de su voluntad como si su mente fuera un texto parcialmente legible para quien supiera dónde buscar. Cada respiración, cada ajuste minúsculo de su capucha, se convertía en una señal que tensaba el peligro alrededor de su nuca con la precisión de un instrumento afinado para detectar errores.

Cuando finalmente alcanzó la puerta blindada del nodo —una estructura de Acero Gris reforzado que parecía más un órgano sellado que una simple barrera industrial— la sincronización de su velo de sombras flaqueó durante un milisegundo, apenas un temblor en el tejido de probabilidades que lo rodeaba. Fue suficiente.

Una ráfaga de interferencia, nacida de los Ácaros de Datos que infestaban el sector como una plaga de ideas corruptas, atravesó su campo de ocultación y se filtró hasta sus implantes sinápticos. Echo sintió el impacto como un pinchazo de estática que no pertenecía al dolor físico, sino a algo más íntimo: una agresión directa contra la arquitectura de su mente. Millones de agujas microscópicas —o la ilusión perfecta de ellas— picotearon sus sinapsis, alterando momentáneamente el equilibrio de su consciencia distribuida, como si la estación misma hubiera decidido probar el sabor de su pensamiento.

MOVIMIENTO - Reach a Milestone

- **Disparador:** Por haber llegado a la puerta sin ser detectado
- **Movimiento (SF-p.164): Reach a Milestone (Jurar un Voto de Hierro)**

○TROUBLESOME

○DANGEROUS

●FORMIDABLE

○EXTREME

○EPIC
- **Tirada:** No hace falta tirada - Formidable: Se marcará 1 caja completa en el juramento hecho por Echo

Logró atravesar el corredor sin activar la respuesta letal de los centinelas, aunque el precio de esa travesía se reveló de inmediato, como si la estación —o aquello más antiguo que dormía bajo ella— hubiese decidido cobrar cada microsegundo de ventaja con una precisión casi contable. Se apoyó contra el panel metálico de la puerta, y el frío del Acero Gris no fue una simple sensación térmica, sino una vibración grave que ascendió por sus huesos, resonando con los nanitos que habitaban su sangre como si ambos, metal y enjambre, compartieran un mismo lenguaje subterráneo. Dentro de su cuerpo, cada uno de esos organismos microscópicos temblaba al límite de su tolerancia energética, reorganizando su arquitectura interna para sostener la sincronización psiónica que lo había mantenido invisible durante el avance; la tensión acumulada se manifestaba en un pulso irregular que recorría sus venas con la obstinación de una señal que se niega a colapsar incluso

cuando la función de onda de su propia supervivencia empieza a volverse inestable.

Su respiración no era ya un acto automático, sino un algoritmo frágil, un patrón entrecortado que su mente —fragmentada y distribuida entre implantes sinápticos y zonas de consciencia expandida— debía recalcular a cada instante para evitar que el agotamiento lo traicionara con un error trivial. El fulgor blanco que delataba su mirada parpadeó de manera errática, como un faro que lucha contra la tormenta de datos que atraviesa su sistema nervioso; ese destello irregular reflejaba la sobrecarga de su red biológica interna, un enjambre de señales que chocaban entre sí en un campo de batalla microscópico donde la voluntad, la bioingeniería y la pura necesidad de seguir avanzando negociaban en tiempo real.

Cada músculo de su cuerpo temblaba con una vibración contenida que no era solo fatiga, sino la consecuencia de haber empujado su deriva de fase hasta un margen que los manuales antiguos habrían calificado de suicida. Y sin embargo, en medio de ese temblor, su mente permanecía alineada con la arquitectura profunda de Bulwark: un entramado de ductos, nodos y corrientes de información que percibía casi como un órgano colosal, una anatomía de acero y tecnoplasma cuyos latidos podía escuchar en frecuencias que la mayoría de los ciudadanos ni siquiera sabían que existían.

Allí, frente a la puerta sellada del subsector de procesadores de oxígeno, comprendió algo que no era exactamente una revelación —porque ya lo sabía—, sino una aceptación definitiva: el margen de error había desaparecido. No era una metáfora. Cada segundo se comportaba como una moneda única en una economía de atención donde cualquier distracción equivalía a una sentencia. Cada vórtice de datos que giraba en la periferia de su percepción podía delatar su presencia, cada fluctuación en la red biológica de la estación podía convertirse en una ecuación que resolviera su posición con la misma frialdad con que un astrónomo predice el eclipse de una estrella moribunda.

Los centinelas de Wraith no custodiaban simplemente un espacio físico ni defendían un acceso industrial olvidado en los niveles inferiores del Sector 7. Protegían un nodo de locura cuidadosamente cultivada, una confluencia de biología retorcida, cálculo psiónico y ambición que había dejado de distinguir entre experimento y profecía. Detrás de aquella puerta no solo aguardaba el Adepto, sino una verdad operativa capaz de reconfigurar cuerpos, memorias y tal vez la propia definición de consciencia; una verdad que, si se tocaba sin la precisión adecuada, podía propagarse como una infección semántica por toda la estación.

Y Echo —esa anomalía persistente, ese error de renderizado que la realidad parecía tolerar a regañadientes— estaba a punto de irrumpir en su santuario.

MOVIMIENTO - Endure Stress

- **Disparador:** Tu espíritu se ve puesto a prueba por la tensión de la infiltración.
- **Movimiento (SF-p.): Endure Stress (Aguantar el Estrés) - (-1 a Espíritu)**
- **Spirit:** 4
- **Tirada:** 2d10 vs [d6 + Spirit]



- **Resultado:** 3 + 4 = 7

- **Strong Hit** (*d6+Caract. --- [$> 2d10s$]*):
 - *Recupero el punto de espíritu perdido:*
 - **Spirit: 5**

En un universo donde la humanidad había aprendido a tropezar con una elegancia casi litúrgica ante su propia corrupción —como si la decadencia fuese un clima inevitable y no una elección reiterada—, Wraith había concebido un mecanismo de seguridad que no era exactamente una máquina ni exactamente un organismo, sino algo intermedio, una biblioteca de carne miniaturizada cuya arquitectura recordaba tanto a un archivo neuronal como a un relicario blasfemo dedicado al conocimiento vivo. Allí no había teclados, ni escáneres ópticos, ni las ceremonias triviales de los códigos numéricos que las civilizaciones en declive veneran como si fueran secretos; la puerta, sencillamente, respiraba.

Su panel de acceso se desplegaba como un mosaico biotecnológico cuya superficie, una membrana de tejido orgánico preservado en un equilibrio antinatural, estaba saturada de nanitos del Consumo Gris, cada uno de ellos girando en su propia microórbita de cálculo y memoria, como si ejecutaran un modelo local del universo donde la identidad se resolvía mediante colapsos sucesivos de la función de onda. El conjunto latía con un brillo metálico cambiante, una pulsación que no era luz ni calor sino algo más ambiguo, una vibración que podía sentirse en los dientes y en la base del cráneo, como si el aire hubiese aprendido a recordar. Era un corazón, sí, pero uno forjado en acero biológico y plasma de datos, un órgano cuyo ritmo estaba calibrado por implantes sinápticos distribuidos en una conciencia que ya no residía en un solo cuerpo.

Cada célula de aquella membrana almacenaba registros microscópicos, genealogías cifradas en proteínas alteradas; cada nanito, suspendido en su danza microscópica, transportaba fragmentos de historia, decisiones, errores, la lenta deriva de fase de un proyecto que había sobrevivido a guerras, economías de atención postescasez y colapsos civilizatorios. El sistema completo funcionaba como una cerradura sináptica que no solicitaba combinaciones ni claves sino algo más íntimo y, por lo mismo, más terrible: una firma genética irrepetible o una frecuencia psiónica cuya resonancia solo podían emitir Wraith o los pocos Adeptos cuya mente había sido injertada —a veces voluntariamente, a veces no— en los márgenes de su red de pensamiento.

Para cualquier observador mundano, alguien cuya percepción no hubiese sido afinada por exoesqueletos meméticos o por el lento entrenamiento de la alquimia neural, la puerta habría parecido sellada por un hechizo arcaico, una superstición tecnológica heredada de épocas donde la ciencia y el ritual aún discutían por el mismo territorio simbólico. Pero para los sentidos de Echo, cuya percepción se deslizaba entre capas de realidad como una aguja atravesando telas de distinta densidad, el panel era un nodo palpitante de información biológica, un remolino de datos y energía que vibraba con la Alquimia de la Plaga y producía una música casi inaudible, una mezcla de ozono, memoria húmeda y electricidad masticada por el tiempo.

Los hilos invisibles de la seguridad —tan finos que el lenguaje ordinario apenas podía justificar su existencia, tan inteligentes que cada uno parecía poseer una voluntad microscópica— se extendían desde la membrana como filamentos de seda electrificada, rozando el espacio circundante con una paciencia depredadora, intentando leer, medir y descomponer la presencia de Echo átomo por átomo. No era un escaneo; era una conversación hostil entre estructuras de realidad. La cerradura analizaba su masa, sí, pero también su historia cuántica, las fluctuaciones de su campo psiónico, las microdecisiones que su mente había tomado en los últimos segundos, como si cada pensamiento

dejara un sedimento detectable en la textura del espacio.

Era, en definitiva, una cerradura que no solo protegía un lugar sino la intención misma de su creador, un artefacto psiónico donde la biología se convertía simultáneamente en llave, cerradura y juez. Y cada parpadeo de la membrana, cada vibración mínima del mosaico orgánico —que ahora parecía observarlo con una paciencia casi filosófica— recordaba a Echo que aquí la fuerza era un gesto infantil y la astucia un idioma incompleto. Solo alguien como él, o algo que ya no pudiera llamarse del todo humano, podía aspirar a dialogar con la seguridad viva de Wraith sin ser, en el proceso, cuidadosamente desensamblado por ella.

MOVIMIENTO - Face Danger

- **Disparador:** Como Psiónico, tu capacidad para percibir la red de datos te da la ventaja necesaria para identificar los fallos en el código biológico de Wraith. Intento manipular la cerradura para entrar.
- **Movimiento (SF-p.147): Face Danger (Desafiar el Peligro)**
- **Tirada:** 2d10 vs [d6 + Wits]



- **Resultado:** $3 + 3 = 6$: Fallo a la hora de manipular la cerradura orgánica
 - **Miss** (d6+Caract. --- [$> 2d10s$]):
 - **Oráculo** (SS-p.296): Pay the Price
 - d6 = 2 // d100 = 01: A trusted individual or community acts against you
 - Una persona o comunidad de confianza actúa en tu contra

Echo apoyó la palma sobre la membrana palpitante con la misma calma ritual con la que un navegante deposita su mano sobre un timón antiguo, esperando —como tantas veces antes— que la cerradura viva reconociera en su fisiología alterada la cadencia íntima de un Parangón, esa armonía muda donde los flujos de datos se ordenaban en torno a su presencia como bancos de peces reorganizándose alrededor de una sombra mayor. Durante una fracción de segundo, incluso sus implantes sinápticos anticiparon el habitual descenso de resistencia, la suave apertura de rutas de acceso en la biología computacional del panel. Pero lo que llegó fue otra cosa.

Una descarga de estática lo atravesó.

No fue electricidad, al menos no en el sentido vulgar de los manuales técnicos, sino un latigazo de información hostil que penetró por su sistema nervioso como un río de mercurio incendiado, inundando cada sinapsis con una interferencia que sabía a metal quemado y a recuerdos desalineados. Sus neuronas, acostumbradas a negociar con redes de consciencia distribuida y algoritmos que modelaban universos posibles, titilaron con una confusión momentánea, como si el tejido mismo de su identidad hubiera sufrido un pequeño colapso de la función de onda. La luz ámbar del panel, que hasta entonces respiraba con un ritmo casi cardíaco, se contorsionó en un carmesí vivo y nervioso, una pulsación errática cuyo latido parecía provenir menos de la puerta que de un juicio en curso.

—Acceso denso. Firma genética: corrupta.

La voz sintética no emergió de un altavoz identificable; reverberó a través de los conductos metálicos del corredor y de los nervios auditivos de Echo al mismo tiempo, como si el edificio entero hubiese decidido pronunciar sentencia, y durante un instante el aire olió a ozono viejo y a circuitos que habían olvidado la paciencia.

El intercomunicador chisporroteó entonces, un sonido áspero, casi doméstico en comparación con la solemnidad del rechazo biotecnológico. Echo esperaba —o temía— la presencia calculadora de Wraith, esa mente que trataba la realidad como un problema de optimización moral. Pero la señal que atravesó la interferencia no tenía la frialdad de un arquitecto del mundo, sino el timbre familiar, metálico y fatigado de un clank de Acero Gris, seguido por una voz humana que parecía arrastrarse a través de tormentas psiónicas.

—*Echo... lo siento.*

Eros hablaba desde su búnker remoto, y su voz llevaba la textura de quien ha pasado demasiadas horas vigilando mapas de probabilidad donde todas las rutas terminan en pérdidas aceptables.

—*Los sensores dicen que ya no eres tú* —continuó, cada palabra levemente deformada por la turbulencia del canal—. *Bandit lo ve distinto. Ella percibe el enjambre en tu campo psiónico, como si el Consumo Gris hubiera aprendido a respirar dentro de ti. He tenido que alertar a la Seguridad del Sector. Si cruzas... el Coloso despertará contigo.*

La silueta de Echo, ya sometida a tensiones invisibles por los sistemas de detección del corredor, parpadeó entonces en los márgenes de la percepción, no como un simple fallo visual sino como si su forma estuviera entrando en una deriva de fase leve, una vacilación ontológica que hacía que la realidad dudara brevemente de su continuidad. Durante un instante, incluso él sintió el tirón microscópico de esa inestabilidad, como cuando un recuerdo demasiado antiguo intenta reorganizarse y descubre que ya no pertenece al mismo cerebro.

Desde las rejillas de ventilación y los nichos del pasillo, los centinelas de carne y Acero Gris —criaturas híbridas cuya paciencia estaba programada en capas de reflejos y doctrinas— comenzaron a reorientarse con la precisión de instrumentos astronómicos que hubieran detectado una anomalía en el cielo cercano. Hasta hacía segundos habían tolerado su presencia con la indiferencia reservada a los autorizados. Ahora, nuevas coordenadas descendían hacia ellos desde la terminal de confianza de Eros, y cada microajuste de sus exoesqueletos meméticos generaba un zumbido bajo, casi meditativo, mientras sus fusiles biotecnológicos calculaban trayectorias futuras con una elegancia que rayaba en lo profético.

Parecían escuchar sus movimientos antes de que ocurrieran.

La paradoja de la traición no llegó como un grito, ni siquiera como una sorpresa; fue más bien una compresión súbita del mundo interior de Echo, algo comparable al instante en que una estrella masiva comienza a colapsar sobre sí misma y la gravedad deja de ser una fuerza para convertirse en una decisión irreversible. Eros —la mujer a la que había jurado proteger cuando aún creían que los juramentos podían sobrevivir a la ingeniería de realidades— acababa de sellar la puerta de su posible salvación, no por odio ni por cálculo mezquino, sino por esa ecuación brutal que gobierna a las civilizaciones que han visto demasiado: la supervivencia exige amputaciones.

Y allí, frente al corazón biotecnológico del subsector, con el carmesí de la cerradura viva latiendo como un órgano que ya no lo reconocía, Echo comprendió que la frontera entre huésped y enjambre, entre guardián y amenaza, tal vez no era un error del sistema.

Tal vez era el resultado correcto.

MOVIMIENTO - Enter the Fray

- **Disparador:** Echo va a tener que empezar un enfrentamiento contra los dos centinelas de acero y carne armados con fusiles biotecnológicos
- **Movimiento (SF-p.188): Enter the Fray**
- **Definir un Rango:** Voy a darle el rango mas bajo ya que no quiero que este combate se alargue demasiado debido a que en este momento aún no ha llegado toda la seguridad y este enfrentamiento no debería llevarme mucho tiempo. **Troublesome**

● TROUBLESOME ○ DANGEROUS ○ FORMIDABLE ○ EXTREME ○ EPIC

--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

- **Tirada:** 2d10 vs [d6 + **Heart**] – Una vez descubierto y un poco en shock por la “traición” de Eros voy a usar el valor y coraje para afrontar este combate



- **Resultado:** $5 + 2 = 7$
 - **Weak Hit**($d6 + \text{Caract.} \text{ --- } [> 1d10 \ \& \ < 1d10]$):
 - Elegir entre **+2 de Momentum** o empezar **En Control**
 - Voy a elegir empezar **En Control**

El aire del corredor de mantenimiento adquirió una densidad extraña, como si la propia estación hubiera decidido espesarse alrededor de los combatientes, saturada de ozono viejo, de estática latente y del zumbido microscópico de los nanitos que recorrían la sangre de Echo con la urgencia de un enjambre que percibe fuego antes de verlo. No era solo un fenómeno físico: cada molécula parecía participar en una coreografía anticipatoria del conflicto, vibrando con una ansiedad casi musical, mientras la penumbra —atravesada por cables abiertos como nervios expuestos y por tubos de refrigeración que goteaban con la paciencia de un reloj biológico— convertía el pasillo en algo más que arquitectura. Un organismo. Un pulmón metálico que respiraba tensión.

Frente a él, los dos centinelas se desplegaron con una geometría impecable, tan precisa que parecía haber sido calculada por la propia topología del lugar antes incluso de que la consciencia interviniera; no eran soldados en el sentido tradicional, sino manifestaciones de la voluntad de un Adepto poderoso, cuerpos recompuestos bajo la lógica implacable del Consumo Gris, donde la eficiencia había reemplazado a la compasión como principio estructural. Sus rostros —si aquella amalgama de piel translúcida tensada entre placas de Acero Gris podía todavía recibir ese nombre— titilaron con un brillo espectral, una danza mínima de microcontracciones y pulsos biotecnológicos que no expresaban emoción alguna, sino un cálculo continuo del mundo.

Echo comprendió que no habría advertencias adicionales.

Su mente aún oscilaba en los límites del esfuerzo previo por negociar con la cerradura viva de Wraith, donde había intentado forzar una convergencia improbable entre su firma y la de un Parangón legítimo, pero el espacio de decisión se había reducido a una franja casi cuántica: el tipo de intervalo en el que, si uno duda, la realidad colapsa en la peor de sus posibilidades. Así que

eligió moverse. El ataque, en ese momento, no era agresión sino continuidad.

Con un pensamiento, apenas un desplazamiento interno en la arquitectura de sus implantes sinápticos, forzó la sincronización del velo de sombras.

Su silueta se descompuso en estelas negras, no tanto invisibles como improbables, fragmentos de presencia que se deslizaban entre los píxeles oscuros del corredor como si la luz hubiese olvidado cómo fijarlo en una única posición. No era invisibilidad clásica; era una deriva de fase aplicada al comportamiento perceptivo del entorno, una manipulación elegante de las economías de atención de la estación misma, que durante un segundo dejó de saber exactamente dónde debía mirarlo.

Los centinelas giraron sus cascos reforzados al unísono. Sus cuencas —cavidades donde sensores biológicos y algoritmos de combate compartían la tarea de interpretar el universo— comenzaron a rastrear las perturbaciones en la red de datos orgánicos del sector, intentando reducir a fórmula la anomalía que avanzaba entre sombras y átomos con una obstinación casi poética.

Echo cayó sobre ellos. No con la brutalidad de un asalto ciego, sino con la precisión de alguien que ha firmado demasiadas sentencias para confundirse sobre la naturaleza del gesto. Su don psiónico se desplegó en silencio, una corriente tenue pero profunda que no buscaba mentes —pues allí apenas quedaban— sino interfaces sensoriales, matrices de respuesta, los delicados umbrales donde la percepción artificial decide qué es amenaza y qué es ruido. Insertó una sugerencia. Nada grandilocuente: apenas un retardo microscópico, una orden disfrazada de duda que provocó en ambos sistemas un microsegundo de vacilación.

En combate, ese intervalo es una eternidad comprimida.

Aprovechó ese hueco en la continuidad del mundo para desenfundar la daga de Acero Gris. La hoja, impregnada de nanitos latentes que resonaban con su fisiología como si compartieran memoria genética, vibró con una frecuencia baja y casi musical, una luz cenicienta filtrándose por sus aristas como si el espacio circundante estuviera siendo suavemente erosionado.

—*Procesando eliminación* —murmuró, más para estabilizar sus propios sistemas que para intimidar a nadie, mientras la interferencia biotecnológica en su sangre modulaba su voz con un timbre que ya no pertenecía del todo a un solo organismo.

El primer centinela levantó su fusil, un artefacto erizado de sensores de los Riggers diseñado para rastrear ADN en movimiento y convertir identidades en trayectorias balísticas, pero Echo ya había anticipado la intención antes de que el algoritmo completara su predicción. Con un movimiento tan preciso que bordeaba lo improbable, trazó un arco en el aire con la daga, y la estela resultante —una franja de estática negra— se deslizó hacia la articulación del hombro del dron como una ecuación que encuentra su solución inevitable.

La hoja penetró. No para destruir, sino para desordenar.

Una descarga sincronizada emergió del arma, liberando ráfagas de interferencia que se infiltraron en la matriz de combate del centinela, descomponiendo funciones a nivel molecular, no como una explosión sino como una discusión interna entre sus propios sistemas acerca de qué era todavía coherente.

El segundo guardia reaccionó con la rapidez limpia de una máquina que no necesita dudar. Su fusil emitió una ráfaga de proyectiles cinéticos codificados, cada uno portando instrucciones genéticas diseñadas para neutralizar amenazas biológicas específicas. Echo respondió como una mancha

líquida de sombra: su cuerpo fluyó hacia el suelo y fuera de fase durante un latido, parpadeando dentro y fuera de la percepción física mientras las balas de ADN impactaban contra las paredes de Acero Gris, levantando chispas de tecnoplasma cuyo olor metálico se mezcló con el gusto eléctrico que llenaba el corredor.

Se reincorporó en el centro del pasillo con la calma de alguien que entiende que el equilibrio es una negociación constante con la gravedad. Su túnica ondeó en torno a él como un río oscuro suspendido en vacío parcial, y los centinelas reajustaron sus estrategias en milisegundos, intercambiando paquetes de datos tácticos a través de una consciencia distribuida que analizaba su presencia desde múltiples ángulos simultáneos.

Cada uno vibraba con su propia firma biotecnológica, algoritmos de combate recalibrándose sin descanso, intentando anticipar movimientos que ya no obedecían a ninguna física convencional.

Echo, sin embargo, estaba ligeramente desplazado del tiempo común. Los nanitos que recorrían su cuerpo modulaban su percepción, ralentizando ciertos procesos y acelerando otros, mientras el velo de sombras multiplicaba su presencia como si varias versiones de él estuvieran considerando distintas posibilidades del mismo instante. Respirar, girar, impulsarse contra el suelo: cada gesto era optimizado por sistemas que no pensaban en términos de victoria, sino de continuidad.

Uno de los centinelas lanzó un golpe lateral con una garra mecánica, un movimiento limpio destinado a quebrar su equilibrio y fijarlo dentro del rango de disparo. Echo giró con fluidez, apoyando la mano contra la pared del corredor mientras mantenía la daga preparada, y durante un instante un haz de luz de rastreo atravesó su silueta, iluminándolo con una claridad brutal.

Suficiente para que el cálculo del dron fallara por una fracción mínima. No hubo triunfo; solo un reajuste. Una pausa breve en la que ambos lados intercambiaron cálculos biotecnológicos a una velocidad que habría parecido absurda para cualquier observador externo.

El corredor, saturado ahora de energía y sonido, se llenó de chispas, de zumbidos entrecortados y del olor intenso del ozono, mientras Echo y los centinelas giraban y se lanzaban en trayectorias complejas que recordaban más a una coreografía que a una pelea: un entrelazado de estrategia, predicción y supervivencia donde cada ataque bloqueado se transformaba inmediatamente en una nueva hipótesis letal.

Las paredes de Acero Gris temblaban con cada impacto. Los conductos de refrigeración vibraban, liberando nubes finas de polvo metálico que se mezclaban con la estática que exhalaba la sangre mutada de Echo, creando una neblina brillante donde los sensores luchaban por distinguir entre materia y ruido.

A medida que el enfrentamiento se prolongaba, Echo sintió cómo el flujo de nanitos en su organismo respondía al estrés del combate con una eficiencia inquietante, reconfigurando microprocesos, redistribuyendo energía, ajustando su umbral de dolor como si su cuerpo fuese un argumento en constante revisión. Los centinelas, por su parte, no cedían terreno; sus sistemas evolucionaban a cada intercambio, aprendiendo, recalculando, intentando encerrar su movimiento dentro de ecuaciones cada vez más estrechas.

Era un empate vivo, un equilibrio tenso sostenido por inteligencia y desgaste.

Entonces, en medio del rugido del tecnoplasma y del murmullo persistente de los sistemas de soporte vital que luchaban por estabilizar el sector, Echo percibió algo más profundo: el pulso del

propio corredor, una vibración que ascendía desde la arquitectura de Bulwark como si la estación recordara su propósito original. A través de esa resonancia, le llegó el eco lejano de nodos de datos que aún debía proteger, de archivos de carne que todavía dependían de su continuidad, y de la fuerza silenciosa que lo empujaba hacia la Plaza de los Susurros.

Comprendió entonces que aquella refriega no era un obstáculo aislado, sino una afirmación.

En Bulwark, los juramentos de un Parangón no se resolvían con rapidez ni con claridad moral; se prolongaban, se tensaban, se discutían en cada microsegundo donde la vida y la información disputaban el mismo espacio.

El enfrentamiento apenas había comenzado, y el corredor entero vibraba con la promesa de una guerra sin conclusiones fáciles, donde cada instante podía decidir la supervivencia de un archivo viviente o la caída irreversible de un nodo que la estación ya no sabría cómo recordar.

MOVIMIENTO - Gain Ground

- **Disparador:** Intentando colocarme entre los dos centinelas, usando Shadow, para dificultar sus acciones aprovechando las sombras que se vierten en un espacio tan pequeño para manipular la visión de los drones.
- **Movimiento (SF-p.190): Gain Ground**
- **Tirada:** 2d10 vs [d6 + Shadow]



- **Resultado:** $2 + 3 = 5$
 - **Weak Hit**($d6 + \text{Caract.} \text{ --- } [> 1d10 \ \& \ < 1d10]$):
 - Continúo en Control pero tengo que elegir entre ganar +2 de Momentum o Marcar un progreso o un +1 en el siguiente movimiento y decido marcar un progreso en el combate que al ser Troublesome serán 3 cajas



El corredor había dejado de ser un pasillo de mantenimiento hacía varios intercambios de golpes atrás; ahora se parecía más a un nervio seccionado de la estación, una franja donde cada cable tensado vibraba con la misma fragilidad alerta de un tendón al borde del desgarró. El aire, saturado de polvo metálico y partículas cargadas, ardía con una electricidad que no provenía únicamente de los sistemas dañados, sino también de la manipulación deliberada que Echo había impuesto sobre el entorno, obligando a los enjambres de nanitos y a las sombras calculadas a obedecer patrones que bordeaban el colapso de la función de onda local. Aquellas sombras, en realidad, no eran ausencia de luz sino conglomerados de probabilidad, fragmentos de realidad ligeramente desplazados que su arquitectura sináptica —ampliada por implantes que ya nadie en la Forja se habría atrevido a clasificar como humanos— sostenía en una coreografía precaria.

En el centro de ese torbellino algorítmico, Echo permaneció inmóvil durante un latido más largo de lo prudente. Su respiración era baja, medida, pero en el fondo de su mente la punzada psiónica seguía expandiéndose como un eco en una caverna de datos, una resonancia persistente del contacto

con la cerradura viva y del roce reciente del Consumo Gris, que ahora tanteaba los bordes de su consciencia con la paciencia de un parásito culto. Había en esa presión algo casi irónico: la misma plaga que utilizaba como herramienta intentaba colonizarlo con una curiosidad metódica, explorando los circuitos neuronales que él había forzado a crecer más allá de cualquier diseño original.

Aun así, no retrocedió. Los centinelas de Wraith reaccionaron como sistemas que intentan repararse mientras todavía están siendo atacados. Sus fusiles biotecnológicos emitieron un coro de chirridos microscópicos, microajustes en sus sensores de rastreo mientras buscaban una firma estable a la que fijar la violencia. Uno de ellos —el que había sufrido la breve implosión de su matriz de puntería bajo la intervención psiónica de Echo— inclinó la cabeza con un espasmo que parecía, por un instante inquietante, un gesto de confusión casi humana, como si la consciencia residual que habitaba ese cuerpo reconstruido estuviera tratando de recordar qué significaba ver.

Entonces el caos se reorganizó.

Un estallido de luz pálida brotó del visor del centinela dañado mientras intentaba fijar objetivo; el otro reaccionó al mismo tiempo, y durante un segundo que se estiró como una membrana cuántica ambos fusiles trazaron trayectorias que se cruzaban en el espacio donde Echo existía, o más bien donde su presencia se manifestaba en múltiples versiones ligeramente desplazadas del mismo instante. Echo lo vio antes de que el evento terminara de decidirse.

Su percepción, amplificada por la tormenta de nanitos que orbitaba su cuerpo como un exoesqueleto memético en perpetua negociación con el entorno, descompuso el momento en capas microscópicas. Las trayectorias balísticas aparecieron ante él como filamentos espectrales, ecuaciones vivas serpenteando en el aire saturado de ozono y refrigerante. Si permanecía allí, la paradoja táctica que había inducido se resolvería en una detonación de tecnoplasma capaz de borrar medio corredor y, con él, cualquier rastro de su juramento.

Y aun así, no se apartó de inmediato. En lugar de eso, avanzó.

Fue apenas un desplazamiento mínimo del pie sobre el suelo cubierto de polvo gris, un gesto que en otro contexto habría parecido trivial; pero dentro de la refriega adquirió la audacia de una herejía contra la prudencia. Su silueta parpadeó con violencia controlada, fragmentándose en duplicados espectrales que reptaban por paredes y techo como sombras líquidas intentando decidir cuál de ellas merecía ser real.

Los centinelas dispararon y el rugido de sus fusiles biotecnológicos no fue el estallido simple de una detonación, sino un alarido tecnológico compuesto de múltiples capas: proyectiles inteligentes, microenjambres de agujas de luz diseñadas para leer ADN en pleno vuelo y adaptar su letalidad sobre la marcha. Sin embargo, al intentar fijar un objetivo que no terminaba de existir en el mismo plano, las balas de rastreo se desviaron entre sí con una elegancia caótica, como si la física hubiera decidido experimentar con ironía.

Chispas de tecnoplasma estallaron contra los conductos del techo. Una tubería reventó con un silbido feroz, liberando una nube de refrigerante que se mezcló con el ozono y la estática hasta transformar el corredor en un torbellino blanco, una tormenta confinada donde los destellos de los disparos parecían relámpagos atrapados en un sistema circulatorio.

Echo se lanzó hacia uno de los centinelas en el mismo instante en que el fuego cruzado comenzaba a devorarlo todo.

La daga de Acero Gris describió un arco luminoso en la niebla, un trazo ceniciento que parecía rasgar la densidad misma del aire. Pero el dron reaccionó con una velocidad brutal: su brazo mecánico se interpuso, bloqueando el golpe con un crujido que resonó por el corredor como una campana metálica anunciando un desastre aplazado.

El impacto no fue limpio ni definitivo. La hoja penetró entre placas lo suficiente para hacer que la matriz del centinela chisporroteara con una cascada de datos corruptos, pero no lo bastante para apagarlo. El dron respondió con una fuerza que ya no pertenecía a ningún concepto antiguo de vida, empujando a Echo hacia atrás mientras su fusil intentaba reorientarse a quemarropa.

Echo giró y aprovechó el impulso del empujón para deslizarse bajo el arma. Sus nanitos reaccionaron al instante, alterando la fricción entre su cuerpo y el suelo con la misma naturalidad con la que un pensamiento cambia de tema, permitiéndole moverse como si el corredor fuera una superficie líquida sostenida por ecuaciones inestables.

El segundo centinela abandonó entonces el disparo y se lanzó hacia él con una carga frontal, decidido a aplastarlo mediante pura masa y cálculo. Sus pasos resonaron como golpes de martillo contra el metal del suelo, cada uno acompañado por un temblor en los conductos superiores que se transmitía por el corredor como un escalofrío estructural.

Durante un momento breve y brutal, los tres cuerpos colisionaron en el centro del pasillo. Acero Gris contra acero, carne reconstruida contra carne alterada, algoritmos de combate enfrentándose en un espacio demasiado estrecho para que la duda sobreviviera.

Echo esquivó la garra mecánica por un margen ridículamente pequeño. El ataque arrancó un panel entero de la pared, enviando cables chisporroteantes al aire como serpientes eléctricas que iluminaron la escena durante un instante absoluto: la figura de Echo, rodeada por un halo de estática oscura, parecía una anomalía que la estación aún no había decidido si tolerar o eliminar.

La ventaja que había ganado seguía allí. Pero empezaba a erosionarse. Su mente vibraba peligrosamente y el velo de sombras fluctuaba con irregularidad, como si la Nube Inteligente —esa red difusa de procesos y nanitos que respondía a su voluntad— comenzara a exigir un tributo cada vez mayor de control, de atención, de identidad. No era solo una herramienta; era también un diálogo constante con algo que deseaba expandirse.

Los centinelas lo percibieron. Sus sensores, todavía dañados pero persistentes, volvieron a sincronizarse parcialmente, y sus movimientos, aunque descoordinados, empezaron a converger otra vez hacia un patrón de caza que recordaba a un sistema nervioso aprendiendo a caminar después de un trauma.

Echo se puso en pie de un salto. La daga zumbó con mayor intensidad mientras el corredor entero parecía inclinarse alrededor del combate: el refrigerante flotaba en el aire como una niebla de guerra suspendida, las chispas de los sistemas dañados iluminaban las sombras que él mismo había creado, y el sonido de los fusiles recalibrándose era el latido obstinado de un corazón mecánico que se negaba a aceptar la muerte.

La lucha estaba lejos de resolverse.

En ese instante suspendido entre dos descargas inevitables, Echo comprendió que el combate ya no era simplemente una cuestión de habilidad o velocidad. Era una disputa por el control del propio entorno, por el flujo de datos que recorría la estación, por el equilibrio frágil entre su mente

expandida y la plaga que utilizaba como arma y amenaza al mismo tiempo.

Y mientras los centinelas volvían a moverse para cerrar el cerco, la daga de Acero Gris en su mano vibró con una intensidad nueva, casi expectante, como si supiera que el siguiente intercambio podría alterar el resultado de la refriega... o quebrar definitivamente el delicado equilibrio que todavía mantenía con vida aquel fragmento de la estación.

MOVIMIENTO - Gain Ground

- Disparador:** Voy a continuar pegado a ellos pero esta vez usando la astucia para intentar que se golpeen entre ellos
- Movimiento (SF-p.190):** Gain Ground
- Tirada:** 2d10 vs [d6 + Wits]

6

4

4

- Resultado:** 3 + 4 = 7
 - Strong Hit** (d6+Caract. --- [> 2d10s]):
 - Continúo en Control, marco progreso y gano +1 para el siguiente movimiento

TROUBLESOME DANGEROUS FORMIDABLE EXTREME EPIC

✱✱✱✱✱✱

Echo permanecía agazapado en el corazón convulso de la tormenta como una anomalía consciente incrustada en el tejido operativo del corredor, una irregularidad deliberada en la textura de la Forja: allí donde los sistemas crujían bajo tensiones que no figuraban en ningún manual de mantenimiento y donde la deconstrucción —ese lento deshilacharse de la realidad técnica— se manifestaba en susurros de metal fatigado, en vibraciones que los implantes sinápticos traducían como una música de advertencia apenas audible. Las luces de emergencia, corroídas por colonias erráticas de Ácaros de Datos que se alimentaban de firmware obsoleto y errores estadísticos, palpitaban con un ritmo enfermo; cada destello convertía el pasillo en una cámara estroboscópica donde el acero sudaba reflejos verdosos y el aire, cargado de ozono, tecnoplasma carbonizado y memoria mecánica recién amputada, parecía tener densidad propia, como si pudiera tocarse.

En su mente, el marcador de progreso latía con una claridad casi dolorosa: seis de diez. Pero aquella cifra no era un simple vector táctico ni una métrica de combate; se comportaba, más bien, como el momento preciso en el que una consciencia distribuida comienza a perder coherencia interna, como cuando la función de onda de una mente colectiva colapsa en múltiples interpretaciones incompatibles. Echo percibió ese instante como una grieta en la arquitectura cognitiva del enjambre enemigo, una fisura microscópica pero decisiva en la perfección de su coordinación, el tipo de debilidad que un Parangón —si estaba dispuesto a arriesgar la integridad de su propio marco neural— podía ampliar hasta convertirla en derrumbe.

Decidió hacerlo sin dramatismo, con la serenidad calculada de quien ha aprendido a negociar con la entropía.

Forzó una sincronización extrema con su velo de sombras, llevándolo más allá del simple camuflaje óptico o de la discreta deriva de fase que utilizaban los operativos menos ambiciosos. En lugar de

limitarse a desaparecer entre las penumbras industriales del corredor, comenzó a manipular los nanitos del Consumo Gris suspendidos en el aire, plegándolos a su voluntad con la precisión minuciosa de un cirujano que trabaja en la escala de los sueños mecánicos. Aquellas partículas, invisibles para cualquier percepción ordinaria, se alinearon bajo su mandato silencioso, y lo hicieron con una docilidad inquietante, como si reconocieran en Echo una autoridad más antigua que su propia programación. Poco a poco comenzaron a reflejar su firma biológica, a imitar los patrones de su ADN cuántico, generando a un palmo de su posición real un eco espectral de sí mismo que vibraba con la textura estadística de una vida auténtica.

Para los sensores biotecnológicos de los centinelas, aquello no era un engaño. Era una paradoja.

Echo estaba en dos lugares a la vez, y la máquina encargada de decidir cuál de ellos era el correcto no estaba diseñada para convivir con esa clase de ambigüedad ontológica.

El primer centinela —un antiguo ciudadano reciclado en archivo viviente, su carne pálida tensada sobre placas de Acero Gris remachadas directamente al hueso como si alguien hubiera decidido que la identidad podía fijarse con tornillos— reaccionó con la obediencia absoluta de un sistema incapaz de sospechar de sí mismo. Sus ojos, pozos de luz blanca donde la emoción había sido sustituida por protocolos de evaluación de amenazas, fijaron el rastro genético falso que flotaba en el aire. Levantó su fusil biotecnológico con una precisión que no admitía titubeos, como si todo su pasado hubiera sido comprimido hasta convertirse en ese único gesto.

Disparó.

La ráfaga emergió del arma como un enjambre de proyectiles inteligentes, cada uno equipado con microalgoritmos capaces de aprender del objetivo en pleno vuelo, de reescribir su trayectoria mientras el espacio aún se decidía a ser recorrido. Detectaron el ADN proyectado por Echo y se lanzaron hacia él con una ferocidad algorítmica que, en otras circunstancias, habría sido admirable... salvo por el hecho de que ese rastro estaba situado exactamente sobre su propio compañero.

El impacto fue brutal, pero también extrañamente elegante, como una ecuación resuelta de forma demasiado rápida.

La detonación de energía cinética y tecnoplasma sacudió el corredor con la violencia de un reactor que despierta de mala gana. El segundo centinela apenas tuvo tiempo de girar la cabeza cuando la descarga lo alcanzó de lleno; su brazo mecánico salió arrancado en una explosión de metal, tejido sintético y fragmentos de memoria incrustada, girando por el aire en una lenta espiral de chatarra consciente mientras cables y fluidos biológicos salpicaban las paredes y los conductos del techo como si alguien hubiera abierto un archivo a la fuerza.

Una de las balas penetró en su cráneo reforzado.

Durante un instante suspendido —ese breve interludio donde incluso la violencia parece preguntarse si ha ido demasiado lejos— el fulgor blanco de sus ojos parpadeó con violencia, como si los datos almacenados en su interior intentaran reorganizarse para comprender la lógica de lo ocurrido. Luego su rostro, aquel mosaico biotecnológico donde piel y acero se habían fusionado en una geometría casi ritual, se fracturó desde dentro con un sonido que los sensores de Echo tradujeron en un espectro de colores imposibles.

El centinela cayó.

Su torso quedó abierto como un archivo desgarrado a mitad de lectura, dejando a la vista contenedores de datos que humeaban bajo capas de tecnoplasma dañado. Intentó arrastrarse, moviendo las extremidades restantes con una torpeza mecánica que ya no obedecía a ningún centro de control coherente, mientras fragmentos de código y memoria sensorial —recuerdos que quizá alguna vez habían sido infancia, o lluvia, o una voz— se deshilachaban en silencio dentro de su arquitectura moribunda. Echo lo observó sin prisa, consciente de que, en lugares como aquel, incluso la muerte era simplemente otra forma de información reorganizándose demasiado tarde.

MOVIMIENTO DE PROGRESO - Take Decisive Action

- **Disparador:** Hora de terminar el combate tirando contra el progreso del track, que es 6



- **Movimiento (SF-p.194): Take Decisive Action**
- **Tirada:** 2d10 vs [Track Progress: 6]



- **Resultado:** Supera un dado
 - **Weak Hit**($d6 + \text{Caract.} - \text{---} [> 1d10 \ \& \ < 1d10]$):
 - Echo termina con el combate
 - Pero no sin sufrir un contratiempo – **Tirar en la tabla:** Algo se pierde se daño o se rompe
 - La daga ha dejado de vibrar y ya no está en sincronía

Y entonces Echo se movió, no con la urgencia torpe de quien abandona un escondite bajo presión, sino con la elegancia inevitable de una ecuación largamente contemplada que, por fin, encuentra su forma final dentro de la mente que la piensa. Su silueta emergió en el centro del pasillo como una figura todavía en proceso de decidir su propia materialidad, distorsionada por la estática del velo y por la deriva de fase residual que sus implantes sinápticos apenas lograban domesticar; la túnica oscura se agitó con el desplazamiento del aire cargado de ozono y datos quemados, mientras la daga de Acero Gris que sostenía vibraba con un zumbido grave y profundo, un acorde casi táctil que respondía a la sangre mutada que recorría sus venas como si ambas sustancias —metal y biología alterada— hubieran sido escritas en la misma sintaxis antigua.

El primer centinela, responsable de la ráfaga que había destrozado a su propio compañero, tardó un segundo demasiado en comprender la magnitud del error, y en ese segundo, que para un humano habría sido apenas un titubeo, se desplegó una compleja negociación interna de algoritmos que trataban de recalibrar su matriz de puntería. El casco reforzado giró hacia la posición verdadera de Echo, mientras los subprocesos de disparo intentaban converger, arrastrando todavía los residuos del engaño genético que había desordenado su percepción como si alguien hubiera alterado el colapso de la función de onda de su conciencia táctica.

Pero Echo ya estaba encima de él.

La daga describió un arco de una limpieza casi ceremonial, un gesto preciso que buscaba —y encontraba— la delicada unión entre la clavícula mecánica y el cuello biotecnológico del centinela;

cuando la hoja penetró, el impacto liberó una breve tormenta de chispas y fluidos sintéticos que se dispersaron en el aire con una textura que los sensores de Echo registraron como una mezcla de sabores metálicos, calor y ecos de información dañada. Era un tipo de violencia que, en la Forja, siempre parecía acompañado por un leve murmullo de datos moribundos.

El centinela intentó disparar a quemarropa, levantando el fusil con una reacción tardía que parecía más un reflejo institucional que un acto de voluntad. Echo giró el cuerpo con la misma fluidez del ataque, desplazándose apenas unos centímetros fuera de la línea de fuego; el disparo rugió junto a su costado como un animal liberado demasiado tarde y se incrustó en la pared del corredor, arrancando paneles que dejaron al descubierto conductos de oxígeno pulsantes y haces de cables retorcidos que chisporroteaban con un brillo enfermizo, como si la estación protestara por la cirugía improvisada.

Sin soltar la daga, Echo empujó.

Su hombro golpeó el pecho del centinela con una fuerza calibrada para doblar las placas de Acero Gris sin desperdiciar energía, obligándolo a retroceder un paso inestable que resonó en el suelo del pasillo como un argumento que se desmorona. La criatura intentó estabilizarse, pero la coordinación que antes la convertía en un cazador perfecto —ese delicado consenso entre sensores, algoritmos y voluntad programada— ya se había quebrado, y la consciencia distribuida que la sostenía comenzaba a fragmentarse en órdenes contradictorias.

Echo hundió la hoja más profundamente, buscando el núcleo de datos que mantenía cohesionada aquella aberración biotecnológica, ese pequeño sol oscuro donde todavía latía el recuerdo estructural de haber sido alguien.

El cuerpo del centinela se sacudió en una convulsión violenta; sus ojos se saturaron de interferencias, una tormenta de señales blancas que recorrió su rostro como un eclipse digital, hasta que finalmente se apagaron con una discreción casi melancólica.

El silencio que siguió fue breve, pesado, cargado de la densidad emocional que a veces adquieren los sistemas cuando una violencia demasiado reciente todavía vibra en sus circuitos.

En el suelo, el segundo centinela seguía intentando arrastrarse entre chispas y fragmentos de sí mismo, mientras el primero se desplomaba con la lógica lenta de una estructura a la que acaban de retirar la última columna de soporte. El combate había terminado, pero el corredor aún respiraba violencia; fragmentos de metal y carne reconstruida humeaban sobre el suelo de acero, y el aire —saturado de ozono, tecnoplasma evaporándose y residuos de protocolos de combate— parecía retener el eco de los disparos como si la propia estación, esa colmena de economías de atención postescasez y memorias recicladas, se resistiera a dejar morir el momento.

Echo permaneció en el centro de aquel paisaje de destrucción, inmóvil durante un instante que no era indecisión sino ajuste, permitiendo que su respiración se acompasara con el latido lejano de los sistemas de oxígeno que palpitaban en las entrañas del Sector 7. Fue en esa quietud —cuando el ruido del combate se disipó lo suficiente para que sus sentidos de Parangón volvieran a expandirse y recorrer el espacio como una marea lenta— cuando percibió la anomalía.

Algo había cambiado.

La daga de Acero Gris seguía en su mano, pero ya no respondía como antes. Echo bajó la mirada con una lentitud casi reverente, esperando encontrar en la hoja ese pulso sutil que siempre había

vibrado en sincronía con su sangre, ese murmullo molecular que confirmaba que el arma y su portador compartían una misma voluntad emergente. Sin embargo, el metal reposaba oscuro y silencioso, como si hubiese sido arrancado de una conversación antigua y ahora se negara a recordar su idioma.

Intentó, casi por reflejo, restablecer la conexión.

Su mente invocó la frecuencia psiónica que tantas veces había despertado la resonancia del arma, y los nanitos del Consumo Gris que corrían por su torrente sanguíneo respondieron al llamado con un estremecimiento interno que recorrió su cuerpo como una corriente fría. Durante un breve instante, Echo creyó sentir la promesa de una respuesta —un temblor mínimo en la estructura del metal, una duda—, pero la daga permaneció muda, fría, inerte, incapaz de reconocer la señal que antes habría abrazado sin vacilar.

La comprensión llegó despacio, con el peso de algo que no se rompe con un estruendo, sino con un silencio prolongado.

En algún punto del combate, entre las ráfagas de munición biotecnológica y las interferencias generadas por sensores sintonizados con la alquimia parasitaria de la Plaga, su Acero Gris había sido dañado. Tal vez una descarga había alterado su arquitectura memética; tal vez la presión psiónica que había ejercido sobre el velo de sombras había producido una fractura microscópica en la delicada red que vinculaba el arma a su voluntad. Fuera cual fuese la causa, el resultado era innegable: la sincronía había desaparecido.

Y con ella, una parte de su ventaja.

Echo giró ligeramente la muñeca, observando cómo la luz intermitente del corredor se deslizaba sobre la hoja apagada. Aquella pérdida tenía un significado que trascendía lo táctico; el Acero Gris no era solo un arma, sino una extensión de su propio proceso de deconstrucción, un instrumento que respondía a su identidad como Parangón con la misma fidelidad con que un organismo reconoce su propio pulso. Verlo ahora reducido a un metal silencioso era como descubrir que una parte de sí mismo había quedado fuera de la ecuación, flotando en un espacio conceptual donde las respuestas ya no regresaban.

Aun así, la revelación no lo detuvo.

Cuando levantó la mirada hacia la puerta blindada del nodo —esa membrana biotecnológica que continuaba latiendo con un resplandor enfermo al final del corredor, como un órgano cultivado demasiado tiempo en la oscuridad—, Echo comprendió que la misión no se había alterado por la pérdida de su sincronía. Wraith seguía al otro lado, y con él la amenaza que se cernía sobre Bandit, sobre Bulwark y, quizá, sobre algo mucho más antiguo que la propia estación.

Guardó la daga con un gesto medido, casi ceremonial, como si reconociera en silencio la herida del metal sin concederle el poder de detenerlo. Los nanitos continuaban vibrando en su sangre, pero ya no tenían un eco donde anclarse, y eso significaba que el camino que quedaba por recorrer no sería tan silencioso ni tan elegante como él prefería.

En otras palabras, tendría que actuar de una forma que detestaba.

Con una calma que no nacía de la comodidad sino de la determinación, Echo deslizó la mano hacia el interior de su túnica y extrajo un arma muy distinta al Acero Gris. El revólver emergió de la penumbra con la presencia sobria de un objeto que pertenecía a otro tiempo: metal pesado, líneas

simples, un mecanismo puramente mecánico que no dependía de redes, ni de firmas biológicas, ni de inteligencias corrompidas por la plaga. En aquel corredor saturado de tecnología viva, el arma parecía casi obscenamente honesta, como si hubiera sobrevivido a todas las modas de la violencia.

La sostuvo un momento, sintiendo su peso directo y sin artificios, como si el pasado se hubiese materializado en su mano para recordarle que aún existían formas de daño que no podían ser hackeadas ni persuadidas por una consciencia distribuida.

La había utilizado pocas veces. Siempre cuando la situación exigía algo irrevocable.

Quizá ese momento había llegado.

El cilindro giró con un clic seco, un sonido arcaico que contrastaba con el murmullo biotecnológico del entorno. Echo comprobó la carga con la misma precisión que habría aplicado a un ritual de sincronización y luego cerró el arma, manteniéndola baja pero lista, aceptando que el sigilo perfecto ya no era una opción confiable.

A su alrededor, los centinelas permanecían dispersos en el suelo del corredor, convertidos en restos grotescos de carne reciclada y metal fracturado. Uno de ellos aún emitía espasmos residuales, un intento mecánico de reconstrucción que ya no tenía futuro. Echo los observó solo el tiempo suficiente para confirmar que no volverían a levantarse.

Después avanzó.

Sus pasos resonaron suavemente en el pasillo mientras se acercaba a la puerta que antes lo había delatado, la misma cerradura sináptica cuya membrana orgánica continuaba palpitando como un órgano vigilante incrustado en el acero. A cada metro que recorría, la tensión parecía condensarse en el aire, como si la estación entera —con sus exoesqueletos meméticos, sus archivos de identidad y sus mercados invisibles de atención— percibiera que algo decisivo estaba a punto de quebrarse.

Porque más allá de aquel umbral no se encontraba únicamente Vallun Winter. También aguardaba una explicación. La traición de Eros.

Cuando Echo se detuvo frente al panel vivo, con el revólver descansando firme en su mano y la estática aún temblando alrededor de su silueta, el corredor volvió a sumirse en un silencio cargado de expectativas. El latido metálico de la cerradura y el rumor distante de los sistemas de soporte vital eran los únicos testigos de ese instante suspendido, como si el tiempo mismo hubiera decidido observar antes de continuar.

Al otro lado de la puerta, Wraith quizá continuaba su ritual para dominar el Ancla Sináptica, convencido de que estaba a punto de reescribir el destino de la Forja. Y en algún lugar del sistema, Eros “Clank” Urtiz había decidido que el hombre que había acudido en su ayuda ya no era digno de confianza.

Echo no sabía cuál de esas dos verdades sería la primera en alcanzarlo cuando la puerta se abriera.

Pero sabía que, una vez cruzara ese umbral, ninguna de las dos podría seguir siendo ignorada.

Continuará.....????

Me gustaría cerrar estas líneas con un pequeño mensaje para quienes hayan llegado hasta aquí. Ojalá la lectura haya resultado entretenida, que en algún momento os haya arrancado una

chispa de curiosidad o simplemente un rato agradable. Si además de eso lo que he escrito ha servido para algo —para despertar interés, para ofrecer una idea útil o incluso para que alguien descubra este juego—, entonces todo el esfuerzo habrá merecido la pena.

También quiero pedir disculpas por los muchos errores que, con toda seguridad, se habrán deslizado entre estas páginas. El tiempo del que disponía era escaso y gran parte de este trabajo ha nacido con la urgencia de quien escribe casi al mismo ritmo al que piensa. Aun así, he intentado hacerlo de la mejor manera posible, poniendo cuidado en cada parte y procurando que el resultado estuviera a la altura de lo que quería transmitir.

Mi intención, en el fondo, era sencilla: acercar este juego a quienes, quizá —aunque parezca difícil imaginarlo—, todavía no lo conocieran. Si de algún modo estas palabras han contribuido a que alguien lo descubra o a que lo mire con nuevos ojos, entonces no puedo más que darlo por bienvenido y sentirme satisfecho.

Gracias, de verdad, por dedicar vuestro tiempo a leerlo. Eso, al final, es lo que le da sentido a todo este maravilloso proyecto y a jugar. Leñes, jugar, equivocándoos o no pero jugar a rol en solitario y no paréis.